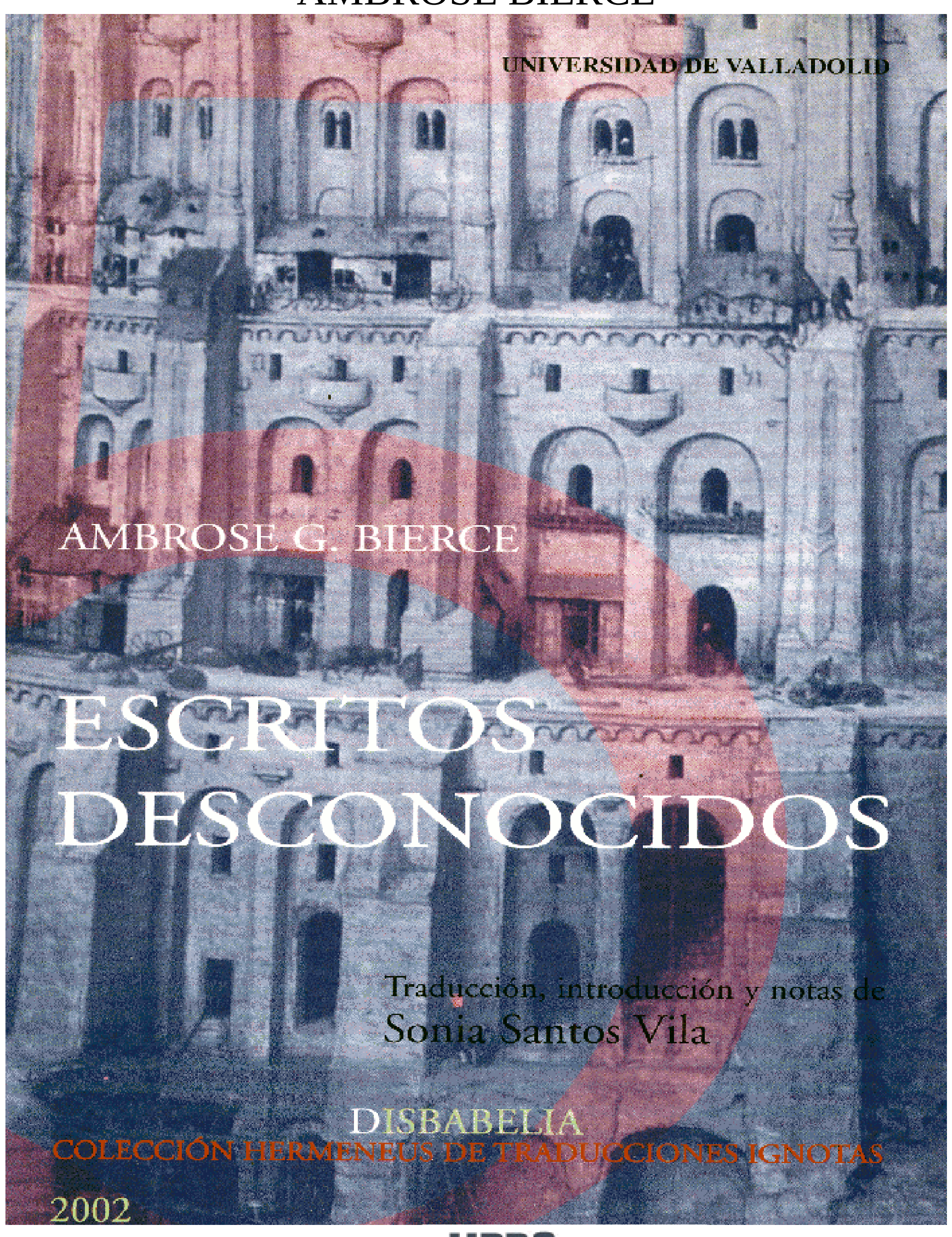
ESCRITOS DESCONOCIDOS
AMBROSE BIERCE



PRÓLOGO

UNAS PALABRAS DE ACOMPAÑAMIENTO

Con este nuevo libro sobre Ambrose G. Bierce, la doctora Sonia Santos Vila continúa un camino emprendido hace años y cuyos hitos son su tesis doctoral (El relato fantástico en la literatura occidental durante el siglo XIX: E.T.A. Hoffmann y Ambrose G. Bierce, 1997) y su monografía La narrativa fantástica de Ambrose G. Bierce, 2000, además de una serie de artículos que, tomando como centro al narrador norteamericano, expande su investigación hacia otros campos teórico-literarios.

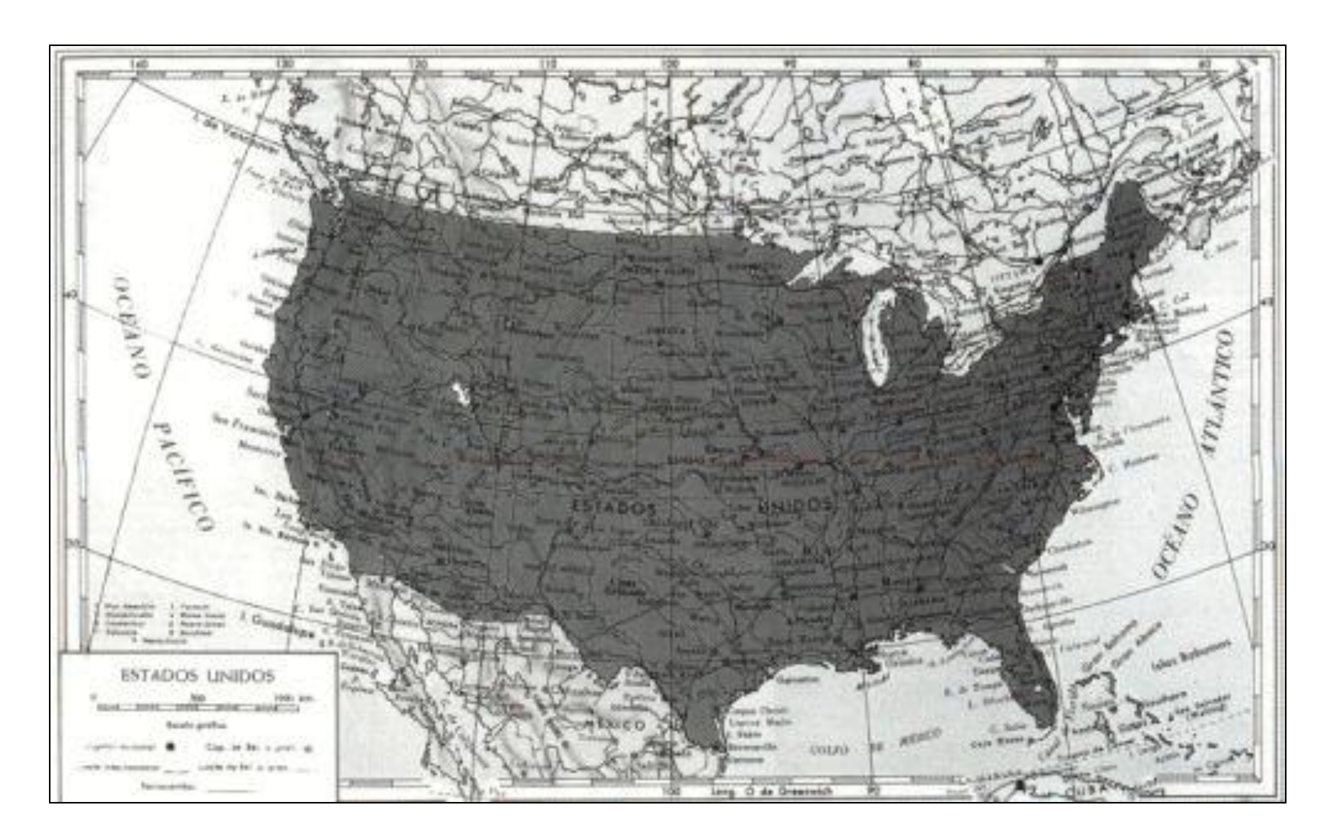
En esta ocasión, el lector tiene en sus manos una muestra de la escritura de Bierce, traducida por primera vez al español: una selección de sus cartas -la zona más íntima y menos conocida-, de sus artículos periodísticos y de sus ensayos. Además, "last, but not least", incluye algunas interesantísimas narraciones breves. Del conjunto resulta un atractivo volumen que nos ofrece tanto el lado más humano de Bierce como muestras de su dimensión pública y de su quehacer literario. En unos y otros campos el lector apreciará el humor -a veces feroz- de Bierce, su inteligencia, la originalidad de sus planteamientos, y su imaginación fecunda, díscola y siempre sorprendente.

La doctora Sonia Santos Vila, poseedora de tres licenciaturas (en Filología Inglesa, en Filología Alemana y en Teoría de la Literatura), es actualmente profesora de Teoría de la Literatura en la Facultad de Traducción e Interpretación de Soria. Su pre-partición filológica y su amor a los idiomas le permiten realizar en este libro un muy benemérito trabajo de traducción. Viene éste realzado por una hermosa Introducción que muestra la familiaridad de la profesora Santos con la obra del escritor de Ohio.

Por ello es para mí un motivo de alegría y satisfacción acompañar su libro con estas breves palabras, prolongación de las clases que en su día acompañaron su brillante juventud.

ISABEL PARAÍSO
Catedrática de Teoría de la Literatura
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN



Sin lugar a dudas todos convenimos en que la investigación es una tarea ardua que exige un sacrificio constante de momentos de la vida del investigador que nunca volverán a repetirse. Esta aparente aspereza se reduce a la nada cuando el objeto de la investigación se convierte en un compañero vital más que, a pesar de ocasionar no pocas horas de angustia e incertidumbre, otorga generosamente satisfacciones y triunfos que son también nuestras vidas. Estas palabras resumen a la perfección mi personal experiencia investigadora al lado de Ambrose Bierce.

Ya he contado en otras ocasiones[1] cómo llegué a este personaje de las letras norteamericanas del siglo XIX, y por lo tanto no me voy a extender en este tipo de precedentes, aunque siempre estaré en deuda con los sabios consejos y enseñanzas de los profesores Doctores D.a M.a Isabel Paraíso Almansa y D. José Manuel Barrio Marco. Son ya unos cuantos años los que llevo estudiando a esta figura literaria tan olvidada, tan marginada y tan odiada, y no miento al decir que cada vez que me enfrento a (o me alío con) ella encuentro nuevos motivos para considerarla interesante y digna de análisis. Es inevitable dibujar su rostro a través de las facciones de Gregory Peck, quien tan excelentemente interpretó al anciano, amargo e iracundo Bierce en la película "Gringo Viejo", una adaptación de la novela homónima de Carlos Fuentes. Es imposible olvidar esa famosa frase, tan bien pronunciada por Peck, y que nos da, quizás, la solución a su desconocido fin -"Ser un gringo en Méjico -¡ah, eso es eutanasia!"[2]-. Bierce, cansado de vivir, fue a encontrar la muerte al

[1] Véase la introducción a mi libro, La narrativa fantástica de Ambrose G. Bierce, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial de la Universidad de Valladolid, 2000.
[2] Frase que pertenece a una carta que Bierce dirige a su sobrina Lora desde Washington, D.C., el 1 de octubre de 1913.

Méjico de la revolución de Pancho Villa, y para el nostálgico militar de los días de la Guerra Civil era ésta una muerte dulce. El cómo y cuándo llegó a ella es un misterio todavía por desvelar.

¿Qué hay, sin embargo, antes de este fin? Hasta donde conocemos, una vida intensamente vivida de setenta y dos años. Ambrose Bierce nace en Meigs County (Ohio) el 24 de junio de 1842. Su infancia se desarrolla en el seno de una familia de granjeros calvinistas, quienes inculcan en sus numerosos hijos la oración diaria y la lectura, también diaria, de la Biblia. Esta formación grabó en el escritor una mácula de la que nunca se pudo desprender, a pesar de su posterior odio confeso a las religiones institucionalizadas, odio similar al que sentía por sus padres a quienes se refería con el apelativo de unwashed savages.

Recibe instrucción militar en el Kentucky Military Institute siendo adolescente, y al estallar la Guerra de Secesión participa activamente en numerosas batallas (Philippi, Laurell Hill, Rich Mountain, Carrick's Ford, Shiloh, Stones River, Chickamauga, entre otras). Ostentó diversos cargos militares -sargento mayor, lugarteniente segundo, lugarteniente primero, oficial topográfico-, y es preciso subrayar que el espíritu militar definió siempre su personalidad, de tal modo que sus relatos -concisos, claros, breves- responden, incluso, a la disciplina castrense.

El general Hazen le invita a tomar parte, en 1866, en una expedición de Omaha a San Francisco, como topógrafo, pero Bierce la abandona en San Francisco. Es a partir de este momento cuando comienza su carrera como literato que comparte con la de afamado periodista. Envía sus obras, sus artículos y sus ensayos al Californian, a The Golden Era y al News Letter. Pronto se convertiría en redactor del News Letter donde inicia su popular página The Town Críer.

En 1871 se casa, el día de Navidad, con Mollie Day, una joven que procede de una familia acomodada, y el joven matrimonio Bierce se instala en San Rafael. Ambrose Bierce no tuvo una experiencia matrimonial afortunada, a pesar de que una vez confesó a su hija Helen que Mollie era la mujer que más había amado. El escritor tenía una fuerte y envolvente personalidad, y era muy atractivo físicamente. Le gustaba rodearse de mujeres, y las admiraba, siempre y cuando éstas supieran defender su "puesto" dentro del marco social. No le servían las incipientes "mujeres de letras", ni aquellas que llevaban sus reivindicaciones al púlpito. Arremetía contra ellas sin piedad. Estas sacudidas furibundas le hicieron ganarse a pulso su fama de misógino[3].

En 1872 los Bierce van a Londres y allí Ambrose escribe para Fun y Figaro. Publica, por aquel entonces, dos libros de sketches y epigramas, The Fiend's Delight y Nuggets and Dust, y el libro de fábulas, Cobwebs from an Empty Skull. En suelo británico nacen sus dos hijos mayores: Day -en Bristol- y Leigh -en Leamington-. En 1875 regresan a San Francisco, estando Mollie embarazada de Helen. A partir de 1877 Bierce es redactor del Argonaut, en el que inaugura la página Prattle.

Tras una experiencia nefasta como administrador de una compañía minera, reanuda su quehacer periodístico y es redactor de Wasp. Ambrose Bierce padecía asma, una enfermedad que le producía una intensa ansiedad y angustia: cuando el escritor castiga con la muerte en sus cuentos, lo hace de la manera, para él, más cruel -asfixia, estrangulamiento, ahorcamiento,

[3] Es común el que en muchos de sus relatos aparecen mujeres asesinadas, víctimas de hombres que, en ciertos casos, son sus esposos e hijos. Algunos críticos consideran que en estas ocasiones Ambrose Bierce esboza literariamente una autoconfesion de su propia culpa en la relación matrimonial con su mujer.

degollación-. A causa del asma, entre 1881 y 1889, vive en numerosos lugares del territorio californiano, buscando aire puro y espacios abiertos.

A partir de 1886 comienza a escribir The Devil's Dictionary, y, al mismo tiempo, el gran William Randolph Hearst contrata a Bierce para que forme parte de la plantilla de sus periódicos. En 1887 se incorpora al San Francisco Examiner.

Se separa de Mollie en 1888, pero el divorcio no llega hasta 1905. Este acontecimiento recrudeció su carácter, a lo cual se unieron las tristes muertes de sus dos hijos: Day, en un duelo amoroso, y Leigh, como consecuencia de una neumonía.

En 1891 se publica su primer gran volumen de relatos breves, Tales of Soldiers and Civilians, al que le secundó en 1893, Can Such Things Be? En estos momentos se produce también la publicación del poemario Black Beetles in Amber, y de la reelaboración, en colaboración con Gustav Adolph de Castro, The Monk and the Hangman's Daughter.

En 1900 Ambrose Bierce se instala definitivamente en Washington, en donde suele acudir a círculos militares como el Army and Navy Club. A partir de 1908 prepara sus obras completas, que se publicaron en 1912 como The Collected Works.

Tras visitar los campos de batalla de la Guerra Civil, con tanta significación y sentimiento para el escritor, a finales de 1913 cruza la frontera hacia Méjico por El Paso y llega a Chihuahua. En su última carta manifiesta su deseo de ir a Ojinaga y unirse a Pancho Villa. Pudo morir en la batalla de Ojinaga, el 11 de enero de 1914, pero sobre este hecho, como anunciamos, todo son conjeturas.

Estos apuntes biográficos nos aproximan al escritor y a su peripecia vital. Sin embargo, la individualidad anhelada del autor no lo exime de los encasillamientos literarios, de una línea de tradición estética y creadora. Ambrose Bierce es un naturalista y, al mismo tiempo, es miembro de la tradición gótica de la segunda mitad del siglo XIX en Estados Unidos -por tanto, también un romántico-, que cuenta con figuras tan representativas como Washington Irving, Edgar Allan Poe -uno de los grandes maestros de Bierce, junto con E.T.A. Hoffmann[4]-, Nathaniel Hawthorne y Herman Melville, por citar algunos ejemplos.

El naturalismo de Ambrose Bierce es antes teórico que práctico, y, por contraste, se aprecia más en sus relatos fantásticos que en sus cuentos bélicos. La Guerra Civil noteamericana es, para el escritor, un mito y la reconstruye en su narrativa a través de personajes y actos que son símbolos de la tragedia humana. Bierce es romántico en la recreación literaria del hecho bélico, sin embargo, el transfondo y ambiente de lo fantástico lo con-vierten en un naturalista. La faceta periodística del autor influye decisivamente en su estilo ficcional: esas historias de apariciones fantasmagóricas y de acontecimientos inexplicables son, en la mayoría de los casos, narradas como si fueran noticias de la prensa común. Por muy "fantásticos" que sean, no dejan de resultar perfectamente creíbles para el lector. En realidad podemos pensar en la veracidad de lo que se nos cuenta.

Ambrose Bierce tiene un gusto especial por lo macabro, y, en muchas de sus obras literarias, esta preferencia aparece yuxtapuesta a su cínico, sarcástico y amargo humor. Hay que señalar que el componente satírico era uno de los ingredientes esenciales de la prensa del

[4] La influencia del escritor romántico alemán E.T.A. Hoffmann (1776-1822) sobre la literatura fantástica universal de los siglos XIX y XX es un hecho evidente. Es clara la huella de Hoffmann en la tradición gótica norteamericana del XIX. El alemán es un maestro para Poe, y Bierce bebe en las fuentes de Poe, a quien conoce muy bien y se refiere en numerosas ocasiones. Directamente, Ambrose Bierce pudo saber acerca de los cuentos fantásticos de Hoffmann en la biblioteca de su padre, Marcus Aurelius Bierce, que atesoraba compilaciones y misceláneas de cuentos góticos alemanes, y también a través de las traducciones al inglés de los relatos de Hoffmann que realizaba su amiga, Emma Frances Dawson, también escritora. Sobre este punto consúltese mi tesis doctoral (SANTOS VILA, S., El relato fantástico en la literatura occidental durante el siglo XIX: E.T.A. Hoffmann y Ambrose G. Bierce, tesis doctoral microfilmada, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid, 1999).

momento, y, especialmente, de la prensa amarilla de Hearst. En su ficción hereda la ironía de Luciano, Swift y Voltaire. De Juvenal toma el ataque y la pintura del hombre como ser despreciable y depravado.

Nuestro escritor no es ni universal ni ampliamente conocido, pero su espíritu bélico y fantástico sí incide en la obra de Stephen Crane, Ernest Hemingway, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ryunosuke Akutagawa y Dylan Thomas[5]. Por lo que se refiere a la acogida de Bierce en España, hemos de decir que se centra en las traducciones de una parte de sus relatos, antes que en crítica e investigación sobre su obra. A partir de la publicación en 1973 de Relatos insólitos por la editorial Miguel Castellote, existen ciertas editoriales -como Valdemar- que se han especializado, casi, en traducir a Bierce y añadimos que magníficamente. Sin embargo, es preciso comenzar a dar a conocer a este atractivo autor en la rigurosa totalidad de su obra. Nuestro presente trabajo pretende ser un primer y decisivo paso en ese comienzo.

Escritos desconocidos nace, pues, con el propósito de difundir una pequeña porción de la producción literaria y también del pensamiento del cínico escritor entre aquellos lectores que sólo a través del idioma español pueden acceder a esa producción y a ese pensamiento, pues desconocen el inglés. Contando con esta premisa y en función de la esencia de la colección a la que pertenece esta monografía, lo ignoto, nos hemos fijado en parcelas de la obra bierciana que no se han vertido al castellano -cartas, artículos, ensayos y algunos relatos breves-. Sabemos que la mayoría de sus cuentos se encuentran excepcionalmente traducidos, pero aún resta una porción virgen que aquí, sólo parcialmente, va a ser mancillada.

Las cartas que hemos seleccionado son documentos personales que Ambrose Bierce dirige a familiares y amigos. Sus destinatarios son Blanche, Lora (su sobrina), Ruth, George Sterling (poeta y gran amigo suyo), y Joe (Mrs. Josephine Clifford McCrackin). En ellas Bierce, entre otros asuntos, da consejos sobre poesía a su amigo Sterling, y también acerca del oficio de la escritura a Ruth, pero, sobre todo, a través de ellas descubrimos el lado familiar y humano del escritor que constantemente trata de esconder tras su amargura y ataque feroz.

Por lo que respecta a los artículos en prensa, estos nos dan idea del pensamiento de Ambrose Bierce sobre temas que le afectan profundamente como es la mujer y su situación social, la prensa, la educación del ciudadano, o la política. Utiliza constantemente la ironía y el sarcasmo más vil para arremeter contra todo aquello con lo que está en desacuerdo. Esta acritud para los contrarios abunda en un implacable talante, a nuestro juicio, conservador e incluso, hasta cierto punto, dictatorial. Los ensayos son el complemento ideal para lo que a veces apunta breve-mente en los artículos: es el caso, por ejemplo, del ensayo que hemos traducido sobre la emancipación de la mujer. Pero también hallamos pautas éticas en los que hablan del suicidio y de la guerra, y se erige en crítico literario al defender el género que domina, el relato breve, frente a la novela, así como al prescribir la fórmula de la formación de escritores.

Los relatos escogidos pertenecen, en su mayoría, a los genéricamente denominados tal/ tales, aunque en la producción de Ambrose Bierce se enmarcan dentro de los Negligible Tales, de los que "Corrompiendo a la Prensa" y "Un Cargamento de Gatos"[6] corresponden a los subgrupos respectivos de The Fourth State y The Ocean Wave. Los tal/ tales eran cuentos muy populares en el viejo Oeste norteamericano en los que la sátira salvaje, molesta y amarga permanecía después de que la carca-jada había desaparecido. Sólo dos escapan a la anterior catalogación: "Haïta el pastor", un relato de hadas, y "Una identidad reanudada", narración de ambiente fantástico pero de explicación racional, que se insertan en el volumen Can Such Things Be?

---

[5] Consúltense las pp. 24-26 de mi libro La narrativa fantástica de Ambrose G. Bierce.

[6] Es difícil encontrar una datación exacta para los relatos de Ambrose Bierce. De los que hemos traducido es éste el único sobre el que podemos ofrecer una fecha de publicación. Apareció en The Wasp, el 3 de enero de 1885.

A lo largo de esta traducción parcial de la obra de Ambrose Bierce, he procurado respetar al máximo el estilo literario del autor. He intentado, en la medida de lo posible, mantener su puntuación ortográfica, a la que él otorgaba una importancia extrema. A mi entender, modificarla o trastocarla innecesaria-mente desvirtuaría la esencia de la obra y nos alejaría, si cabe, de los patrones normativos literarios de Bierce.

Aunque no todo lo que hay traducido en este libro va a ser del agrado del lector debido, en ocasiones, a su irritante contenido, sí que encontrará espacio para la risa en los artículos, en los ensayos, y, especialmente, en los relatos jocosos. De cualquier modo, creo vehementemente que el espíritu del escritor queda manifiesto con creces.

Pero es hora ya de olvidarnos de introducciones, y de escuchar lo que nos dice Ambrose Bierce. Antes de concluir, he de agradecer a mi familia y a todas las personas buenas de las que siempre me he rodeado, tales como profesores y amigos, su aportación en mi educación personal y académica. Sin ellos nunca hubiera podido defenderme en el difícil camino de la investigación, mi gran pasión. Finalmente doy las gracias a Disbabelia. Colección Hermeneus de Traducciones Ignotas, y a su director, D. Juan Miguel Zarandona, por la confianza que han depositado en mí al aceptar esta obra como un número más de la mencionada colección.

SONIA SANTOS VILA

CARTAS

Berkeley, 27 de diciembre de 1893

Mi querida Blanche,

Te envío (vía pretexto para escribirte) una revista que pedí a Richard que te llevara anoche, pero la olvidó. Hay un artículo ilustrado sobre gárgolas y otras cosas por el estilo que te interesarán. Algunas de las criaturas son deliciosas -más así que lo que yo percibí cuando las ví vivas en Notre Dame.

Quiero agradecerte también la bonita bufanda antes de que me acomode en mi silla de sauce, feliz ante la perspectiva de la muerte. Pues a esta hora, 10:35 p.m., "padezco" un caso de asma muy prometedor. Si salgo de él decentemente vivo, dentro de una semana iré a tu casa y veré el retrato finalizado si está "todavía allí", como la bandera en nuestro himno nacional.

Te saluda afectuosamente,
AMBROSE BIERCE

Aurora, Virginia Occidental,

12 de septiembre de 1903

Querido Sterling,

Tengo la tuya del día 5. Antes de ahora tú tienes mías de cierta fecha.

(...)

Estoy contento de que te gustara London; he oído que es un buen tipo y he leído uno de sus libros -"The Son of the Wolf", creo que es ese el título- y parecía una obra inteligente. La impresión general que permanece en mí es que es siempre invierno y siempre noche en Alaska.

(...)

(...) probablemente estará feliz por vender su álbum de recortes después, para conseguir pan. No puede vivir de los sindicatos obreros él solo. Ojalá no fuera degagomo y, como el pobre Doyle decía, no puteara a su Musa. Cuando regrese a la verdad y a la poesía, lo recibiré con aprobación y, si quiere, puede darme una patada.

No, no puedo decirte cómo conseguir "Prattle"; si pudiera yo mismo no estaría sin ella. Me preguntas cuándo la comencé en el "Examiner". Poco después de que Hearst comprara el periódico -no sé la fecha- te lo pueden decir en la oficina y te mostrarán los volúmenes encuadernados.

Tengo los volúmenes encuadernados del "Argonaut" y del "Wasp" correspondientes a los años en los que yo estuve vinculado a ellos, pero mi trabajo en el "Examiner" (y previamente en el "News Letter" y en el "Fun" de Londres y en el "Figaro" y otros periódicos) sólo lo conservé de manera fortuita e imperfecta.

No recuerdo dar a Scheff ningún "epigrama" sobre la mujer o cualquier otra cosa. Así que no te lo puedo enviar. De vez en cuando me divierto con ese tipo de cosa en el "Journal" ("American") y supongo que los otros periódicos de Hearst los copian, sin embargo el "ambiente" es desagradable y mediocre.

¿Piensas que se venderían extractos de "Prattle"? No creo que algo mío se venda. Podría hacer una docena de libros del material que he "rescatado" -tengo unos pocos listos para publicación ahora- pero todo es vanidad en lo que se refiere a la publicación lucrativa. Los editores no quieren nada de mí excepto novelas -y yo moriré primero.

¿Quién es (...) - y por qué? Honra a London defenderme contra él. Imagino que todos vosotros compañeros tenéis mucho para defenderme, aunque en realidad no merece la pena. Toda mi vida he sido odiado y calumniado por todo tipo de gente excepto por las personas buenas e inteligentes; y no me importa excesivamente. Sabía al principio lo que tenía que esperar, y ahora sé que, como una zurra, duele (a veces) pero no daña. Y la misma malevolencia que ha rodeado mi vida rodeará mi memoria si soy recordado. Sólo repasa en tu mente los nombres de los hombres que han dicho la verdad sobre sus colegas indignos y sobre la naturaleza humana "como ellos la veían". Son los bogies de la historia. Ninguno de ellos ha escapado al vilipendio. ¿Puedo, pobre de mi, esperar algo mejor? Cuando golpeas eres golpeado. El mundo es canalla, pero tiene derechos; entre ellos el de represalias. Sí, te engañas si te "igualas" a los hombrecitos de letras, mejor dicho, si piensas que a ellos les gustarás cuando conozcan tu grandeza. Permanecerán despiertos noches enteras para inventar nuevas mentiras sobre ti y nuevos medios de diseminarlas imperceptiblemente. Sin embargo tienes tu venganza: en unos pocos años estarán todos muertos -igual que si tú los hubieras matado. Mejor aún, tú mismo estarás muerto. Así que -tienes mi filosofía completa en dos palabras: "Nada importa".

Volviendo a Scheff. Lo que tiene que temer (si le preocupa) no es la crítica incompetente, sino la indiferencia pública. Eso no corroe, pero los poetas son gente ambiciosa y les gusta ser el centro de atención. Quizás Scheff sea diferente, como sé que tú eres. Intenta transformarlo si no lo es. (...) Los poetas sabios escriben para los poetas sabios. Si por casualidad el público se da cuenta, mejor que mejor. A veces es así -y el poeta sabio es un herrero. Este escrito largo y pesado se está convirtiendo en un ensayo.

Por favor, da recuerdos míos a todos los buenos Sterlings -aquellos que lo son por nacimiento y aquellos que lo son por matrimonio. (...)

Mis amigos han regresado a Washington, y yo me lo estoy pasando muy bien escalando cumbres (son protuberancias) y explorando barrancos y cañones -para los que esta gente no tiene nombres- pobres cosas. No he vuelto a visitar mi tierra de ensueño. Encontraron un soldado confederado allí el otro día, con su rifle al lado. Iré a pedirle perdón.

Siempre tuyo,
AMBROSE BIERCE

Washington, D. C.,

11 de mayo de 1904

Querido George,

Para empezar por el principio por supuesto que estaré encantado de encontrarme con Josephare si viene por aquí; aun-que sólo sea para resolver el problema que le sucede a un tipo que empezó tan mal y en un tiempo tan breve le ha ido bien, con la posibilidad de lograr "un puesto". A Byron, tú lo sabes, le ocurrió lo mismo y a Tennyson no le fue tan diferente. Incluso sus comienzos no fueron tan malos como los de Josephare. Confieso libremente que le creía un tonto. Me desconcierta.

Me pregunto si alguna casa de Londres publicaría "Shapes of Clay". De vez en cuando una pequeña discusión sobre mí estalla en la prensa londinense, arde durante un tiempo y "se eleva en forma de humo". Adjunto algunos testimonios de lo más reciente -que puedes devolverme si lo recuerdas. La carta de "un hombre profundamente decepcionado" contenía un humor divertido sugerido por algunos artículos de Barr acerca de mí y de una insinuación privada por su parte para que yo publicara más libros en Londres.

Sí, he abandonado "The Passing Show" de nuevo, por la misma razón de siempre -no soportaría la censura de mi editor. Estoy escribiendo para los números diarios de The American, principalmente, y, como norma, de manera anónima. Es un trabajo "muy fácil".

Está bien -ese "cry unto Betelgeuse"; el pasaje de la "sick enchantress" es lo bastante bueno sin eso. Me gustan los versos añadidos del poema. Aquí hay otra crítica: los "without" y "within", comenzando los versos primero y tercero, respectiva-mente, parecen ser antitéticos, cuando no lo son, teniendo el último el sentido de "into", que creo que podría, por claridad, sustituirlo sin una ruptura desagradable del metro -un troqueo por un yambo.

¿Por qué no debería yo ensayar "The Atlantic" con este poema? -si tú no lo has hecho ya. Podría escribir una nota breve sobre ello, diciendo lo que tú no podrías decir, y posiblemente ganando atención hacia la obra. Si dices que sí lo haré. Es imposible imaginar al director de una revista rechazando ese asombroso poema. Lo he leído al menos veinte veces siempre con creciente admiración.

A propósito, tu libro es todavía mi constante compañero -lo llevo en el bolsillo y lo leo una y otra vez, en los tranvías y por todas partes. Todos los poemas son buenos, aunque el "Testimony" y "Memorial Day" son supremos -el uno en grandiosidad, el otro en sentimiento.

Te envío una crítica en una carta manuscrita de un amigo que se queja de tu "oscuridad", como muchos tienen la franqueza de hacer. Requiere franqueza hacer eso, pues el defecto está en la comprensión de la crítica. Sin embargo, el que comprende a Shakespeare y a Milton ostenta la reputación de testigo quejoso de la corte literaria.

(...)

Mi traducción favorita de Homero es la de Pope, del cual procede la moda actual de hablar en términos despreciativos, al igual que de Byron. Conozco todo lo que puede ser dicho en su contra, y yo mismo diría algo, pero ojalá sus detractores tuvieran un poquito de sus cerebros. Sé también que las traducciones de Pope de La Ilíada y La Odisea son más bien paráfrasis que traducciones. Pero las adoro igualmente, mientras que me pregunto (contigo, sin duda) qué afectó tan profundamente a Keats cuando "oyó a Chapman hablar en voz alta y enérgicamente". Sea lo que fuere, nos dio lo que Coleridge declaró el mejor soneto de nuestro idioma; y la admiración de Lang por Homero nos ha dado al menos el siguiente mejor. Por supuesto que debe haber algo en los poemas que producen poemas -en un poeta a quien la mayoría de los poetas confiesan su rey. Sostengo (con Poe) que no existe nada como un

poema largo -un poema de la longitud de una Épica. Debe constar de pasajes poéticos conectados por recitativo, por emplear una palabra del mundo de la ópera; pero es quizás mejor por eso. Si el escritor no puede escribir poesía "sostenida" el lector probablemente no podría leerla. De cualquier modo, voto por Homero.

Me lo estoy pasando bien, pero pronto buscaré las montañas, aunque espero estar aquí cuando Scheff dirija su proa por este camino. ¡Ojalá navegaras con él!

Sé todo acerca de todos vosotros, ya que Eva Crawford ha estado entre vosotros "tomando notas", y los comentarios picantes de Eva sobre qué y a quién ve son de lectura deliciosa. Supongo que tú apreciarías a Eva -la mayoría de la gente no. Es la mejor escritora de cartas de su sexo -quienes son todas buenas escritoras de cartas- y es incomparable. Puedo atreverme a cuchichear que descubrirías que ella estima tu trabajo y tu personalidad "no en conjunto desagradable".

Ahora que estoy en estos asuntos, te remito una nota para mi amigo Dr. Robertson, el cual dirige un manicomio en Livermore y es un personaje interesante con una familia ídem y una biblioteca que te pondrá verde de envidia. Ve y visítale algún día y lleva a Scheff contigo, o a cualquier amigo -quiere conocerte. No te importe el que piense que la poesía es la secreción de un cerebro enfermo, y que la única razón por la que no cree que todos los cerebros (excepto el suyo propio) están enfermos es debido a la circunstancia de que no todos segregan poesía.

(...)

En serio, es un buen tipo y con un amplio conocimiento del que carecemos la mayoría.

Te saluda afectuosamente,
AMBROSE BIERCE

Oficina de The N.Y. American, Washington, D.C.,

12 de octubre de 1904

Mi querido Davis,

La "mala eminencia" de rechazar el gran poema de Sterling es algo que tendrás que compartir con algunos de tus estimados colegas de las revistas -por ejemplo, los directores del Atlantic, Harper's, Scribner's, The Century, y ahora el Metropolitan, todas de élite. Todos estos caballeros, creo, confiesan, al contrario que tú, conocer la literatura cuando la ven, y tratar con ella.

Bien, yo confieso tratar con ella humildemente, y si Sterling me lo permite me propongo algún día pedir opinión entre ellos y yo.

Incluso tú pides literatura -si mis relatos son literatura, ya que eres lo suficientemente bueno como para presuponerlo. (A propósito, todos los principales editores del país rechazaron aquel libro hasta que lo vieron publicado fuera de su alcance por un comerciante de San Francisco y otros editores de Londres, Leipzig y París.) Bueno, ¡tú no harías eso a uno de mis cuentos!

No, gracias; si tengo que escribir tonterías, prefiero hacerlo para los periódicos, que no muestran falsas pretensiones y están francamente corrompidos, y en los que la maldad de una cosa mala escapa a la percepción o se olvida tan pronto como se enfría.

Sé cómo escribir una narración (del tipo de "final feliz") para los lectores de las revistas para quienes la literatura es demasiado buena, pero no lo haré siempre y cuando robar sea más honorable e interesante.

Te he ofrecido el mejor material que podrías tener -el poema de Sterling- y el mejor que yo puedo hacer; y ahora debes excusarme. No dudo de que realmente piensas que acogerías "la clase de ficción que convirtió a "Soldiers and Civilians" en el libro más interesante de su género en este país", y es muy amable por tu parte cifrarlo de esta manera; pero tampoco dudo de que catalogarías el relato enviado como de una clase diferente de ficción y, al igual que la sátira que me devuelves, "fuera de cuestión". Un editor que tiene una opinión preformada del material que va a recibir siempre estará desilusionado con el material que recibe.

Sé esto por mi temprana experiencia como redactor-jefe -antes de que yo aprendiera que lo que necesitaba no era un tipo particular de material, sino sólo el material de un tipo particular de escritor.

No te escribo con sentimiento, sino únicamente para explicar por qué debo pedirte que me disculpes.

Te saluda afectuosamente,
AMBROSE BIERCE

Washington, 21 de febrero de 1907

Mi querido George,

Si abandonas Carmel destruiré mi cuadro de Jorgensen, construiré un bungalow en los Catskills y me iré de California para siempre. (Éstas son las huellas de mi maldito canario, el cual ni escribe ni me deja escribir. Ahora mismo se ha posado en el hombro, esperando la orden para cantar -entonces me ensordecerá con una canción sin sentido. Oh, es un poeta de pleno derecho.)

Apruebo por completo tu lealtad a Mammon. Si tuviera la capacidad cerebral suficiente como para tomar una decisión como esa, a los 65 años, podría actualmente disponer de bastante tiempo para elaborar un libro o dos antes de ir al depósito de desecho. (...) Hazte con una gruesa cuenta bancaria -no existe una amiga tal como una cuenta bancaria, y el libro más maravilloso es un libro de cheques; como señala uno de los piratas de Stevenson, "¡Puedes apostar por eso!".

(...)

No, señor, tu jefe no te traerá al Este el próximo junio; o si lo hace no vendrás a Washington. ¿Cómo lo sé? No sé cómo lo sé, pero acerca de todos (y son muchos) los que debían de venir desde California para verme nunca he fallado en mi pronóstico de su venida o no-venida. Incluso en el caso de (...), aunque te escribí a tí, y a ella, como si la esperara, le dije a uno de mis amigos: "Ella no vendrá". No creo que sea un don adivinatorio -sólo sucede, de alguna manera. El tuyo no es un buen ejemplo, ya que no has dicho que venías "con seguridad".

Así que tu colonia de intelectuales se vuelve a establecer en el antiguo punto -Piedmont. (...) Pero Piedmont -debe estar en el corazón de Oakland. Yo ya no podría cazar conejos en el barranco situado detrás y dormir bajo un árbol para cazar más por la mañana. Ni podría atravesar esa larga sierra con varias chicas. No me sorprendería que hubiera un bulevar de su misma longitud con,

"Un palacio y una prisión a cada lado."

Si pudiese impedir que leyeras ese volumen de los viejos "Argonautas" lo haría, pero supongo que no "sería admisible" un entredicho. Sí, por aquel entonces yo era un escritor descuidado, aunque bastante mejor que mis vecinos para haber atraído mi propia atención. Mi conocimiento del inglés era "muy" imperfecto. De hecho, mi nivel intelectual (cualquiera que fuera, y Dios sabe que es suficiente como para hacer que me ruborice) era de lento crecimiento -como lo era mi moral. Quiero decir que yo no tenía sinceridad literaria.

Sí, escribí de Swinburne las palabras nada gratas que citas. Sin embargo no eran del todo falsas. Él me daba dentera -no podía soportarlo ni siquiera un minuto, y te mantenía buscando el hilo que accionaba sus piernas y brazos. Y tenía un rostro débil que daba la idea de carecer de barbilla. Pero hace tiempo que renuncié a las opiniones que una vez sostuve sobre su poesía -sostuve, o creí que sostuve. No obstante no recuerdo si fue sobre el 78 cuando opinaba así.

Escribes sobre la señorita Dawson. ¿Sobrevivió al temblor? ¿Y sabes de ella? Ni una palabra me ha llegado acerca de ella. A pesar de tu ruiseñor de importación (sobre el que pienso que te deberían hacer pagar unos rígidos derechos de aduana) tu poema de Ina Coolbrith es tan bueno que quiero conservarlo si tienes otra copia. No encuentro faltas enmendables en él. (...)

El tipo que te dijo que yo era un director de "The Cosmopolitan" tiene un obstáculo en su veracidad. Simplemente escribo para esa publicación, (...), y cuanto menos de mi material emplea el redactor-jefe, tanto más me agrada.

(...)

Oh, me preguntas sobre el tema de "Ursus-Aborn-Gorgias-Agrestis-Políglota". Fue escrito por James F. ("Jimmie") Bowman -muerto desde hace tiempo. (Véase un soneto bastante malo en la página 94, "Shapes of Clay".) Mi única parte en el asunto fue sugerir los artículos y discutirlos con él delante de muchas jarras de cerveza.

(...)

A propósito, Neale dice que obtiene casi las suficientes demandas de mis libros (de San Francisco) como para poder justificar su reedición.

(...)

Eso es todo -y, al igual que George Augustus Sala escribió de mascar tabaco como el precio de los favores de cierta dama, "¡Dios sabe que es suficiente!".

AMBROSE BIERCE

Club del Ejército y de la Marina, Washington, D.C.,

23 de abril de 1907

Querido George,

Tengo tu carta del día 13. El papelito adjunto del Pacific Monthly (gracias por ello) es divertido. Sí, (...) es un pedante inaguantable, pero no me importa en absoluto su pedantería. Cualquier crítico es bienvenido a golpearme todo lo que le plazca si añade a sus comentarios (como (...) tuvo la consideración de hacer) mi definición de "Crítico" del "Word Book".

Por favor no te molestes en escribirme cuando el espíritu no te mueva a hacerlo. Tú y yo no necesitamos escribirnos por ninguna otra razón que esa que nosotros queramos. Sobre venir al Este, abstente, oh, abstente de promesas, para que no te parezcas a todos mis otros amigos de allí, quienes siempre prometen y nunca vienen. Sería delicioso verte aquí, pero sé cómo esas cosas se organizan ellas solas sin referencia a nuestros deseos. Obramos como debemos, no como queremos.

Pienso que ese tío tuyo debe ser un muy buen tipo. Sé bueno con él y no protestes a su servicio, aun cuando sientas la cadena. Ello supera a la poesía sin sueldo un año.

¿Recibiste el artículo sobre "Shiloh"? Te lo envié. Lo mandé también a Paul Elder & Co. (la rama de New York) para su libro de "Western Classics", y espero que satisfaga sus necesidades. Querían algo, y me parecía tan bueno, con una pequeña revisión, como cualquiera del material que controlo. ¿Crees que sería aconsejable ofrecerles "In the Midst of Life" para reedición? Ahora está "agotado" y en mis manos.

(...)

Estoy contento por tu elogio de mis cosas del "Cosmopolitan". No me ofrecen mucha "pompa" -al director no le agrado personalmente en la forma que debería, y sólo me permite realizar lo suficiente para apartar de sí mismo la atención del Sr. Hearst y el entrometimiento de ese caballero en el juego de admiración mutua como es jugado en la oficina del "Cosmopolitan". Puesto que yo soy aficionado más bien al trabajo fácil no grito.

(...)

No hablas de la recepción del libro que te envié, "The Monk and the Hangman's Daughter"- nueva edición. No es tan bueno como el antiguo. (...)

Estoy embarcado de nuevo. ¡Cómo me gustaría asomar mi proa por la Bahía de Monterrey!

Te saluda afectuosamente,
AMBROSE BIERCE

Club del Ejército y de la Marina, Washington, D.C.,

11 de noviembre de 1910

Querida Lora,

Es bueno tener noticias tuyas y saber que a pesar de mis modales rudos e intolerantes logras insinuar un poco de cariño hacia mí -tú y el resto de la gente. Y realmente pienso que dejé un trocito de mi corazón allí -fundamentalmente en Berkeley. Es curioso, entre paréntesis, que al desenamorarme de la mayor parte de mis antiguas novias y seminovias me enamorara de mi propia sobrina. ¡Es verdaderamente escandaloso!

Devuelvo la carta de Sloot. Me disgustó un poquito haberle dicho que probablemente nunca más me vería. Por supuesto que es verdad, pero yo no había pensado en ello de esa manera -supongo que no me lo había permitido a mí mismo. Y, después de todo, si las cosas van como espero que irán, Montesano me acogerá de nuevo algún día antes de que a él le parezca apropiado dejarlo. Puede que todavía veamos el Gran Cañón los cuatro juntos. Me gustaría colocar mis restos mortales por allí.

No son mías las prendas sobre las que me convenciste de que lo eran. Son probablemente de Sterling, y lo más seguro es que me haya maldicho por robarlas. No me importa; no tiene derecho a vestir como un "sucio rico". ¿No tiene ninguna "conciencia de clase"? Sin embargo, te las envío como urgente. Te mandaré por correo el acuse de recibo pagado; así que no pagues el cobro que la compañía seguramente hará. Me cobraron de nuevo por los dos paquetes que tú habías pagado, y se llevaron el dinero del Secretario de mi club, donde fueron entregados. Tuve que recuperarlo sometiendo al repartidor a punta de cañón calibre 34.

Con amor a Carlt y Sloots, Un abrazo cariñoso,

AMBROSE

Club del Ejército y de la Marina, Washington, D.C.

14 de noviembre de 1910

Querida Lora,

Me preguntabas acerca del interés relativo de Yosemite y el Gran Cañón. No es fácil compararlos, son tan diferentes. En Yosemite sólo las magnitudes son desconocidas; en el Cañón no se conoce nada -al menos, nada te sería familiar a tí, aunque yo he visto algo así en el Yellowstone superior. La "combinación de colores" es asombrosa -casi increíble, como lo es la "arquitectura". En cuanto a las magnitudes, Yosemite no está en ninguna parte. Desde ciertos puntos en el borde del Cañón puedes ver cincuenta, quizás cien, millas de él. Y nunca es dos veces igual. Nadie puede describirlo. Por supuesto que debes verlo algún día. Ojalá nuestro grupo de Yosemite pudiera reunirse allí, pero probablemente nunca lo hará; está lejos de aquí, y no lo bastante cerca de Berkeley y Carmel.

Acabo de instalarme en mi vieja vivienda de siempre, la Olympia, pero el club es la mejor dirección.

(...)

Con cariño,

AMBROSE

Club del Ejército y de la Marina, Washington, D.C.,

1 de marzo de 1911

Mi querida Ruth,

Es agradable saber que la familia Robertson "ve cosas" y las disfruta. Odio viajar, pero lo encuentro delicioso cuando lo haces tú, en lugar de mí. Créeme, ha sido un placer para mí seguirte a través de tu estela de palabras, al igual que en el deporte conocido como "rallyepaper".

Y ahora sobre el cuentecito. Tu negativa a permitir que tu padre lo corrija es sin duda muy rebelde, pero desafío su ira mediante mi aprobación. Es tu trabajo el que quiero ver, y no el de nadie más. Tengo un profundo respeto por el talento de tu padre: como literato, es el mejor médico que conozco; sin embargo no debe enseñar a mi alumna, o él y yo (como Mark Twain decía de la Sra. Astor) "nos pelearemos".

El relato no es un relato. No es narrativa, y nada sucede. Es una relación de mutaciones mentales -de vicisitudes espirituales- estados de la mente. Es la cosa más difícil que podrías haber intentado. Puede ser realizado aceptablemente por el genio y la habilidad que proviene de la práctica, como cualquier cosa. No obstante tú no tienes suficientes fuerzas para ello. Lo has hecho mejor que yo lo hubiera hecho a tu edad, pero no del todo bien, como indudablemente no esperabas hacerlo. Convendría que te limitaras actualmente a la narrativa simple. Escribe sobre algo hecho, no sobre algo pensado o sentido, excepto de modo fortuito. Estoy seguro de que podrás hacer una magnífica obra, pero en este negocio de la escritura, como en otros asuntos, la excelencia no debe conseguirse de otra manera que comenzando por el principio -lo simple primero, después lo complejo y difícil. No puedes escalar una montaña de un salto hasta la cumbre.

Me quedo con tu pequeño sketch hasta que vuelvas, puesto que no puedes hacer nada con él -ni yo tampoco. Si hubiera sido escrito -preferiblemente mecanografiado- con renglones amplios y márgenes le habría hecho algo. Quizás cuando tenga tiempo lo haga; actualmente estoy agobiado de "pruebas" y dos volúmenes tras los impresores. Si supiera que te iba a ver y que iba a discutir sobre ello lo reescribiría y (original en mano) señalaría las razones para cada alteración -las verías bastante rápido cuando te las mostrara. A lo mejor venís todos de este modo.

Eres muy deficiente en ortografía. Espero que no sea incurable, aunque algunas personas -inteligentes, también- nunca aprenden a escribir correctamente. Tendrás que aprenderlo de la lectura -fijándote cuidadosamente en todas las palabras excepto las más familiares.

Empleas vocablos "favoritos" -casi todos lo hacemos. Uno de los tuyos es "vibrante". La adicción a ciertas palabras es un "pecado preocupante" muy difícil de vencer. Intenta superarlo excluyéndolas cuando parezcan muy oportunas.

A propósito, tu "héroe", como tú lo describes, no habría sido accesible a todas estas impresiones espirituales -es a ti a quien vienen. Y eso confirma mi juicio acerca de tu imaginación. La imaginación supone nueve partes del negocio de la escritura. Con bastante de eso todas las cosas son posibles; sin embargo son las otras cosas las que requieren el trabajo duro, el estudio incesante, la búsqueda infatigable, el deseo indómito. Créeme, este asunto de la escritura no es "ir de excursión al campo". El éxito llega a través del favor de los dioses, sí, pero ¡ay de los días y noches que debes pasar ante sus altares, postrado y suplicante! Los dioses son exigentes; años y años de servicio debes ofrecer en el templo. Si estás preparada

para hacer esto continúa hasta tu recompensa. Si no, no puedes arrojar tu pluma con rapidez y -bueno, casarte, por ejemplo.

"Bebe profundamente o no pruebes la fuente de Pieria." Mi voto es que persistas.

Con recuerdos cordiales para todos los buenos Robertsons -creo que no hay otros- soy tu amigo más sincero,

AMBROSE BIERCE

Los apartamentos Olympía, Washington, D.C.,

13 de enero de 1913

Mi querida Ruth,

Es "una pena" que no me pudiera quedar en Oakland y Berkeley otro mes para darte la bienvenida, pero me temo que "tendrá que pasar sin más", ya que no guardo esperanzas de ver California de nuevo. Me gusta el estado como siempre me agradó, pero no me gusta la autoridad de los sindicatos obreros, los corruptos y las sufragistas. Por lo que a mí respecta pueden cocer su propia salsa; yo no me ofreceré como ingrediente.

Es agradable saber que todos os encontráis bien, incluyendo a Johnny, pobre pequeño.

Haces bien en estudiar filología y retórica. Seguramente debe haber algún suministro para tu necesidad -una universidad en la que no se puede aprender el propio idioma sería una universidad curiosa.

Pienso que tu "Sr. Wells", quien te dio un curso de conferencias sobre composición ensayística, puede que sea mi amigo Wells Drury, de Berkeley. Si es así, mencióname a él y te aconsejará qué hacer.

Otro buen amigo mío, a quien, sin embargo, no logré ver durante mis visitas a California, es W.C. Morrow, el cual es de oficio profesor de escritura y espléndido escritor. Te podría ayudar. Vive en San Francisco, pero creo que da clase en Oakland. No sé su dirección; la encontrarás en la guía telefónica. Antes escribía relatos magníficamente trágicos, pero me han contado que ahora enseña el "final feliz", en el que es bueno -comercialmente- pero repugnante. Puedo recomendarte cordialmente a él.

Sigue con tu alemán y francés, por supuesto. Si tu inglés (tu lengua madre) es tan defectuoso, piensa lo que ellos deben ser.

Meditaré sobre algunos libros que te ayuden con tu inglés. Mientras tanto envíame algo que quieras de eso que escribes. Me mostrará al menos el progreso que haces.

Te devuelvo algunos (todos, creo) de tus sketches. No los destruyas -todavía. Quizás algún día los encuentres dignos de ser reescritos. Mi amor para todos vosotros.

AMBROSE BIERCE

Washington, D.C.,

10 de septiembre de 1913

Querida Joe,

La razón por la que no he respondido tu carta antes es que he estado fuera (en New York) y no la tenía conmigo. Supongo que no veré tu libro durante mucho tiempo, pues me marcho y no tengo ni idea de cuándo regresaré. Espero ir a, quizás cruzar, América del Sur - posiblemente por Méjico, si puedo atravesarlo sin ser colocado ante una pared y fusilado como un gringo. Pero eso es mejor que morir en la cama, ¿no? Si a Duc no le hicieras tanta falta te pediría que cogieras tu sombrero y me acompañaras. Que Dios te bendiga y te proteja.

(...)

Washington, D.C., 13 de septiembre de 1913

Querida Joe,

Gracias por el libro. Agradezco tu amistad -y mucho además. Esto es decir adiós al final de una agradable correspondencia en la que se te niega tu prerrogativa como mujer de añadir la última palabra. Antes de que la pudiese recibir me habré ido. Pero en algún momento, en algún lugar, espero saber de tí de nuevo. Sí, entraré en Méjico con un propósito muy definido, el cual, sin embargo, no puede ser revelado actualmente. Debes intentar perdonar mi obstinación en no "perecer" donde estoy. Quiero estar donde suceda algo que merezca la pena, o donde no suceda nada sea lo que sea. La mayoría de lo que ocurre en tu propio país me es sumamente ingrato.

¿Rezar por mí? Bueno, sí, querida -no nos hará daño a ninguno de los dos. Aborrezco las religiones, un cristiano me da náuseas y un católico me da dentera, pero reza por mí igualmente, ya que con todas esas culpas sobre tu cabeza (es una cabeza culta, por otra parte), te tengo muchísimo cariño, sin duda. Que vivas tanto como quieras, y que después pases sonriendo a la oscuridad -la buena, buena oscuridad.

Con devoción tu amigo,

AMBROSE BIERCE

La Olympia, Euclid Street, Washington, D.C.,

1 de octubre de 1913

Querida Lora,

Me voy mañana por mucho tiempo, así que esto es sólo para despedirme. Creo que no hay nada más digno de decir; por esta razón tú naturalmente esperarías una carta larga. ¡Qué inaguantable sería este mundo si no dijéramos nada excepto lo que merece la pena decir! Y nada ridículo -como ir a Méjico y América del Sur.

Espero que vayas a la mina pronto. Debes tener hambre y sed de las montañas -lo mismo que Carlt. Yo también. ¡La civilización está sucia! -reclamo las montañas y el desierto para mí.

Adiós -si oyes que he sido colocado contra un muro de piedra mejicano y me han fusilado hasta convertirme en harapos, por favor, entiende que yo pienso que esa es una manera muy buena de salir de esta vida. Supera a la ancianidad, a la enfermedad, o a la caída por las escaleras de la bodega. Ser un gringo en Méjico -¡ah, eso es eutanasia!

Con amor a Carlt, un abrazo cariñoso,

AMBROSE

ARTÍCULOS

(News Letter, 5 de junio de 1869)

El género Bestia incluye una sana mayoría de la raza humana, y no sabemos de ninguna buena razón por la que cien mil personas en San Francisco no deberían ser catalogadas como pertenecientes a él. Pero la preciosa Bestia femenina es nuestro tema. Ella es generalmente una morena, con grandes ojos negros y pelo abundante -todo suyo. A veces es rica y siempre bien criada -pero una Bestia. Le conmueve la literatura, y devora innumerables novelas -bestiales- de la Biblioteca Mercantil. Ella entra, sonríe al bibliotecario, va a las estanterías, fija los ojos en su víctima de cubiertas doradas, se precipita suavemente sobre ella, la arrastra hasta su guarida en la parte alta de la ciudad, y la incorpora a su sistema junto con reconocidos dulces y berzas clandestinas. Es a través de este proceso por lo que ella ha llegado a ser lo que es -por alimentarse de literatura bestial. No se evita; al contrario, tiene muchos seguidores -cazadores- y se casarían con todas ellas si se le permitiera. No porque tenga propensiones antinaturales, sino porque no tiene ninguna en absoluto. No es orgullosa, ni malhumorada, ni cruel, ni desagradable, sino simplemente una Bestia -una Bestia humana femenina sosa, pasiva y dócil.

(News Letter, 17 de diciembre de 1870)

El Town Crier[7] está enfermo; necesita asistencia esmerada y una multiplicidad de medicinas. Sus días son tristes; pide que alguien vele por él. Sus noches son febriles; debe tener a alguien que se acueste -con él fuera del News Letter. Los hombres no lo harán; está cansado de ellos, y desea que todos viajen a países extranjeros -que visiten a los europeos u otras tribus distantes. Lo que quiere es ruibarbo[8], con una mujer al otro extremo de la cuchara. Muy poco ruibarbo, una buena cantidad de mujer, y una cuchara pequeña. El ruibarbo puede ser débil, pero la mujer debería ser lo bastante fuerte como para evitar que él salga de la cama.

Antes de asumir esta obligación cristiana, la dama debería comprender que el Town Crier tiene veintiocho años, que está poderosamente construido, que es muy atractivo, y -evidentemente- que está soltero. Esa es la naturaleza de su enfermedad. Está seguro de su habilidad para animar y entretener a una enfermera inteligente en las silenciosas guardias nocturnas, refiriendo sus varios síntomas, su causa probable, y el modo de curación. No se dirá nada intencionado que provoque la alarma en el pecho del más quisquilloso. Se darán las mejores referencias, y no se exige que la aspirante sea guapa.

Todas las mujeres son guapas. Algunas, sin embargo, son más guapas que otras, y es natural que el enfermo prefiera ese tipo. La mente debilitada por el sufrimiento se pega a la belleza como el marinero que se ahoga a una verga, y de modo similar al cuerpo afectado le gusta también pegarse un poquito. El sueldo no es de primera importancia, y la solicitud puede ser hecha mediante fotografía. Las rubias serán agradecidamente rechazadas; el paciente es rubio, y ese juego no lo impresiona. Lo parecido no se cura con lo parecido[9]. LO ÚLTIMO.- El Town Crier está convaleciente, e intentará cuidar-se sin ayuda, gracias.

[7] Era éste el título que la página de Ambrose Bierce tenia dentro del News Letter Se traduce por pregonero público, pero respetamos la denominación original a lo largo de nuestra traducción al tratarse, en este caso, de un título editorial, como ocurre con los nombres de los periódicos.

[8] Es ésta una planta herbácea, de la familia de las poligonáceas, de hojas anchas y rizoma grueso y de sabor amargo que se usa como purgante y depurativo. Por rhubarb -ruibarbo- también se entiende, en sentido informal, el sonido que los actores emiten para sugerir que mucha gente habla al mismo tiempo, y, además, en el inglés americano, una riña ruidosa.

[9] Es la traducción de similia similibus non curantur, variante del aforismo latino aplicado a la medicina que Bierce inserta en su artículo a propósito del tema.

(News Letter, 27 de enero de 1872)

Sam Williams, estamos avergonzados de ti. ¿Qué vieja mal-dad quisiste expresar mediante ese discurso ininteligible del banquete japonés, como respuesta al brindis de "La Prensa"? Bonita charla ésta -y modesta también- de un periodista. "La prensa está orgullosa de ser considerada una de esas fuerzas vitales que impulsan a la humanidad hacia una meta noble y un destino elevado; uno de los principales motores del progreso humano, y ¡uno de los principales instrumentos de una civilización superior!" ¿Hay que considerar este brindis como una invitación para que el asunto celebrado se alabe a sí mismo? Sabes muy bien que este antiquísimo cumplido a la prensa se saca a colación en todos los banquetes solamente para divertir a los reporteros con el sentido de su importancia e impedirles que ridiculicen el asunto global.

Además, tu apoteosis de tu propia profesión es principal-mente una tontería, y una muy pobre tontería sin más. La prensa no tiene nada que ver con lo que describes; y nadie lo sabe mejor que tú mismo. Por "la prensa" quieres decir el Bulletin, y tus comentarios son notablemente más falsos sobre ese periódico que sobre el periodismo. Sabes muy bien que el Bulletin se publica, no para impulsar a la humanidad hacia una meta noble, sino para hacer dinero de la humanidad. (Para eso se publica el News Letter también; pero nosotros tenemos la honestidad de confesarlo.) Sabes que si Ben. Avery, o Bunker, o Parson Bartlett, o cualquiera de tus compañeros te dijera en una conversación privada sobre la misión de la prensa lo que tú dijiste en ese banquete, te reirías a carcajadas en su cara.

Sam, tus observaciones no fueron sólo falsas y de mal gusto, sino que también fueron absurdas. Supón que Deacon Fitch se acercara a ti con el fascinante programa del Timo de la Granja de la Gran Estafa y te dijera -"Sr. Williams, estos sinvergüenzas me han pagado bien para dar bombo a su plan infernal, y deseo que inserte esto como noticia, añadiendo tal elogio editorial como usted juzgue prudente." ¿Estaría esto impulsando a la humanidad a un destino elevado? Al llevar a cabo las instrucciones del Sr. Fitch, ¿serías un primer motor de progreso humano, y un instrumento principal de una civilización superior? Sam, lo dudamos.

(News Letter, 9 de marzo de 1872)

Con este número del News Letter la conexión de este escritor con él cesa durante al menos una breve temporada, ya sea la misma más larga o más corta. Desde diciembre de 1868, con una interrupción de dos semanas, él se las ha ingeniado para hilvanar el suficiente pensamiento de un tipo u otro como para llenar esta página del periódico. No pretende haber sido siempre entretenido; que haya sido uniformemente afable no es más verdadero que el que se haya abstenido realmente de matar a alguien; que haya sido "genial" no es verdad en absoluto. Debe ser bastante evidente que al escribir unos seis u ocho mil párrafos con el propósito declarado de ser ingenioso, debe haber contado un gran número de mentiras inofensivas, y perpetrado diversas crueles calumnias. De lo primero es responsable ante su Hacedor, y no se disculpará; por lo último no le valdría ninguna excusa, aún cuando tuviera humor para presentarlas -que no tiene. Puede sólo prometer que California será su morada durante algunos años, y que siempre estará "en casa" para todo tipo de gente, exceptuando a los acreedores.

Actualmente existen ciertas personas quienes por envidia, venganza, malicia, estupidez honesta, o qué se yo qué más, se han acostumbrado a atribuir al Town Crier un móvil interesado. Hay personas que no pueden ver en la sátira nada excepto el destello del revólver del salteador de caminos, y en el ingenio aplicado sólo oyen el "¡detente y entrega!" del bandido. Estos dignos zopencos -descendientes en línea recta del respetable inglés que apodó al Sr. Polichinela como "bufón grosero", y elevó contra él el grito de "chantaje"- no han dudado en diseminar sus ridículas falsedades, algo en perjuicio del Town Crier -y mucho en su diversión. Nunca ha pensado que merezca la pena negar sus frases hasta ahora, pero para que no se le diga que no se atreve, lo hará así en este momento; y añadirá que cada uno y todos los hombres que alguna vez directa o indirectamente han tolerado esta estúpida calumnia es un canalla y un mentiroso, los cuales se complacerán al considerarse a sí mismos tratados personalmente de este modo.

A sus amigos, buenos y verdaderos -Dios les bendiga; ¡su nombre es legión!- el escritor les envía un sincero adiós. Que sus vidas sean tan luminosas ante sus pies como la memoria de su bondad que arde en el corazón del que se ha aprovechado de su amistad y ha hecho sino pobre ganancia. A sus enemigos sólo tiene que decir que continuará, como hasta ahora, dignificándolos y coronándolos con su desprecio -reservando la guirnalda espinosa de su odio actual para los mejores, los enemigos de la humanidad.

Un último apunte explicativo y hemos acabado, ¡palabra! El Town Crier no "busca un campo más amplio para sus talentos." Los únicos talentos que tiene son un don para odiar la hipocresía, la gazmoñería y todo engaño, y un truco para expresar su odio. ¿Qué campo más amplio que San Francisco ofrece la tierra verde de Dios?

Caballeros -¡ah! y ustedes también, queridas, por poco nos olvidábamos de ustedes- un adiós grande, global y sincero. Sean tan decentes como puedan. No crean sin evidencia. Traten los asuntos divinos con fuerte respeto -no tengan nada que ver con ellos. No confíen en la humanidad sin seguridad colateral; les hará una faena canallesca. Recuerden que no hace daño a nadie ser tratado como un enemigo merecedor de respeto hasta que se confirme que es un amigo digno de afecto. Cultiven el gusto por las verdades desagradables. Y, finalmente, lo más importan-te de todo, procuren ver las cosas como ellas son, no como deberían ser. Entonces el Town Crier no habrá pregonado[10] en vano; y si de nuevo él reanuda su azote satírico, caerá sobre los hombros de ustedes al igual que el copo de nieve se deposita en la

[10] Traducimos el vocablo cried por pregonado ya que Bierce juega con su apelativo de Town Crier -que, como hemos anunciado, no traducimos- o pregonero público.

ladera rocosa del Monte Shasta. Actualmente se conforma con manos más hábiles y espera que más suaves.

(Wasp, 17 de febrero de 1882)

Primero fue el ¡"pobre Best"! y ahora es el ¡"pobre Broadhead"! ¿En dónde son estos ladrones "pobres"? ¿En qué consisten sus peticiones de compasión? ¿Por qué a los hombres honestos se les debería pedir que humedecieran sus ojos cuando un torpe delincuente, que tropieza con sus propios pies, descarga su espalda quebrada de las cosas de su vecino? Ni yo mismo me deshago de esta clase de habla ininteligible; y deseo decir a los muchos caballeros que en una conversación reciente conmigo han insinuado su creencia en que Best y Broadhead no eran peor que ellos, que no les creo a ellos mejores que a Best y Broadhead.

Después de todo, supongo que estos caballeros hasta cierto punto-tienen razón; no es una cuestión de ética, es un asunto de cabeza. Un criminal es simplemente un imbécil que ha tenido una oportunidad. Todo delito proporciona un nuevo ejemplo. Tomad el de Broadhead. ¡Este genio era tan escrupulosamente honesto que falsificó para pagar una deuda! Lo hizo aumentan-do un cheque - ¡a la décima parte de la suma que fácil y seguramente podría haber obtenido! Y después, con la detección absolutamente asegurada, ¡permaneció en la ciudad antes que anublar su nombre por huir! Estos son simplemente los actos de un tonto -un hombre que no tiene la capacidad ni el hábito del pensamiento claro y efectivo. Hay delincuentes que no son tontos (excepto por la locura de ser delincuentes) pero son incluso más raros que los zopencos que no son pillos, y su distinción es tanto mayor. De hecho, es tan grande que por lo común se les venera.

Un amigo ha dirigido mi atención a otro ejemplo reciente ilustrativo de la gran verdad de que un pillo no es sino un zopenco practicante -el de Baldwin, el banquero moroso de New Jersey. Este desafortunado patán sabía que una investigación en trámite revelaría su robo millonario. No pudo pensar en mejor recurso que ir y confesarlo él mismo. Después, como el corderito de Mary, "se quedó cerca" hasta que fue arrestado. Fue luego completa y desesperadamente desacreditado -no tenía nada que perder excepto su libertad y dinero. Con lo primero podía haber luchado por lo segundo, con toda esperanza de éxito. Eligió ser "valiente" –hacerse pasar por un penitente; se confesó culpable y consiguió una condena más larga que la que hubiera obtenido tras agotar todos los recursos legales. ¿Qué le importaba a este imbécil deshonrado que el público considerara su "expiación" como "valiente" o no? Durante años había estado dejando las huellas de su vileza por todas partes, y finalmente cuando los perros de la ley siguieron su pista no pudo pensar en nada mejor que tumbarse y dejar que masticaran su garganta. Sin duda, si el demonio asegurara el buen talento debería subir su tasa salarial.

Todo esto tiene su "lección para los padres": detened este cultura sin sentido ni propósito de los "carácteres morales" de vuestros hijos, desarrollando en su lugar sus intelectos. Reprimid sus tendencias emocionales y enseñadles a pensar. Sólo la persona que ha sido educada para pensar se puede creer que sienta. Cerrad vuestras escuelas dominicales, abolid vuestras clases de la Biblia y fundad más "facultades impías". No me quejo de la religión; los que viven de enseñarla me han dicho que es una buena preparación para el otro mundo. En este mundo sus catedráticos son demasiado dados al robo –y por tanto los lógicos cualifica-dos del tipo seglar los aplauden dentro de la cárcel.

(Wasp, 5 de julio de 1884)

Algunos de nuestros lectores parecen sentir, y a otros les conmueve, una gran preocupación por la "política" de este periódico. No tiene "política", pero es razonablemente rico en convicciones políticas, algunas de las cuales creemos haber con-signado con suficiente perspicuidad y criterio; reservamos otras para posterior comentario.

Si para cuando los Demócratas hayan hecho su "programa electoral" y sus propuestas, y el sondeo esté tan avanzado que revele por debajo de las generalidades, los tópicos y la faramalla del entusiasmo partidista el propósito real de ambos partidos, tenemos la buena suerte de discernir un balance de honestidad y sabiduría en un lado o el otro, favoreceremos ese lado.

Pero al obrar así modestamente renunciaremos al honor de "pertenecer" a uno; la distinción de "pertenecer" a algo o a alguien no es lo que codiciamos.

Para consuelo de los varios lectores más ambiciosos "pertenecientes" al partido Republicano y aparentemente orgullosos de su propietario, podemos explicar que no nos hemos "pasa-do" a los Demócratas. En las últimas semanas los Republicanos, habiendo proclamado en primer lugar su oposición y dispuesto a sus jefes en la vanguardia, han sido conmovidos con el mayor entusiasmo, han castigado a sus gongs con la formalidad más enérgica – han emitido en conjunto más escándalo, disparates y perversidad que sus oponentes.

Como este periódico existe en parte, por supuesto, para salvar al país, pero principalmente para convertirlo en una residencia incómoda para los canallas e imbéciles, instintivamente hemos ofrecido más espacio a la consideración del primitivo Republicano, cómo crece, que a la observación del recién sembrado Demócrata, el cual todavía no ha florecido. Empujará hacia arriba y florecerá a la semana que viene, y nos prometemos a nosotros mismos un placer poco común al reprimir su lozanía cortando sus renuevos y humedeciendo su bulbo con un chorro tranquilizante de ácido nítrico.

(Wasp, 7 de marzo de 1885)

Dos gobiernos europeos han encargado recientemente a una compañía americana suficientes cartuchos como para matar a ciento cincuenta millones de hombres. Es a través de pequeños incidentes de ese tipo la manera en la que vislumbramos de vez en cuando el progreso de la civilización cristiana, y obtenemos una noción justa de lo que el evangelio de paz en la tierra y de buena voluntad hacia los hombres ha hecho en sólo dieciocho siglos. Almacenadas hoy en los arsenales de las naciones cristianas más ilustradas hay suficientes balas para matar a todos los hombres, mujeres y niños sobre la tierra. Hablemos de paz, hermanos míos –elevemos nuestras colas, nivelemos nuestras orejas, bajemos nuestras mandíbulas y cantemos tonterías piadosas de calidad superior sobre la influencia humanizante de nuestra bendita religión. ¡Toma!, hay más cristianos asesinados por cristianos en una década que paganos por paganos en diez. Y cada vez va a peor. El siglo pasado fue el más sangriento, pero fue superado por la primera mitad del presente, a la que los primeros veinticinco años de la mitad restante excedieron en terror. Puedes evangelizar el mundo con la profundidad de un pie y agitar los tirantes de los pulmones "saludando el amanecer de una nueva era". Puedes desencajar los brazos componiendo falsos remedios para la guerra. Puedes mimar cualquier engaño que prefieras, y publicar tu propia receta de dulce[11] sagrado. En cuanto a mí, continuaré saludando a todos los varones cristianos recién nacidos y les daré el tratamiento de coronel.

[11] En el original inglés nos encontramos con el término fudge. Se trata de una voz americana que designa un dulce suave hecho de azúcar, mantequilla y leche, al que se añaden con frecuencia otros sabores: es el caso del chocolate walnut fudge, o dulce de chocolate y nueces.

ENSAYOS

EL RELATO BREVE
(1897)

"El relato breve claramente es siempre un esbozo. No puede expresar lo que es lo más notorio en toda la literatura -la intercomunión de personajes humanos, sus yuxtaposiciones, sus contrastes... No es una forma artística superior, y su reciente y extrema popularidad indica decadencia mucho más que progreso."

Esto fue dicho por Edgar Fawcett, un autor de no poca eminencia e importancia en su tiempo. Las cosas más destacadas en toda la literatura son tan abundantes y obvias, aparentemente, como las causas únicas del ocaso del poder romano, sin embargo siendo que se descubren nuevas continuamente, es justo presuponer que el suministro es inagotable; y Fawcett, un hombre ingenioso, pudo encontrar una y catalogarla. La que descubrió seguramente sería tan buena como otra y abundaría en su propia obra -y Fawcett no escribió relatos breves, sino sumamente largos. Así que "la intercomunión de personajes humanos", etcétera, se mantiene en vigor. Sin embargo, una cosa bastante importante en toda la literatura es el poder para interesar al lector. Quizás el autor que tenga lo otro bien puede renunciar a esto, pero su presencia es observable, de alguna manera, en gran parte de la obra que está desprovista de ese elemento poliónimo[12] advertido por los Sres. Fawcett, Thomas, Richard y Henry. Teniendo en mente este asunto, y el hecho añadido de que en sus admirables sonetos (por ejemplo) la intercomunión es un factor ausente, estoy dispuesto a creer que Edgar estaba bromeando.

El relato breve, cito, "no es una forma artística superior"; y por deducción el relato largo -la novela- lo es. Atendamos a esto. Ya que todas las artes son esencialmente una, se dirigen a los mismos sentimientos, avivan las mismas emociones y están sujetas a la misma ley y a las mismas limitaciones de la atención humana, puede ser útil considerar algunas de las artes diferentes de la literaria y ver lo que podemos sacar de la comparación. Espero que se admita que incluso en su aspecto exterior la Iglesia de San Pedro es una obra de arte superior. ¿Pero es Roma una obra de arte superior? ¿Se hizo alguna vez, o pudo mediante reconstrucción hacerse así? Ciertamente no, y la razón es que todo no puede atraer la atención de una vez. Puede que sepamos que las varias partes están coordinadas e interrelacionadas, pero no percibimos ni sentimos la coordinación ni la interrelación. Una ópera, o un oratorio, que se oyen de un tirón pueden ser artísticos, pero si a la manera de una obra de teatro china se extendiera a través de las tardes de una semana o de un mes, ¿qué sería? La única forma de conseguir la unidad de efecto de una novela es cerrarla y mirar las tapas.

No sólo es la novela, por la razón dada, y por otras, una forma artística imperfecta, sino que a causa de su imperfección no tiene un lugar permanente en la literatura. En Inglaterra floreció hace menos de siglo y medio, empezando con Richardson y finalizando con Thackeray, desde cuya muerte probablemente no se ha escrito ninguna novela que merezca atención; aunque por lo que se refiere a esto, no se puede afirmar categóricamente, ya que de la incalculable multitud escritas sólo unas pocas han sido leídas por jueces competentes, y de estos jueces pocos de hecho han pronunciado un juicio que sea para archivo. Las novelas se producen todavía en abundancia sospechosa y se leen con una aclamación pésima, pero la novela de hoy no tiene ningún arte más claro y mejor que el de sus frases individuales -el arte del estilo. Eso serviría si tuviera estilo.

Entre las otras razones por las que la novela carece tanto de arte como de permanencia está ésta -es un mero reportaje. Es verdad, el reportero crea su argumento, incidentes y

[12] Es nuestra traducción de polyonymous.

personajes, pero eso mismo es un defecto, al situar la obra en un plano claramente inferior al de la historia. La atención no se prolonga con lo que podría suceder, pero no sucedió, a los individuos; y es un canon de este negocio que nada debe formar parte de la novela que pudiera no haber ocurrido. La "probabilidad" -que no es sino otro nombre para el tópico- es la idea fundamental. Cuando se infringe, como en la ficción de Scott y en la principal de Hugo, la obra es una novela sentimental[13], otra materia superior, dirigida a facultades superiores con una insistencia más apremiante. La incapacidad singular para distinguir entre la novela y la novela sentimental es una de las ineptitudes capitales de la crítica. Es como el naturalista que hace una especie única de las ardillas y las alondras. Al igual que la novela, el relato breve puede arrastrar en cada movimiento una cadena creciente de probabilidad, pero existen menos movimientos. El relato breve, por lo menos, no empalaga la atención, no confunde con impresiones sobrepuestas y no borra su propio efecto.

Se ha hecho gran trabajo en las novelas. Eso es sólo decir que los grandes escritores las han escrito. Pero los grandes escritores pueden errar en su elección de medios literarios, pueden elegirlos intencionadamente por algo más que sus posibilidades artísticas. Puede suceder que un genio esté más preocupado por el beneficio que por la excelencia -por la popularidad ligera que surge del seguimiento de una moda literaria que por la sagrada fe a un lento renombre. Los aplausos de la multitud pueden ser dulces al oído, el sonido del dinero que se oye a intervalos se agradece en la cartera. A su don de genio los dioses no añaden seguridad contra su mala dirección. Ojalá lo hicieran. Ojalá prohibieran su difusión en la novela, al igual que hicieron con la existencia del género durante muchos siglos. ¿Qué más de lo que dieron podríamos haber recibido de Virgilio, Dante, Tasso, Camoens y Milton si no hubieran encontrado el poema épico preparado para sus equivocadas manos? Que no hayan en el Elíseo lechos de asfódelo[14] y molibdeno[15] para su robusto inventor, si él fue Homero u "otro hombre del mismo nombre".

El arte de escribir relatos breves para las revistas de la época no se adquiere. El éxito depende de un tipo de incapacidad que debe "nacer dentro" de uno -no viene al reclamo. La antorcha debe pasar la línea a través de las manos inútiles de un ilustre linaje de antepasados prognatos ignorantes del fuego. Y es que la antorcha no tiene ni luz ni calor -es, en verdad, incombustible. Irradia oscuridad y todas las sombras caen sobre ella. El relato para revistas no debe contar nada: al igual que los "agujeros" del Dr. Hern en el éter luminiscente, es algo en lo que nada puede suceder. Es verdad, si la cosa se escribe en un "dialecto" tan abominable que nadie con sentido lo lee, o tan ininteligible que nadie que lo lee lo comprende, puede contar algo que sólo el espíritu afín del escritor quiere saber; pero si se narra en cualquier lengua humana la acción y el incidente le son fatales. No debe provocar ni pensamiento ni emoción; únicamente ha de excitar de los bajos de la inteligencia de sus lectores el sedimento que a ellos les satisface denominar sentimiento, enturbiando todo su estanque mental y borrando las imágenes reflejadas de su entorno natural.

El director de esta escuela literaria es el Sr. Howells[16]. Desprovisto de esa suprema y casi suficiente cualidad literaria, imaginación, hace no lo que quisiera, sino lo que puede -

[13] Es nuestra traducción de romance.
[14] Se trata de una planta liliácea de flores blancas y hojas en figura de espada.
[15] El molibdeno es un metal de color y brillo plomizos, maleable y dificilmente fusible, que se emplea en la fabricación de aceros especiales.
[16] Bierce se refiere aquí al escritor estadounidense William Dean Howells (18371920), uno de los iniciadores de la escuela realista en su país. Nació en Martins Ferry y murió en New York. Creció en un ambiente fronterizo y se autoeducó en la pequeña imprenta de su padre. Fue cónsul de Estados Unidos en Venecia, donde estuvo cuatro años, escribiendo libros de viajes. A su regreso fue director de varios diarios, entre ellos el Atlantic Monthly. Entre sus obras destacamos Their Wedding Journey, A Modero Instance, The Rise of Silas Lapham, Indian Summer, The Landlord at Lion's Head, Venetian Life, /tallan Journeys, y Tuscan Cities.

toma notas con los ojos y los oídos y las "escribe" como cualquier otro reportero. No puede contar nada excepto algo semejante a lo que ha visto u oído, y en su marcha personal a través de las calles rectangulares y entre los setos recortados de Filistia, con sus conocidas solteronas cultas haciendo reverencias desde las puertas, no ha visto ni oído nada que merezca narrarse. A pesar de todo cuenta lo que debe y, habiéndolo contado, lo defiende. Durante años dirigió un departamento de crítica con un único propósito de exponer las teorías adicionales y principios que son la descendencia de sus propias limitaciones.

Las aclaraciones de estas teorías y principios él las explicaba con insistencia infatigable como pruebas de que el arte de la ficción es hoy un arte más refinado que aquel conocido por nuestros ignorantes padres. ¿Qué sabía Scott, incluso Thackeray, de la sutil psicología de las queridas solteronas de Nueva Inglaterra?

Quiero ser justo: el Sr. Howells tiene capacidades considerables. Sólo es inaguantable en la ficción y cuando, en la crítica, crea leyes de la ficción con un ojo sobre su ensayo y el otro sobre un catálogo de sus propias novelas. Cuando no acarrea esa pesada carga, posee un ritmo mental bastante masculino. No tiene relaciones muy profundas con el idioma inglés, pero en muchos temas, y cuando menos lo esperas de él, piensa con tal precisión como para dominar momentáneamente un vocabulario desobediente y excluir la palabra equivocada. De vez en cuando vislumbra fortuitamente su tema en un detalle incidental y cuenta con magnífica vivacidad lo que no es. Lo único que nunca ve es la cuestión que él ha planteado por equivocación, determinándola en consecuencia contra sus convicciones. Si el Sr. Howells no hubiera escrito nunca ficción su crítica novelística divertiría, pero la imaginación, que puede concebirlo escribiendo un buen relato, bajo cualquier circunstancia sería una posesión literaria preciosa, capacitando a su propietario a escribir uno mejor.

Por lo que se refiere a la ficción, todas las revistas son tan parecidas como un vacío a otro, y todos los meses son lo mismo que fueron el mes anterior, con la excepción de que en sus números de vacaciones al final del año su vacuidad es un poquito intensificada por esa esencia de total insipidez, el "relato de Navidad". ¡La ficción popular ha descendido hasta una estupidez infame -se dirige a un gusto tan bajo, que creo de verdad que es leída por aquellos que la escribieron!

Como ciertos directores de periódicos parecen pensar que un incidente trivial posee una investidura digna e importante por ser telegrafiado a través del continente, estos cuentistas de la Escuela del Reportero sostienen que lo que no es interesante en la vida llega a ser interesante en las letras -las actuaciones, pensamientos, sentimientos de la gente corriente, las vidas y los amores de los tontos, don nadies, ignorantes y millonarios; de la gente del pueblo, la doncella rural cuya gracia espiritual no es incompatible con la costumbre de tropezar con sus pies, el negro soñoliento, el "Buscapiés"[17] comebarro[18] de las colinas de Carolina del Norte, la persona de sociedad y el habitante del suroeste de Missouri. Incluso cuando los escritores cometen infracciones en su propio Decálogo literario al hacer que sus creaciones y creacionasl[19] ofrezcan algo pintoresco, o digamos algo digno, anublan el' milagro con tal multitud de insoportables detalles descriptivos que el lector, como turista que visita una cascada artificial en un lugar de veraneo de Nueva Inglaterra como último recurso, paga un tributo a cada paso de su camino hacia la Octava Maravilla. ¿Se nos da diálogo? No es suficiente narrar lo que se dijo, sino que el documento ha de ser autentificado mediante la

[17] Nuestra traducción de cracker. Se trata de un cohete sin varilla que, encendido, corre por el suelo.
[18] Nuestra traducción de clayeating.
[19] Bierce introduce el término creationesses de fabricación propia, otorgando así, también, un carácter femenino al proceso creativo del escritor. Se entiende dicha introducción desde una constatada ironía, dada su misoginia. Nosotros lo hemos traducido como creacionas.

enumeración de los objetos inanimados -por lo común muebles- que tuvieron el privilegio de estar presentes en la conversación. Y cada interlocutor debe ejecutar ciertos o inciertos movimientos de sus miembros o de sus ojos antes y después de emitir su discurso. Todo esto, en medio de tal pródigo exceso de escasas alusiones, exigía, cuando se exigía, que la verosimilitud confirmara su abundante inserción en interés propio. No obstante el entorno inanimado es precisamente como aquel cuya presencia perfora nuestras vidas, y los movimientos son los que todos los seres humanos hacen en todos los momentos en que tienen la desgracia de estar despiertos. Uno podría suponer que para esta burguesía y chiquillería todo en el mundo, a excepción de lo que es realmente notable, es "rico y extraño". Se creen sólo ellos capaces de hacerlo así a través del cambio marítimo que sufrirá al ser arrojado al estanque de los patos de una imaginación artificial y ser desechado de nuevo.

Entre las leyes que Catón Howells ha dado a su senadito, las cuales sus senadorcitos nos impondrían al resto de nosotros, se halla un estatuto inhibitorio contra una violación de esta "probabilidad" -y para ellos nada es probable fuera del estrecho dominio de la experiencia más corriente del hombre corriente. Saben que todos los hombres y las mujeres a veces, muchos hombres y mujeres frecuentemente, y algunos hombres y mujeres habitualmente, obran según motivos enigmáticos y de una manera que no se conforma a sus vidas, naturalezas y condiciones. Saben que la "verdad es más extraña que la ficción", pero no que esto tenga algún significado o valor práctico en las letras. Es al que goza del conocimiento más amplio, del sentimiento más profundo, de la observación y penetración psicológica más intensas, al que la vida le parece más llena de espíritus oníricos, de demonios infernales, de tumbas que bostezan en las sendas que conducen a la luz, de existencias no terrenales, malignas y benignas -ministros de la gracia divina y ministros del juicio final. El ojo más fiel es aquel que percibe la sombra y el presagio, las manos muertas que se extienden, la luz que es corazón de la oscuridad, el cielo "lleno de rostros terribles y brazos ardientes." El oído más fiel es el que oye

Voces celestiales en el aire de medianoche,
Solas, o sensibles cada una a la nota de las otras,
Cantando

no a "su gran Creador", tampoco una melodía negra; no, ni a la última favorita del salón. En resumen, aquel para quien la vida no es pintoresca, encantadora, asombrosa, terrible, le es negado el don y la facultad divinos, y al no ser poeta no puede escribir prosa. No puede narrar nada porque no sabe nada. No tiene un conocimiento perfecto de la Naturaleza (con la cual él quiere decir, de una manera vagamente general, el reino vegetal) y puede encontrar igualmente

Su significado secreto en sus actos
que discernir y comentar la ley inmutable
que sirve de base a la coincidencia.

Supongamos que he escrito una novela -que Dios no permita que la haga. En el último capítulo mi héroe auxiliar se entera de que el héroe principal le ha suplantado en los afectos

de la heroína[20]. Vaga sin rumbo por las calles de la ciudad durmiente y entra en una silenciosa plaza pública tras los dedos de sus pies. Allí después de las oportunas angustias mentales opta con nobleza de alma por marcharse para siempre de un mundo en donde su presencia no puede dejar de ser desagradable para la consciencia de la dama. Muestra señales de loca inquietud y se dirige a toda prisa hacia la bahía, donde hay la suficiente agua como para ahogarse. ¿Se tira? No, no lo creo. Encuentra un remolcador de vapor allí y, embarcándose, baja a las calderas. Al abrir una de las puertas de hierro del horno, que muestra una rendija lo bastante amplia para dejarle entrar, se introduce en los carbones encendidos y allí, sin un grito, tiene una muerte incuestionablemente ingenua de color rojo cereza. Con eso el relato acaba y la crítica empieza.

Es fácil imaginar lo que dicen: "Esto es demasiado"; "insulta la inteligencia del lector"; "es apenas más impactante por su atrocidad que repugnante por su desafío insensible y antinatural a la probabilidad"; "el arte debería tener alguna relación fácil de encontrar con los hechos de la experiencia humana."

Bien, eso es lo que exactamente sucedió una vez en el cuarto de calderas de un remolcador situado en un muelle de San Francisco. Lo único es que al hombre no le había decepcionado el amor, ni ninguna otra cosa. Era un tipo de persona alegre, indudablemente sensato, ceremoniosamente cortés y lo bastante considerado (evidencia de un buen corazón) como para evitar, a quien le pudiera interesar una explicación escrita, definir su hazaña como "un acto temerario."

¿Probabilidad? Nada es tan improbable como lo que es verdadero. Es lo inesperado lo que sucede; pero no todo acaba ahí; es también lo improbable -se podría casi decir lo imposible. Por ejemplo, John conoce a y se casa con Jane. John nació en Bombay de unos padres pobres y detestables; Jane, hija de un brillante hidalgo, en un barco que navegaba de Vladivostok a Buenos Aires. ¿Algún caballero que haya escrito una novela realista en la que algo tan casi fuera de lo común como que se permitiera que tuviera lugar una boda, tendría la bondad de calcular, por sus nacimientos, cuáles serían las posibilidades de que John conociera a y se casara con Jane? Ni una en mil -ni una en un millón -¡ni una en un millón de millones! Considerado desde una perspectiva un poquito anterior en el tiempo, era casi infinitamente imposible que cualquier acontecimiento que hubiera ocurrido ocurriera -cualquier acontecimiento digno de contarse en un relato. Siendo todo tan misteriosamente improbable, me asombra que los novelistas de la escuela de Howells tengan la audacia de relatarlo. Y con toda sinceridad ojalá no la tuvieran.

La ficción no tiene nada que ver con la probabilidad; el escritor competente no le presta ni un momento de atención, excepto para hacer que lo que se cuenta parezca probable en la lectura -parezca verdadero. Supongamos que él cuenta lo imposible; ¿qué pasa entonces? ¡Toma! él no ha sino cruzado la línea para entrar en el reino de la aventura sentimental, el reino de Scott, Defoe, Hawthorne, Beckford y los autores de las Mil y una noches -la tierra de los poetas, el hogar de todo lo que es bueno y duradero en la literatura de la imaginación. ¿Estos tipillos, los denominados realistas, piensan alguna vez en la excelente compañía que se niegan a sí mismos al limitarse a sus torpes pies y perseguir sus narices estúpidas a través de la estéril tierra de acá, mientras que justo más allá de las Montañas Deliciosas se extiende luminoso el Valle de los Sueños, con sus grandes inmortales, coronados de amapolas? En fin, ¡la sociedad de los historiadores sola sería una distinción y una gloria!

[20] Bierce utiliza el vocablo shero, de fabricación propia, para designar a la herona. Se trata de un truco lingüístico irónico para determinar el género femenino, shero, frente al masculino, hero.

FORMAR A UN ESCRITOR (1899)

Existe mucha ignorancia popular sobre la escritura; se piensa comunmente que la buena escritura proviene de un don natural y que sin el don no se puede dirigir el modo de ejecutarla. Esto es verdadero para la gran escritura, pero no para la buena. A aquel con una buena inteligencia natural y mediana educación se le puede enseñar a escribir bien, al igual que se le puede enseñar a dibujar bien, o a jugar al billar bien, o a disparar con un rifle bien, etcétera; pero hacer cualquiera de estas cosas magníficamente es otro asunto. Si no se puede hacer una obra genial, vale la pena hacer una buena obra y considerarla grande.

He tenido alguna pequeña experiencia en enseñar composición en inglés, y algunos de mis alumnos son lo suficientemente buenos como para permitirme estar bastante orgulloso de ellos. A otros sólo los he podido animar, y unos pocos recordarán mis esfuerzos por disuadirlos. Ahora no creo que merezca la pena enseñar a un alumno a escribir meramente bien, pero si me dan a uno capaz de escribir excelentemente, y cinco años para formarlo, no le dejaría que uniera pluma y papel durante al menos dos años -excepto para tomar notas. Se deberían dedicar esos dos años a ensanchar y fortalecer su mente, a enseñarle cómo pensar y a darle algo en qué pensar -a agudizar sus facultades de observación, disipando sus ilusiones y destruyendo sus ideales. Eso dolería: se rebelaría algunas veces, sin duda, y tendría que ser aplacado con una dieta de pan y agua y un poema sobre el regreso de nuestros héroes de Santiago.

Si le cogiera leyendo un libro recién publicado, salvo a modo de penitencia, sería duro con él. De nuestra cultura moderna tendría suficiente con leer a los antiguos: Platón, Aristóteles, Marco Aurelio, Séneca y ese grupo -custodios de la mayor parte de lo que es digno de saber. Podría retener lo que supiera de matemáticas superiores si él hubiera sido tan pródigo en su tiempo como para adquirir algo, y podría aprender suficiente ciencia para hacer que la prefiriera a la poesía; pero saber por Euclides[21] que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos ángulos rectos, para no saber aún por Epicteto[22] cómo ser un digno invitado en la mesa de los dioses, sería considerado una infracción de contrato.

Sin embargo este joven afortunado de brillante futuro debería aprender a adoptar perspectivas de conjunto, a sostener grandes convicciones y a hacer amplias generalizaciones. Por ejemplo, debería olvidar que es americano y recordar que es un Hombre. No debería ser ni cristiano, ni judío, ni budista, ni mahometano, ni adorador de serpientes. Con respecto a los criterios locales de lo correcto y lo incorrecto debería ser civilmente indiferente. En las virtudes, supuestas, debería sólo discernir las notas preliminares de una conveniencia general; en los principios morales fijos sólo predecisiones, que ahorraran tiempo, de casos no presentados todavía ante el tribunal de la consciencia. La felicidad debería revelarse a su creciente inteligencia como el fin y propósito de la vida; el arte y el amor como los únicos medios de felicidad. Debería liberarse de todas las doctrinas, teorías, etiquetas, políticas, simplificando su vida y su mente, logrando claridad con anchura y unidad con altura. Un

[21] Euclides fue un geómetra griego que vivió en los siglos IV y III a. de J.C., fundador de una escuela en Alejandría. Sus principios han servido de base a la geometría durante dos mil años. Algunas de sus obras se han perdido. Entre las conservadas figuran Elementos, Datos, Óptica y Fenómenos.

[22] Epicteto fue un filósofo griego estoico, del siglo 1, nacido en Frigia. Vivió en Roma primero como esclavo y luego como liberto, y en Nicópolis (Epiro). Su doctrina es esencialmente moral y tiene muchos puntos de contacto con el cristianismo, en cuanto acepta la voluntad divina, recomienda el dominio de las pasiones y propugna la perfección interior. Sus enseñanzas -condensadas en Manual de Epicteto y Discursos- fueron recogidas por su discípulo Flavio Arriano.

continente no le debería parecer amplio, ni un siglo largo. Y sería necesario que supiera y tuviera siempre presente en su consciencia que éste es un mundo de tontos y canallas, cegado por la superstición, atormentado por la envidia, consumido por la vanidad, egoísta, falso, cruel, maldito de ilusiones -¡una locura superficial!

Aprendemos en el sufrimiento lo que enseñamos en el canto -y en la prosa. Rogaría que mi alumno se equivocara de vez en cuando, experimentando las ventajas educativas del remordimiento; que se entretuviera con algunos de los vicios más mordaces. Me complacería mucho si la Fortuna depositara sobre él, ocasionalmente, una triste desgracia. Por ejemplo, serían bienvenidas una o dos pérdidas familiares, aunque no me preocuparía por tomar parte en ello. Debe tener alegría, también -Oh, una inconmensurable cantidad de alegría; y odio, y temor, esperanza, desesperación y amor -amor inagotable, una provisión permanente. Debe ser pecador y sucesivamente santo, héroe, infeliz. Experiencias y emociones -son necesarias para la vida literaria. Para el gran escritor son tan indispensables como el sol y el aire para la rosa, o las útiles y grasientas exhalaciones comestibles para los sapos. Cuando mi alumno haya tenido dos años de todo esto se le permitirá probar su mano de aprendiz en un relato porcino de palabras de una sílaba. Y consideraría muy amable y cordial que el Sr. George Sylvester Vierick consintiera en ser el cerdo.

LA MUJER EMANCIPADA

Lo que a mí me gustaría saber es de qué manera "la ampliación de la esfera de la mujer" debido a su entrada en varias actividades de la vida comercial, profesional e industrial beneficia al sexo. Puede que agrade a Helen Gougar y satisfaga su sentido de exactitud lógica decir, como ella dice: "Nosotras las mujeres debemos trabajar para ocupar los puestos que se han quedado vacantes por hombres alcohólicos." Pero ¿quiénes ocuparon estos puestos antes? ¿Estaban vacantes, o había entonces aspirantes decepcionados como ahora? Si mi memoria no me falla, no ha habido ningún momento en el período que abarca en que el suministro de trabajadores -abstemios- no fuera superior a la demanda. Que ha sido siempre así está de sobras confirmado por la universalmente inadecuada tasa salarial.

Los patronos rara vez, y nunca durante mucho tiempo, no consiguen todos los trabajadores que necesitan. El campo en el que las mujeres han colocado sus hoces estaba ya lleno de segadores. Cualquier empleo que las mujeres han obtenido ha sido quitando el puesto a los hombres -quienes por otra parte apoyarían a las mujeres. ¿Dónde está la ventaja general? Podemos gritar "arancel elevado", "combinación de capital", "desmonetización de la plata", y qué se yo qué más, pero si indagamos en la causa del aumento de la pobreza y del crimen, del "descontento industrial" y del mal de los vagos, en lugar de explicarla dogmáticamente, deberíamos tener presente esta enorme y repentina adición al número de trabajadores que buscan trabajo. Si alguien piensa que dentro del breve período de una generación el suministro visible de trabajo puede aumentarse enormemente sin afectar en profundidad a la estabilidad de las cosas y hacer un efecto desastroso en los intereses de los asalariados, que ninguna voz ofensiva disipe su sueño de tales agencias maléficas como su entendimiento soñoliento pueda gozosamente afirmar. Y dejemos que nuestras Viudas de Ashur arremetan en defensa de falsos remedios para los males de los cuales ellas mismas son causa; es verdad que cuando la contienda de dos leones por un hueso es exacerbada por la accesión de una leona, la disputa no se sosiega azuzando algunos osos en la jaula contigua.

Indudablemente la mujer no está obligada a sacrificarse por el bien de su sexo privándose de un empleo necesitado con la esperanza de que pueda recaer en un hombre obsequiado con mujeres dependientes. Sin embargo nuestras felicitaciones son más inteligentes cuando se otorgan a su cabeza individual que cuando son tamizadas a través del pelo de todas las hijas de Eva. Éste es un mundo de complejidades, en el que las líneas de interés están tan enmarañadas que transgreden con frecuencia la del sexo; y tan ambicioso como para facilitar no más que a la mitad de la raza a que sepa con provecho que todo esfuerzo encaminado a ese fin provoca un daño de contrapeso. La "ampliación de las oportunidades de la mujer" ha beneficiado a mujeres individuales. No ha beneficiado al sexo como un todo, y ha perjudicado claramente al género. La mente que no puede discernir una veintena de grandes e irreparables males generales nítidamente definibles como "emancipación de la mujer" es tan inexpugnable a la luz como un sapo en una roca.

Un notable demérito del nuevo orden de cosas -el régimen del servicio comercial femenino- es que su ventaja principal corresponde, no a la raza, no al sexo, no a la clase, no a la mujer individual, sino a la persona de menos necesidad y valor -el patrón. (No existen patronas en una proporción considerable, pero las que tenemos podrían ofrecer a los patronos una instrucción útil en la pulverización de los rostros de sus empleados.)

Este incremento constante del ejército laboral -siempre y por todas partes demasiado grande para el trabajo a la vista-por la accesión de un nuevo contingente de oprimibles

naturales hace que los dientes del anciano Munniglut se estremezcan con un intenso placer. Esto introduce esa situación conocida en la que dos trabajadores buscan trabajo -y uno de ellos es una persona cuyos huesos puede fácilmente moler para hacer su pan; y Munniglut es un molinero con habilidad y experiencia, salpicado de la evidencia de su provechoso oficio. Cuando el Cielo ha ayudado a las Hijas de la Esperanza a abrir a las mujeres una nueva "avenida de oportunidades" el primero en entrar y pasear por allí, como Dios en el Jardín de Edén, es el buen Sr. Munniglut, quien alisa con satisfacción los pliegues de la pendiente superior de su panza, destilando el peculiar aroma de su personalidad oleaginosa y adornando la nueva calzada con el líquido derramado de una honradez estimulada a la acción a través del sabor a su propia identidad. Y después siempre la sutil insinuación de un grasiento filisteísmo permanece a lo largo de esa senda de progreso como una declaración de un derecho de posesión.

Es la propia verdad cristalina de Dios el que al relacionarse con mujeres lo bastante desafortunadas como para ser obligadas a ganarse la vida y lo suficientemente afortunadas como para haber arrancado al Destino una oportunidad de obrar así, los hombres de negocios las traten con casi la misma delicada consideración que muestran con perros y caballos de razas inferiores. No suele ocurrir que el acaudalado hombre de carrera liberal, o el comerciante destacado se avergüencen de añadir a sus miles anuales una parte del salario justamente debida a su tenedora de libros o a su mecanógrafa, la cual se sienta delante de él todo el día con la barriga vacía para poder vestir su espalda. Él tiene una noción vaga y confusa de que la ley de la oferta y la demanda es obligatoria, y que al someterse a esa ley pagándole la mitad de lo que tendría que pagar a un hombre de eficiencia inferior, está suministrando al mundo un noble ejemplo de obediencia. Debo tomarme la libertad de recordarle que la ley de la oferta y la demanda no es imperativa; no es un estatuto sino un fenómeno. El puede contestar: "Es imperativa; el castigo para la desobediencia es el fracaso. Si yo pago más en salarios y jornales de lo que necesito, mi competidor no lo hará; y con esa ventaja me sacará del campo." Si su margen de beneficio es tan pequeño que debe suplir las deficiencias acuñando el sudor de sus trabajadoras en níqueles[23], no tengo nada que decirle. Hagamos que adopte el motto en paz: "Estafo para comer." No sé por qué él debería comer, pero la Naturaleza, que ha proporcionado el sustento para el gorrión con gusanos, para el búho con gorriones y para el águila con búhos, aprueba al hombre necesitado de víctimas y hace un sitio para él en la mesa.

La naturaleza humana está bastante bien equilibrada; para cada virtud ausente hay un tosco sustituto que servirá en caso de necesidad -al igual que la astucia es la sabiduría del imprudente, y la ferocidad el valor del cobarde. Nadie es totalmente malo; el sinvergüenza que se ha enriquecido pagando mal a los trabajadores de su fábrica, alguna vez fundará un asilo para marineros indigentes. Oprimir a los propios trabajadores de uno, y mantener a los trabajadores del vecino -despellejar aquellos al cargo de los propios intereses de uno mientras que se coloca entre algodones y se engrasa el producto residual de la peletería del otro- no es muy buena benevolencia, pero sirve en lugar de ambos. El hombre que come páté de foisgras ante el sudor del rostro de su cajera, o lleva lino fino y púrpura para que su mecanógrafa pueda tener un vestido eoceno y un sombrero plioceno, parece un especimen tolerablemente satisfactorio del género ladrón; pero no olvidemos que en su propio hogar -uno bastante bueno- puede que disfrute y sea digno de ese título tan importante y honorífico en la lista del favor femenino, "un buen proveedor". El que reclama esa brillante distinción debería disfrutar

[23] Es la traducción de nickel, moneda estadounidense y canadiense de cinco centavos.

de inmunidad ante la cuestión grosera y molesta, "¿De las espaldas y las barrigas de quién suministra usted?"

Se acabaron los resultados materiales ante el sexo. ¿Cuáles son los resultados morales? A uno no le gusta hablar de ellos, particularmente a aquellos que no saben y no pueden saber - a las buenas mujeres en cuyas mentes inocentes la inmoralidad femenina es inseparable de vestidos ostentosos y la cara pintada; a los hombres necios y eruditos que creen honestamente en alguna santidad protectora que rodea a las mujeres. Si los hombres del mundo con años suficientes como para haber vivido entre el antiguo régimen y el nuevo testificaran en este asunto, sobrevendría un gran crujido de huesos secos en los corpiños de las damas reformistas. Más aún, si el joven de la ciudad, que no sabe nada de cómo fueron las cosas en el "oscuro pasado abismal", pero sí algo de la distancia moral entre una criatura tan lanzada como la chica de sociedad y la corriente trabajadora de la fábrica, la tienda y la oficina, se atreviera a contar su testimonio (bajo garantía de inmunidad al procesamiento), sería una sorpresa para las vírgenes cartilaginosas, las matronas desaliñadas, las viudas desapacibles y los hombres peludos de la Emancipación. Dolería, también, a algunas personas muy dignas pero distraídas que no simpatizan con "la causa".

Ciertos hechos significativos caen dentro del alcance de todos excepto los muy jóvenes y los cómodamente ciegos. Para la mujer de hoy el hombre de hoy es imperfectamente cortés. En lugar de la reverencia él ofrece su "deferencia"; al lenguaje del cumplido ha sucedido el lenguaje de las burlas. Los hombres han olvidado casi cómo hacer una reverencia. No hay duda de que la mujer avanzada prefiere los nuevos modales, como puede que ocurra con algunas de sus hermanas menos avanzadas, juzgándolosmás sinceros. No es así; nuestro atolondrado

abuelo no decía más que tonterías exageradas porque el corazón enredaba la lengua. Le prestaba a su mujer más atención que nosotros a la nuestra porque él la quería mejor. Nunca la había visto en la "tribuna" y en el grupo de presión, nunca la había oído defendiéndose, nunca le había leído las confesiones de sus pecados, nunca había sentido la presión de su competencia, ni se había sentido ayudado por un contacto personal diario al quitarle la flor. No sabía que sus virtudes se debían a su vida retirada, sino que pensaba, este querido anciano, que eran un don de Dios.

QUITARSE DE EN MEDIO

Una persona que pierde el corazón y la esperanza por la aflicción personal ante la pérdida de un pariente es como un grano de arena en la orilla del mar que se queja de que la marea ha arrastrado un grano vecino fuera de la vista. El está peor, ya que el grano afligido no puede ayudarse a sí mismo; tiene que ser un grano de arena y jugar al juego de la marea, ganar o perder; mientras que él puede marcharse aguardando su oportunidad puede "abandonar a un ganador". Pues a veces golpeamos "al que nos sirve la comida" nunca a la larga, sino rara vez y con estacas pequeñas. Pero éste no es el momento para "cobrar" y marcharse, ya que no puedes llevar todas tus escasas ganancias contigo. La hora de abandonar es cuando has perdido una gran estaca, tu tonta esperanza de éxito definitivo, tu fortaleza y tu amor por el juego. Si permaneces jugando, a lo cual no se te obliga, toma tus pérdidas con buen humor y no te quejes. Es difícil de soportar, pero esa no es una razón por la que deberías de ser difícil.

Sin embargo se nos dice con una agotadora insistencia que somos "puestos aquí" con algún propósito (no revelado) y que no tenemos derecho a retirarnos hasta "que seamos llamados" puede que sea por viruela, puede que sea por la cachiporra de un canalla, puede que sea por la coz de una vaca; el Poder "convocante" (que, según dicen, es también el Poder "poniente") no tiene buen gusto en la elección de mensajeros. Ese argumento no es digno de atención, ya que es insostenible por la evidencia o por cualquier apariencia de evidencia. "Puestos aquí." ¡Claro que sí! ¡Y por el que sirve la comida! Nuestros padres nos ponen aquí eso es lo que todo el mundo sabe; y ellos no tenían autoridad y probablemente tampoco intención.

La noción de que no tenemos derecho a tomar nuestras propias vidas proviene de nuestra consciencia de que no tenemos valor. Es la disculpa del cobarde su excusa para continuar viviendo cuando no tiene nada por lo que vivir o su provisión ante el futuro. Si no fuera egoísta, así como cobarde, no necesitaría excusas. Al que no se considera el centro de la creación y sus penas la angustia universal, la vida, si no digna de ser vivida, tampoco es digna de ser abandonada. El viejo filósofo a quien le fue preguntado por qué no moría si, como enseñaba, la vida no era mejor que la muerte, contestó: "Porque la muerte no es mejor que la vida." No sabemos cuál es la proposición verdadera, pero el asunto no merece la pena de ser tratado, pues ambos estados son soportables -la vida a pesar de sus placeres y la muerte a pesar de su reposo.

Era la opinión de Robert G. Ingersoll que en el mundo hay más bien pocos que demasiados suicidios -que la gente es tan cobarde que siguen viviendo mucho tiempo después de que la resistencia ha dejado de ser una virtud. Esta visión no es sino una vuelta a la sabiduría de los antiguos, en cuya espléndida civilización el suicidio ocupaba un puesto tan honorable como cualquier otro acto valiente, razonable y desinteresado. Antonio, Bruto, Catón, Séneca -estos no eran del tipo de hombres que realizan hazañas cobardes y locas. La autosuficiente y santurrona manera moderna de mirar la acción como propia de un cobarde o de un lunático es creación de sacerdotes, filisteos y mujeres. Si el valor se manifiesta en soportar el malestar inútil, es cobardía calentarse cuando se tiene frío, curarse cuando se está enfermo, ahuyentar mosquitos, entrar cuando llueve. La "búsqueda de la felicidad", entonces, no es un "derecho inalienable", pues implica evitar el dolor.

Ningún principio se compromete en este tema; el suicidio es justificable o no, de acuerdo con las circunstancias; cada caso debe ser considerado en su contexto, y el que tenga informes sobre el acto es el único juez. Ante su decisión, tomada bajo cualquier luz que por casualidad pueda tener, todas las mentes honestas se inclinarán. El apelante no cuenta con

tribunal al que apelar. En ninguna parte existe una jurisdicción tan extensa como para abrazar el derecho de condenar al desdichado a la vida.

El suicidio es siempre valiente. Lo llamamos valor únicamente en el caso de un soldado que se enfrenta a la muerte -digamos que conduce una esperanza sin amparo- aunque disponga de una oportunidad para vivir y de una certeza de "gloria". Sin embargo el suicida hace más que dar la cara a la muerte; él incurre en ella, y con una certeza, no de gloria, sino de reproche. Si eso no es valor, debemos reformar nuestro vocabulario.

Es verdad, puede que haya un valor superior en vivir que en morir. El valor del suicida, como el del pirata, no es incompatible con una indiferencia egoísta a los derechos de los otros -una cruel deslealtad al deber y a la decencia. Me han preguntado: "¿No considera cobarde que un hombre acabe con su vida, dejando por esa razón a su familia en la miseria?" No, no lo considero; creo que es egoísta y cruel. ¿No es eso suficiente? ¿Hemos de vaciar las palabras de su verdadero significado para condenar más eficazmente el acto y revestir a su autor con una infamia mayor? Una palabra significa algo; a pesar de las quejas de los lexicógrafos, no significa lo que tú quieres que signifique. "Cobardía" es retirarse ante el peligro, y no faltar al deber. El escritor que se permite tanta libertad en el uso de las palabras como le autoriza el lexicógrafo y el consentimiento popular es un mal escritor. No es capaz de causar impresión sobre su lector, y serviría mejor en el mostrador de una mercería.

La ética del suicidio no es un asunto simple; no se pueden establecer leyes de aplicación universal, sin embargo cada caso ha de ser juzgado, en caso de ser juzgado, con un conocimiento completo de todas las circunstancias, incluyendo el carácter mental y moral de la persona que toma su propia vida -una calificación imposible para juicio. La época, la raza y la religión de uno tienen mucho que ver en este tema. Algunos pueblos, como los antiguos romanos y los modernos japoneses, han considerado el suicidio honorable y obligatorio en ciertas circunstancias; entre nosotros se desaprueba. Un hombre sensato no dedicará demasiada atención a consideraciones de esta clase, excepto en tanto que afecten a otros, pues al juzgar delincuentes débiles han de ser tenidas en cuenta. Hablando de modo general, yo diría que en nuestra época y país las personas aquí apuntadas (y algunas otras) están justificadas al quitarse de en medio, y que en algunas es un deber:

El que sufre de una enfermedad dolorosa o repugnante e incurable.

El que es una pesada carga para sus amigos, sin esperanza de alivio.

El amenazado por demencia permanente.

El adicto a la embriaguez o a otro hábito asimismo destructivo u ofensivo, del que no se puede rehabilitar.

Aquel sin amigos, propiedad, empleo o esperanza.

El que se ha deshonrado.

¿Por qué honramos al soldado valiente, al marinero valiente, o al bombero valiente? ¿Por obediencia al deber? En absoluto; eso solo -sin el riesgo- rara vez logra notoriedad, nunca inspira entusiasmo. Es porque se enfrentó sin retroceder ante el peligro de ese desastre supremo, o lo que sentimos que es tal -la muerte. Pero fíjate: el soldado desafía el peligro de muerte; ¡el suicida desafía la muerte misma! El jefe de la empresa desesperada puede que no resulte herido. El marinero que voluntariamente se hunde con su barco puede ser rescatado o

arrojado a la orilla. No es seguro que la pared se venga abajo hasta que el bombero haya descendido con su preciosa carga. Sin embargo el suicida -suyo es el enemigo que nunca le ha entendido, suyo el mar que no devuelve nada; la pared por la que asciende no soporta el peso de un hombre. Y suya, al final de todo, es la tumba deshonrada donde el asno salvaje de la opinión pública

pisotea su cabeza aunque no pueda romper su sueño.

UN VIVAQUE DE MUERTOS[24]
(1903)

Allá en el corazón de las montañas Allegheny, en el condado de Pocahontas, Virginia occidental, existe un precioso vallecito a través del cual fluye el horcajo oriental del río Greenbrier. En un punto en el que el camino del valle cruza la vieja barrera de portazgo Staunton y Parkesburg, una famosa vía pública en su día, existe una oficina de correos en una granja. El nombre del lugar es el Descanso del Viajero, pues una vez fue una taberna. Coronando algunas pequeñas colinas a dos pasos de la casa hay largas hileras de antiguas fortificaciones confederadas, hábilmente diseñadas y tan bien "conservadas" que el trabajo de una hora de una brigada las haría servibles para la próxima guerra civil. Este lugar tuvo su batalla -lo que se llamaba una batalla en la "juventud" de la gran rebelión. Una brigada de las tropas federales, el regimiento del escritor entre ellas, llegó a la montaña Cheat, quince millas al oeste, y, extendiendo sus líneas a través del vallecito, sintió al enemigo todo el día; y el enemigo se dejó sentir también un poquito. Hubo un gran cañoneo, que mató aproximadamente a una docena de cada lado; después, considerando que el lugar inspiraba demasiado respeto para el ataque, los federales catalogaron el asunto como de reconocimiento efectivo, y enterrando a sus muertos se retiraron al lugar más cómodo de donde habían venido. Aquellos muertos ahora reposan en un bonito cementerio nacional en Grafton, debidamente registrados, e identificados, y acompañados por otros muertos federales recogidos en los varios campamentos y campos de batalla de Virginia occidental. El soldado caído (la palabra "héroe" parece ser una invención posterior) recibe honores tan humildes como es posible dar.

Su parte en toda la pompa que llena

El circuito de las colinas del Verano
Es que su tumba es verde.

Es verdad, más de la mitad de las verdes sepulturas en el cementerio Grafton están rotuladas con la palabra "Desconocido", y a veces ocurre que uno piensa en la contradicción que supone "honrar la memoria" de aquel que carece de memoria para honrar; sin embargo el esfuerzo parece que no daña excesivamente a los vivos, ni siquiera a los lógicos.

A unos pocos cientos de yardas detrás de los antiguos terraplenes confederados existe una colina arbolada. Hace años no tenía árboles. Aquí, entre los árboles y en la maleza, hay hileras de hoyos poco profundos, que se pueden descubrir si se retiran las hojas acumuladas. De alguno de ellos se pueden coger (y devolver reverentemente a su sitio) pequeños bloques delgados de la piedra partida del campo, con inscripciones toscas y reticentes realizadas por camaradas. Encontré sólo una con fecha, sólo una con los nombres completos del hombre y del regimiento. El número total descubierto fue el de ocho.

[24] Vivaque es la traducción del término bivouac, término militar que designa la guardia principal en las plazas de armas, a la cual acuden todas las demás a tomar el santo, y, también, es el campamento de un cuerpo militar de noche al raso. Es el segundo significado el que adopta el vocablo vivaque en este contexto.

En estas tumbas olvidadas descansan los muertos confederados -entre ochenta y cien pueden ser distinguidos aproximadamente. Algunos cayeron en la "batalla"; la mayoría murieron de enfermedad. Dos, sólo dos, han sido aparentemente desenterrados para volverlos a enterrar en sus hogares. Es un camposanto tan descuidado y oscuro que únicamente el anciano administrador de correos del Descanso del Viajero, sobre cuya granja está situado, parece conocer su existencia. Los hombres que viven a una milla de distancia nunca han oído hablar de él. No obstante deben vivir todavía otros hombres que ayudaron a colocar a estos soldados sureños donde ellos están, y podrían identificar algunas de las tumbas. ¿Hay algún hombre, del Norte o del Sur, que tomaría de mala gana el gasto de dar a estos hermanos caídos el homenaje de las tumbas verdes? Uno prefiere pensar que no. Pero es cierto, existen varios cientos de lugares así todavía por descubrir en la estela de la gran guerra. Lo más fuerte es la petición muda -la súplica silenciosa de estos hermanos caídos a lo que es "lo más parecido a Dios dentro del alma".

Fueron enemigos honestos y valientes, que tenían poco en común con los políticos lunáticos que los condujeron a la muerte y con los portadores literarios de falso testimonio tiempo después. No vivieron el período de la lucha honorable para pasar al período de vilipendio -no pasaron de la edad de hierro al cinismo- de la era de la espada a la de la lengua y la pluma. Entre ellos no hay ningún miembro de la Sociedad Histórica Sureña. Suvalor no era la furia del no combatiente; no tienen ninguna voz en el trueno de los civiles y el griterío. Ellos no perjudican la dignidad e infinito patetismo de la Causa Perdida. Dadles, a estos caballeros inocentes, su justa parte en toda la pompa que llena el circuito de las colinas del verano.

RELATOS BREVES

HAÏTA EL PASTOR

En el corazón de Haïta las ilusiones de la juventud no habían sido sustituidas por las de la edad y la experiencia. Sus pensamientos eran puros y placenteros, pues su vida era sencilla y su alma no conocía la ambición. Se levantaba con el sol e iba a rezar al santuario de Hastur, el dios de los pastores, el cual lo escuchaba y quedaba satisfecho. Tras la realización de su piado-so ritual desatrancaba la puerta de su redil y con una alegre disposición llevaba su rebaño al campo. Mientras iba, tomaba su desayuno de cuajada y pastel de avena, deteniéndose de vez en cuando a añadir algunas bayas, frías por el rocío, o a beber de las aguas que bajaban de las colinas para unirse al arroyo que cruzaba el valle y ser llevadas en su seno, sin que él supiera dónde.

Durante el largo día de verano, al mismo tiempo que sus ovejas tomaban el buen pasto que los dioses habían permitido crecer para ellas, o yacían con sus patas delanteras dobladas bajo sus pechos y rumiaban, Haïta, reclinado bajo la sombra de un árbol, o sentado sobre una roca, tocaba una música tan dulce con su caramillo que a veces de reojo vislumbraba fortuitamente a las deidades silvestres menores, que, saliendo de su escondite boscoso, se inclinaban para oír; pero si las miraba directamente se desvanecían. Por esto -ya que debía de estar pensando si no se convertiría en una de sus propias ovejas-deducía de modo solemne que la felicidad puede venir si no se busca, sin embargo si se busca nunca se verá; pues junto al favor de Hastur, el cual nunca se revelaba, lo que más valoraba Haïta era el interés amistoso de sus vecinos, los tímidos inmortales del bosque y el arroyo. Al caer la noche conducía su rebaño de regreso al aprisco, comprobaba que la puerta estaba cerrada y se retiraba a su cueva para cenar y dormir.

Así pasaba su vida, un día tras otro, excepto cuando las tormentas expresaban la ira de un dios ofendido. Entonces Haïta se refugiaba medroso en su cueva, con el rostro escondido entre las manos, y rezaba para que solo él pudiera ser castigado por sus pecados y que el mundo se salvara de la destrucción. A veces cuando llovía mucho, y el arroyo se desbordaba, forzándolo a llevar su aterrorizado rebaño a las tierras altas, intercedía por las

gentes de las ciudades que, según le habían contado, se encontraban en la llanura más allá de las dos colinas azules que formaban la puerta de su valle.

"Sois bueno, oh Hastur," así rezaba, "por darme montañas tan próximas a mi morada y mi redil para que yo y mis ovejas podamos huir de los torrentes tormentosos; pero debéis entregaros al resto del mundo de una forma que desconozco, o ya no os adoraré más."

Y Hastur, que sabía que Haïta era un joven que mantenía su palabra, perdonó a las ciudades y devolvió las aguas al mar.

Así había vivido desde que podía recordar. No concebía debidamente ningún otro modo de existencia. El santo ermitaño que moraba en la punta del valle, a una hora exacta de dis-tancia, por quien había sabido el cuento de las grandes ciudades donde vivían personas -¡pobres almas!- que no tenían ovejas, no le ofrecía conocimiento sobre aquella época temprana, en la que, así razonaba, debía haber sido pequeño e indefenso como un cordero.

Fue pensando en estos misterios y maravillas, y en ese horrible cambio hacia el silencio y la decadencia sobre lo que estaba seguro de que en algún momento había de llegarle a él, como lo había visto llegar a tantos de su rebaño -pues llegaba a todas las cosas vivas excepto a las aves- cuando Haïta por primera vez fue consciente de que su suerte era desgraciada y sin esperanza.

"Es necesario," decía, "que yo sepa de dónde y cómo vine; ya que ¿cómo puede uno llevar a cabo sus obligaciones a menos que pueda juzgar lo que son por la manera en la que le fueron confiadas? Y ¿qué contento puedo tener cuando no sé cuánto tiempo va a durar?

Quizás antes de otro sol puede que me cambien, y entonces ¿qué será de las ovejas? ¿Qué habrá sido de mí?"

Meditando estas cosas Haïta se volvió melancólico y taciturno. Ya no hablaba alegremente con su rebaño, ni corría con la mayor prontitud al santuario de Hastur. En cada brisa oía los susurros de deidades malignas cuya existencia apreciaba ahora por primera vez. Cada nube era un presagio que significaba desastre, y la oscuridad estaba llena de espantos. Cuando acercaba su caramillo a los labios no producía melodía, sino un lamento lúgubre; las inteligencias silvestres y ribereñas ya no ocupaban la espesura para escuchar, más bien huían del sonido,como él sabía por las hojas revueltas y las flores dobladas. Aflojó la vigilancia y muchas de sus ovejas se extraviaron en las colinas y se perdieron. Las que conservaba enflaquecieron y enfermaron por escasez de buen pasto, ya que no se lo buscaba, sino que las conducía día tras día al mismo sitio, por mero distraimiento, a la vez que se esforzaba por resolver el enigma de la vida y la muerte -de la inmortalidad no sabía.

Un día, mientras se abandonaba a la reflexiones más pesimistas, repentinamente saltó de la roca sobre la que estaba sentado, y con un ademán enérgico de la mano derecha exclamó: "Nunca más suplicaré el conocimiento que los dioses me niegan. Que tengan cuidado de hacerme algún mal. Cumpliré con mi deber lo mejor que sé y si me equivoco ¡que sea sobre sus propias cabezas!".

De pronto, mientras hablaba, una gran luminosidad cayó en torno, que hacia que él mirara hacia arriba, pensando que el sol había aparecido entre el claro de las nubes; pero no había nubes. A no más de la distancia de un brazo permanecía una hermosa doncella. Era tan bella que las flores a sus pies doblaban sus pétalos desesperadas e inclinaban sus cabezuelas en señal de sumisión; tan dulce era su mirada que los colibrís llenaban sus ojos, introduciendo sus picos sedientos casi en ellos, y las abejas salvajes estaban alrededor de sus labios. Y tal era su luminosidad que las sombras de todos los objetos divergían de sus pies, girando a la vez que ella se movía.

Haïta estaba cautivado. Levantándose, se arrodilló ante ella en señal de adoración, y ella puso su mano sobre la cabeza del pastor.

"Venid," dijo ella con una voz que poseía la música de todas las campanas de su rebaño -"venid, no debéis adorarme a mí, que no soy una diosa, pero si sois veraz y obediente me quedaré con vos."

Haïta cogió su mano, y balbuciendo su gozo y gratitud se incorporó, y permanecieron agarrados de la mano sonriéndose a los ojos. El la miraba con reverencia y éxtasis. Dijo: "Os ruego, hermosa doncella, que me digáis vuestro nombre y de dónde y por qué habéis venido".

Ante esto ella hizo una señal de advertencia con el dedo sobre el labio y empezó a retirarse. Su belleza experimentó una alteración visible que hizo que Haïta se estremeciera, no sabía

por qué, pues todavía era bella. El paisaje se oscureció por una sombra gigante que barrió el valle a la velocidad de un buitre. En la oscuridad la figura de la doncella se volvió confusa e indistinta y su voz parecía venir de la distancia, mientras decía, en un tono de reproche pesaroso: "¡Joven presuntuoso e ingrato! ¿He de dejaros entonces tan pronto? ¿Sólo convenía el que vos rompierais enseguida el pacto eterno?".

Inexpresivamente afligido, Haïta cayó de rodillas y le imploró que se quedara -se levantó y la buscó en la profunda oscuridad-corrió en círculos, llamándola en voz alta, pero todo fue en vano. Ella ya no era visible, pero podía percibir su voz emergente de la oscuridad diciendo: "No, vos no me tendréis si me buscáis. Regresad a vuestro deber, fiel pastor, o no me veréis de nuevo".

Cayó la noche; los lobos aullaban en las colinas y las ovejas atemorizadas se apiñaban a los pies de Haïta. Las exigencias de la hora le hicieron olvidar su desilusión, llevó sus ovejas

al redil y dirigiéndose al lugar de adoración expresó su gratitud cordial a Hastur por permitirle salvar su rebaño, después se retiró a su cueva y se durmió.

Cuando Haïta despertó el sol estaba alto y brillaba dentro de la cueva, iluminándola con un magnífico resplandor. Y allí, tras él, estaba sentada la doncella. Le sonreía con una sonrisa que parecía la música visible de su caramillo. Él no se atrevía a hablar, temiendo ofenderla como la otra vez, pues no sabía qué podía osar decir.

"Puesto que," dijo ella, "vos hicisteis vuestra obligación con el rebaño, y no olvidasteis agradecer a Hastur el que detuviera los lobos nocturnos, vengo a vos de nuevo. ¿Me aceptaréis como compañera?"

"¿Quién no os aceptaría para siempre?" contestó Haïta. "¡Oh! no me dejéis otra vez hasta -hasta que yo- cambie y me vuelva silencioso e inmóvil".

Haïta no tenía palabras para la muerte.

"Ciertamente, ojalá," continuó, "que fuerais de mi propio sexo, que pudiésemos luchar y hacer carreras y así nunca nos cansaríamos de estar juntos".

Al oír estas palabras la doncella se puso de pie y salió de la cueva, y Haïta, dando un salto desde su canapé de ramas olorosas para alcanzarla y detenerla, observó asombrado que llovía yque el arroyo que cruzaba el valle se había desbordado. Las ovejas balaban aterrorizadas, ya que la crecida había invadido el aprisco. Y las desconocidas ciudades de la llanura distante estaban en peligro.

Pasaron muchos días antes de que Haïta volviese a ver a la doncella. Un día regresaba de la punta del valle, a donde había ido con leche de oveja y pastel de avena y bayas para el santo ermitaño, el cual era demasiado anciano y débil para proporcionarse comida.

"¡Pobre anciano!" dijo en voz alta, mientras caminaba con dificultad en dirección a su hogar. "Volveré mañana y lo traeré sobre mi espalda a mi casa, donde puedo atenderlo. Sin duda es para esto para lo que Hastur me ha criado durante todos estos años, y me da salud y fuerza".

Al mismo tiempo que hablaba, la doncella, vestida con prendas relucientes, salió a su encuentro en el sendero con una sonrisa que le quitaba la respiración.

"He venido de nuevo," dijo ella, "para vivir con vos si ahora me aceptáis, ya que nadie me acepta. Puede que vos hayáis aprendido sabiduría, y que queráis tomarme como soy, sin preocuparon de saber más".

Haïta se arrojó a sus pies. "Hermoso ser", clamó, "si vos os dignáis aceptar toda la devoción de mi corazón y alma -después de servir a Hastur- es vuestra para siempre. Pero, ¡ay!, sois caprichosa y variable. Puede que antes del sol de mañana os pierda otra vez. Prometedme, os lo suplico, que aunque en mi ignorancia pueda ofenderos, me perdonaréis y permaneceréis siempre conmigo".

Apenas había acabado de hablar cuando una manada de osos salió de las colinas, corriendo hacia él con las fauces de color carmesí y los ojos ardientes. La doncella se desvaneció otra vez, y él se giró y huyó para salvar su vida. No paró hasta que llegó al refugio del santo ermitaño, de donde él había partido. Atrancando deprisa la puerta contra los osos se arrojó al suelo y lloró.

"Hijo mío," dijo el ermitaño desde su canapé de paja, recién recogida aquella mañana por las manos de Haïta, "no es propio de vos llorar por los osos - contadme qué pena os abruma, que la vejez puede embalsamar las heridas de la juventud con su sabiduría".

Haïta le contó todo: cómo se había encontrado con la radiante joven tres veces, y cómo ella lo había abandonado otras tres. Relató minuciosamente todo lo que había sucedido entre ellos, no omitiendo una sola palabra de lo que se había dicho.

Cuando finalizó, el santo ermitaño permaneció silencioso durante un momento, después dijo: "Hijo mío, he prestado atención a vuestra historia, y conozco a la doncella. Yo mismo la he visto, como tantos otros. Aprende, pues, que su nombre, el cual ella no permitiría que vos

preguntaseis, es Felicidad. Vos le dijisteis la verdad, puesto que ella es caprichosa al imponer condiciones que el hombre no puede llevar a cabo, y la culpa se castiga con la deserción. Viene sólo cuando no se busca, y no ha de ser interrogada. Una manifestación de curiosidad, un signo de duda, una expresión de recelo, y ¡se marcha! ¿Cuánto tiempo estuvisteis con ella cada vez antes de que huyera?".

"Sólo un simple instante," respondió Haïta, ruborizándose de vergüenza ante la confesión. "Cada vez la ahuyentaba al momento".

"¡Desgraciado!" dijo el santo ermitaño, "si no fuera por tu indiscreción podrías haber estado con ella dos momentos".

EL CUENTO DEL COMANDANTE

Pienso que en los días de la Guerra Civil las bromas pesadas no estaban tan desacreditadas como ahora. Sin duda se debía a nuestra extremada juventud -los hombres eran mucho más jóvenes que los de ahora, y el hombre muy joven ha gozado eterna-mente de un espíritu muy alegre, que desemboca generalmente en las payasadas. ¡No os podéis imaginar qué jóvenes eran los hombres de los primeros años de la década de los sesenta! Sí, la edad media del Ejercito Federal en su totalidad no era más de veinticinco años; dudo de si sería más de veintitrés, pero al no tener las estadísticas sobre ese particular (si hay algunas) prefiero ser prudente: diremos veinticinco. Es cierto que un hombre de veinticinco era en aquella época heroica mucho más hombre que uno de la misma edad ahora; podríais comprobarlo mirándolo. Su rostro carecía de esa inmadurez tan destacada en su sucesor. Nunca veo a un joven ahora sin observar qué desagradablemente joven es en realidad; sin embargo durante la guerra no pensábamos en absoluto en la edad de un hombre a menos que casualmente se encontrara bastante bien a lo largo de su vida. En ese caso no se podía evitar, pues la fealdad de la edad atacaba el rostro humano entonces mucho antes que ahora; supongo que era el resultado del duro servicio -quizás, hasta cierto punto, del alcohol, ya que, ¡caramba!, derramamos abundantemente la sangre de la uva y el cereal durante la guerra. Recuerdo pensar en el general Grant, quien no podía tener más de cuarenta, como en un anciano bastante bien conservado, considerando sus costumbres. En cuanto a los hombres de mediana edad -digamos de cincuenta a sesenta- sí, todos pare-cían adecuados para hacer el papel del Último de los Hititas, o del Matusalén de Madagascar, en un museo. Con seguridad, amigos míos, los hombres de aquella época eran mucho más jóvenes que los hombres de hoy, pero parecían mucho más viejos. El cambio es bastante notable.

Decía que las bromas pesadas entonces no estaban anticuadas. Al menos no en el ejército; aunque posiblemente en la vida más seria del civil no encontraran lugar excepto embreando y emplumando a una "víbora" circunstancial. Supongo que todos sabéis lo que era una "víbora", así que iré directamente a mi relato sin comentario introductorio, como es mi estilo.

Era unos pocos días antes de la batalla de Nashville. El ene-migo nos había sacado del norte de Georgia y Alabama. En Nashville fuimos acorralados y fortificamos, mientras que el viejo Pap Thomas, nuestro comandante, se apresuraba a traer refuerzos y pertrechos de Louisville. Al mismo tiempo Hood, el comandante confederado, nos había sitiado parcialmente y estaba lo suficientemente cerca como para haber arrojado proyectiles en el corazón de la ciudad. Por norma se abstenía -supongo que temía matar a las familias de sus propios soldados, muchísimos de los cuales habían vivido allí. Algunas veces me preguntaba cuáles eran los sentimientos de aquellos tipos, mirando por encima de nuestras cabezas a sus propios hogares, donde sus esposas y niños o sus ancianos padres quizás carecían de lo necesario para vivir, y ciertamente (así discurriría su razonamiento) encogiéndose de miedo bajo la tiranía y poder de los bárbaros yanquis.

Para comenzar, entonces, por el principio. En aquella época yo estaba sirviendo en el estado mayor de un comandante de división cuyo nombre no desvelaré, pues estoy contando hechos, y la persona a la que se refieren los más fuertes puede que tenga parientes vivos a quienes no les importaría tenerla localizada. Nuestro cuartel general se encontraba en una gran vivienda situada justo detrás de nuestra línea de fortificación. Había sido abandonada apresuradamente por los ocupantes civiles, quienes habían dejado todo bastante parecido a como estaba -probablemente no tenían espacio para guardarlo, y confiaban en que el Cielo lo protegería de la codicia federal y de la artillería confederada. Por lo que respecta a lo último estábamos tan preocupados como ellos.

Revolviendo una tarde en algunos de los aposentos y armarios, algunos de nosotros encontramos un abundante surtido de ropa femenina -vestidos, chales, gorras, sombreros, enaguas y Dios sabe qué; no podría haber dado nombre en aquel momento a la mitad. La contemplación de todo este precioso botín inspiró en uno de nosotros lo que a él le agradó llamar "idea", la cual, cuando fue sometida a los otros diablillos y bribones del grupo, fue al instante aprobada con entusiasmo. Procedimos de inmediato a obrar de acuerdo con la idea en pos de la perdición de uno de nuestros camaradas.

La víctima elegida fue un edecán[25], el lugarteniente Haberton, por llamarle de algún modo. Era un buen soldado -un tipo tan gallardo que siempre llevaba espuelas; pero tenía un defecto intolerable: era un donjuán, y como la mayor parte de su clase, incluso en aquella época, impaciente por que todos lo supieran. Nunca se cansaba de relatar sus hazañas amatorias, y no es necesario que diga lo fastidioso que resulta ese tipo de narración a todo el mundo excepto al narrador. Sería fastidioso aun cuando fuera animada y alegre, pues todos los hombres son rivales en el favor femenino, y contar tus éxitos a otro hombre es despertar en él un resentimiento mudo, mitigado por la incredulidad. No lo convencerás de que se lo cuentas para que se entretenga; él no entenderá nada en el cuento sino una expresión de tu propia vanidad. Además, como la mayoría de los hombres, libertinos o no, quieren ser considerados libertinos, es muy probable que él se ofenda por una estúpida e injusta conclusión que sospecha que tu has extraído de su reserva en materia de sus propias aventuras -a saber, que él no ha tenido ninguna. Si, por otro lado, no tiene escrúpulos acerca del asunto y su reserva se debe a la falta de oportunidad para hablar, o de habilidad en sacar partido, ¡toma!, entonces estará malhumorado porque tú "tienes la palabra" y la quiere él. En resumen, no existen circunstancias bajo las que un hombre, incluso por el mejor de los motivos, o por ningún motivo en absoluto, pueda contar sus proezas en el amor sin reducir claramente la estima de su censor masculino; y aquí yace un justo castigo para tales cosas como besar y contar. En mi época de juventud yo mismo gozaba del favor de las damas, y conservo en la memoria muchas cosas sobre ellas que sin duda podría convertir en narrativa aceptable si no hubiera emprendido otro cuento, y si no fuera mi costumbre relatar una cosa secuencialmente, dirigiéndome inmediatamente al final, sin digresión.

El lugarteniente Haberton era, hay que confesarlo, un hombre singularmente atractivo y con modales simpáticos. Supongo que era, juzgándolo desde el criterio imperfecto de mi sexo, lo que las mujeres denominan "fascinante". Ahora bien, las cualidades que hacen que un hombre resulte atractivo a las damas acarrean un doble inconveniente. En primer lugar, son de un tipo que otros hombres perciben pronto, y aquellos que no las tienen son los que las perciben antes. Su poseedor, temido por todos estos, es habitualmente calumniado por ellos como auto-defensa. A todas las damas en cuyo bienestar ellos se creen con derecho a voz e interés, les insinúan los vicios y la general indignidad del "hombre de las damas" en términos carentes de duda, y a sus esposas les cuentan sin pudor las falsedades más monstruosas acerca de él. No les refrena la consideración de que él es su amigo; las cualidades que han atraído su admiración hacen necesario avisar a aquellos para quienes el atractivo resultaría peligroso. Así que el hombre de personalidad encantadora, a la vez que es amado por todas las damas que lo conocen bien, aun-que no demasiado bien, debe soportar con toda la fortaleza posible la consciencia de que aquellos otros que lo conocen sólo "por su reputación" le consideran un réprobo desvergonzado, un hombre vicioso e indigno -un tipo y ejemplo de depravación moral. Por nombrar el segundo inconveniente vinculado a sus encantos: generalmente lo es.

Para seguir adelante con nuestro animado relato (y según mi opinión un relato una vez comenzado no debería sufrir obstrucción) es necesario explicar que un joven agregado a

[25] Es la traducción de aide, forma abreviada del término francés aide-de-camp. Es posible también la traducción ayudante de campo.

nuestro cuartel como ordenanza era notablemente afeminado en el rostro y la figura. No tenía más de diecisiete años y poseía una cara perfectamente suave y unos ojos grandes y brillantes, que debían haber sido la envidia de muchas mujeres bonitas en aquella época. ¡Y qué bonitas eran las mujeres de entonces! ¡y qué graciosas! Las del Sur mostraban en su conducta hacia nosotros los yanquis cierta arrogancia, pero, por lo que a mí respecta, la encontraba menos insoportable que la asidua indiferencia con la que las damas de esta nueva generación, a quien de veras juzgo desprovista de sentimiento y sensibilidad, reciben las atenciones de uno.

A este joven ordenanza, cuyo nombre era Arman, le persuadimos -por medio de argumentos que no tengo el deber de decir- para que se vistiera con ropa femenina y se hiciera pasar por una dama. Cuando lo habíamos ataviado a nuestro gusto -y parecía realmente una muchacha encantadora- fue conducido a un sofá situado en la oficina del ayudante-general. Ese oficial estaba en el secreto, como de hecho estaban todos excepto Haberton y el general; dentro de la imponente dignidad que rodeaba al último existían posibilidades de desaprobación que estábamos poco dispuestos a hacer frente.

Cuando todo estaba listo fui hacia Haberton y le dije: "Lugarteniente, hay una joven en la oficina del ayudante-general. Es la hija del insurrecto propietario de esta casa, y creo que ha venido a comprobar su tenencia actual. Nadie de nosotros sabe cómo hablar con ella, sin embargo pensamos que usted le diría lo correcto -al menos le diría las cosas de modo correcto. ¿Le importaría venir?"

Al lugarteniente no le importó; se aseó rápidamente y me acompañó. Mientras recorríamos un largo pasillo hacía la Presencia encontramos un obstáculo formidable -el general.

"Oiga, Broadwood," dijo, dirigiéndose a mí en ese modo familiar que daba a entender que estaba de excelente humor, "hay una dama en la oficina de Lawson. Es sumamente bella -vino en una misión de salvamento o de justicia, no hay duda. Tenga la bondad de conducirla a mi alojamiento. No les cargaré a ustedes, los jovencitos, con todos los asuntos de esta división," añadió a modo de guasa.

Esto resultaba inoportuno y había que hacer algo.

"General," dije, "no juzgué que el asunto de la dama tuviera la suficiente importancia como para molestarlo. Ella es una de las enfermeras de la Comisión Sanitaria, y únicamente quiere comprobar algunas provisiones para el hospital de viruela donde está de servicio. Se la enviaré enseguida."

"No se preocupe," dijo el general, reanudando su camino, "quizá Lawson pueda encargarse de esto."

¡Ah, el intrépido general! Mientras yo observaba cómo se alejaba y me reía del éxito de mi treta, pensaba que en esa semana ¡él estaría "muerto en el campo del honor"! No era él el único de nuestra pequeña casa militar a quien acechaba la sombra del ángel de la muerte, y quien podría casi haber oído "el batir de sus alas". En aquella cruda mañana de diciembre, unos pocos días después, cuando desde una hora antes del amanecer hasta las diez en punto permanecíamos sentados a caballo en aquellas colinas heladas, esperando a que el general Smith comenzara la batalla a varias millas de distancia a la derecha, eramos ocho. Cuando finalizó el combate eramos tres. Ahora sólo hay uno. A pesar de todo sed un poquito indulgentes con él, oh, generación ahorrativa; él no es sino uno de los horrores de la guerra apartado de su época e introducido en la vuestra. Sólo es el esqueleto inofensivo en vuestra fiesta y danza pacífica, que responde a vuestra carcajada y baile heroico, con el crujir de los dedos de la mano y el movimiento brusco del cráneo -aunque en una ocasión apropiada, con una pareja de su elección, podría bailar un poquito con el mejor de vosotros.

Al entrar en la oficina del ayudante-general observamos que todos los oficiales estaban allí. El propio ayudante-general estaba muy ocupado en su mesa de despacho. El comisario de subsistencia jugaba a las cartas con el oficial médico en el saledizo de una ventana. El resto se

hallaba en varios lugares de la habitación, leyendo o conversando en un tono bajo. En el sofá situado en un rincón poco iluminado del cuarto, a cierta distancia de cualquiera de los grupos, estaba sentada la "dama", muy envuelta en velos, con los ojos modestamente fijos en los dedos de sus pies.

"Señora," dije, avanzando con Haberton, "este oficial estará encantado de servirla si está en sus manos. Confío en que esté".

Con una reverencia me retiré al rincón más alejado de la habitación y tomé parte en la conversación que tenía lugar allí, aunque no tenía la más ligera noción de lo que trataba, y mis observaciones carecían de relevancia a cualquier asunto bajo los cielos. Un agudo observador se habría dado cuenta de que todos nosotros estábamos mirando a Haberton atentamente y sólo "haciendo creer" que realizábamos otra cosa.

Merecía la pena observarlo, también; el hombre era simple-mente una edición de lujo de un "Manual de Conducta". Mientras que la "dama" exponía lentamente su relato de quejas contra nuestra soldadesca ilegal y mencionaba ciertos ejemplos de caprichosa indiferencia por los derechos de propiedad -entre ellos, sobre el inminente peligro de destruir nuestros flancos que nosotros acertamos a oír parcialmente, el saqueo de su propio ropero-, la mirada de agonía compasiva en el atractivo rostro de Haberton era la flor y el fruto del histrionismo. Sus asentimientos respetuosos y aprobatorios ante las varias declaraciones de la dama se llevaban a cabo de modo tan exquisito que uno no podía evitar lamentar su naturaleza insustancial y la imposibilidad de guardarlos en cristal para la instrucción y el deleite de la posteridad. Y a cada momento el infeliz acercaba cada vez más su silla. Una o dos veces miró en torno para comprobar si estábamos observando, pero nosotros en apariencia éramos total-mente inconscientes de todo excepto de los demás y de nuestras varias diversiones. El murmullo bajo de nuestra conversación, el golpecito suave de las cartas cuando caían en el juego y la marca enérgica de la pluma del ayudante-general mientras cerraba incontables páginas de palabras sin sentido eran los únicos sonidos percibidos. No -había otro: a largos intervalos el estampido distante de un arma pesada, seguido del ataque próximo del disparo. El enemigo se divertía.

En estas ocasiones la dama no era quizás el único miembro de esa compañía que estaba asustada, pero estaba más asustada que los demás, levantándose de vez en cuando del sofá y permaneciendo con las manos apretadas, el auténtico retrato de terror e indecisión. Naturalmente Haberton en estos momentos la devolvía a su asiento con infinita ternura, asegurándole que estaba a salvo y lamentando su peligro al mismo tiempo. Quizás era correcto que él tomara posesión de la mano enguantada de la dama y de un sitio al lado de ella en el sofá; pero ciertamente era muy poco decoroso que tomara posesión de ambas manos cuando -estampido, silbido, ¡ZAS!

Nos levantamos de un salto. Un proyectil se había estrella-do contra la casa y había explotado en la habitación situada encima de nosotros. Una gran cantidad de yeso nos cayó encima. Aquella joven dama modesta y quejosa se quedó erguida.

"¡Jerusalén da saltos!", gritó ella.

Haberton, que también se había levantado, estaba como petrificado -como una estatua de sí mismo erigida en el lugar de su asesinato. Ni hablaba, ni se movía, ni apartó una sola vez los ojos de la cara del ordenanza Arman, que estaba ahora tirando su indumentaria femenina a derecha e izquierda, exponiendo sus encantos de la manera más desvergonzada; mientras tanto fuera en la noche y lejos en los campamentos iluminados insertos en los espacios negros entre las líneas de hostilidad ¡sonaba el mar de nuestra inagotable risa! ¡Ah, qué vida tan feliz era la de aquellos días heroicos en los que los hombres no habían olvidado cómo reír!

Haberton volvió despacio en sí. Miró alrededor comprendiendo algo más; después gradualmente transformó su semblante en la sonrisa más forzada que jamás calumniara cualquier sonrisa. Movió la cabeza y lanzó una mirada maliciosa.

"¡A mí no me engaña nadie!" dijo.

UNA IDENTIDAD REANUDADA

1
LA REVISTA COMO FORMA DE BIENVENIDA

Una noche de verano un hombre divisaba una amplia extensión de bosque y campo desde una pequeña colina. La luna llena situada ya cerca de la tierra en el oeste, le permitía saber lo que no hubiera podido saber de otro modo: que era casi la hora del amanecer. Una ligera neblina se extendía a lo largo del suelo, velando parcialmente los rasgos inferiores del paisaje, pero por encima de ella los árboles más altos destacaban en montones bien definidos contra la claridad celeste. Dos o tres granjas eran visibles a través de la niebla, pero en ninguna de ellas, naturalmente, había luz. De hecho, en ninguna parte había señal o sugerencia de vida exceptuando el ladrido de un perro lejano, que, repetido mecánicamente, servía más bien para acentuar que para disipar la soledad de la escena.

El hombre miraba alrededor con curiosidad en todas las direcciones, como aquel que en un entorno familiar es incapaz de determinar su lugar exacto y su parte exacta en la disposición de las cosas. Quizás actuemos de este modo cuando, resucitados de entre los muertos, esperemos ser llamados a juicio.

A un ciento de yardas de distancia había un camino recto, que se mostraba blanco bajo la luz de la luna. Procurando orientarse, como diría un topógrafo o un navegante, el hombre movió sus ojos lentamente a lo largo de la longitud visible del camino, y a un cuarto de milla hacia el sur desde donde él se encontraba vio, indistinto y gris en medio de la niebla, un grupo de jinetes que cabalgaban hacia el norte. Tras ellos iban hombres a pie, marchando en columna, con rifles débilmente relucientes colocados oblicuamente por encima de los hombros. Se movían despacio y en silencio. Otro grupo de jinetes, otro regimiento de infantería, otro y otro -todos en un incesante movimiento hacia el punto de vista del hombre, por delante de él, y más allá. Eran seguidos por una batería de artillería, en la que los encargados de los cañones cabalgaban con los brazos doblados sobre el armón y el cajón. Y sin embargo la interminable procesión salía de la oscuridad del sur y se adentraba en la oscuridad del norte, sin que se oyera el sonido de voces, de cascos, de ruedas.

El hombre no comprendía bien: pensaba que estaba sordo; hablaba, y oía su propia voz, aunque poseía una cualidad des-conocida que casi lo inquietaba; defraudaba la expectativa de su oído en materia de timbre y resonancia. Pero él no estaba sordo, y eso por el momento era suficiente.

Entonces recordó que hay fenómenos naturales a los que alguien ha dado el nombre de "sombras acústicas". Si tú permaneces en una sombra acústica hay una dirección en la que no oirás nada. En la batalla de Gaines's Mili, uno de los conflictos más feroces de la Guerra Civil, con cien armas en juego, el público que se hallaba a una milla y media de distancia en el lado opuesto del valle Chickahominy no oía nada de lo que clara-mente veía. El bombardeo de Port Royal, oído y sentido en St. Augustine, ciento cincuenta millas al sur, era inaudible dos millas al norte en una atmósfera tranquila. Unos pocos días antes de la rendición en Appomattox un ensordecedor combate entre las comandancias de Sheridan y Pickett no fue conocido por el segundo comandante, que estaba a una milla en la retaguardia de su propia línea.

Estos ejemplos eran ignorados por el hombre de quien escribimos, pero no se habían escapado a su observación otros menos sorprendentes del mismo carácter. Estaba

profundamente inquieto, pero por otra razón que el silencio misterioso de esa marcha iluminada por la luna.

"¡Dios mío!" se dijo a sí mismo -y de nuevo era como si otro hubiera expresado su pensamiento- "si esa gente es quien creo que es ¡hemos perdido la batalla y se dirigen a Nashville!"

Entonces le vino un pensamiento de sí mismo -un recelo-un fuerte sentido de peligro personal, lo que en otro llamamos miedo. Se introdujo rápidamente en la sombra de un árbol. Y a pesar de todo los batallones silenciosos avanzaban lentamente hacia la niebla.

El frío de una brisa repentina sobre la parte trasera de su cuello atrajo su atención hacia la dirección de la que provenía, y girándose hacia el este contempló una luz débilmente gris a lo largo del horizonte -el primer signo de la llegada del día. Esto incrementaba su recelo.

"Debo marcharme de aquí," pensó "o me descubrirán y me cojerán".

Salió de la sombra, caminando rápidamente hacia el grisáceo este. Desde el refugio más seguro que ofrecía un grupo de cedros miró hacia atrás. La columna entera había desaparecido de su vista: ¡el blanco camino recto se extendía desnudo y desolado bajo la luz de la luna!

Si antes estaba perplejo, ahora estaba inefablemente asombrado. ¡El paso tan veloz de un ejército tan lento! -no podía entenderlo. Los minutos transcurrían imperceptiblemente; había perdido el sentido del tiempo. Buscaba con una terrible seriedad la solución al misterio, pero buscaba en vano. Cuando por fin se despertó de su abstracción el borde del sol podía verse por encima de las colinas, pero en las nuevas condiciones él no encontraba otra luz que la del día; su entendimiento estaba envuelto en dudas tan oscuras como antes.

A cada lado se extendían campos cultivados que no mostraban señales de guerra o de estragos bélicos. De las chimeneas de las granjas las sutiles ascensiones de humo azul indicaban los preparativos para el pacífico trabajo diario. Habiendo acallado su inmemorable alocución a la luna, el perro guardián ayudaba a un negro que, prefijando un tiro de mulas al arado, desafinaba con satisfacción en su labor. El héroe de este cuento observaba estúpidamente este cuadro pastoril como si no hubiera visto nunca tal cosa en toda su vida; después se llevó la mano a la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó la palma con atención -algo singular. Tranquilizado aparentemente por esta acción, caminó con confianza hacia el camino.

II
CUANDO HAS PERDIDO LA VIDA CONSULTA A UN MÉDICO

Tras visitar a un paciente a seis o siete millas de distancia, en el camino de Nashville, el Dr. Stilling Malson, de Murfreesboro, había permanecido con él toda la noche. Al amanecer salió para su casa a caballo, como era la costumbre de los doctores de la época y del lugar. Había entrado en los alrededores del campo de batalla de Stone's River cuando un hombre se le acercó desde el borde del camino y lo saludó a la manera militar, con un movimiento de la mano derecha hacia el ala del sombrero. Pero el sombrero no era militar, el hombre no llevaba uniforme y no poseía porte marcial. El doctor inclinó la cabeza atentamente, medio pensando que el extraño saludo del forastero era quizás por respeto al entorno histórico. Ya que evidentemente el extranjero deseaba hablar con él, refrenó su caballo con cortesía y esperó.

"Señor," dijo el forastero, "aunque sea usted un civil, puede que sea un enemigo".

"Soy médico," respondió en tono evasivo.

"Gracias," dijo el otro. "Soy lugarteniente, de la compañía del general Hazen." Se detuvo un momento y miró con intensidad a la persona a quien se dirigía, después añadió, "Del ejército federal".

El médico asintió únicamente.

"Tenga la bondad de decirme," continuó el otro, "lo que ha sucedido aquí. ¿Dónde están los ejércitos? ¿Quién ha ganado la batalla?".

El médico observó curiosamente a su interrogador con los ojos a medio cerrar. Tras un examen profesional, prolongado hasta el límite de la cortesía, dijo, "Perdone, el que pide información debería estar dispuesto a comunicarla. ¿Está usted heri-do?" añadió sonriente.

"No seriamente - parece."

El hombre se quitó el sombrero no-militar, puso la mano en la cabeza, la pasó por el pelo y, retirándola, examinó con atención su palma.

"Fui alcanzado por una bala y he estado inconsciente. Debe haber sido un golpe ligero y oblicuo: no encuentro sangre y no siento dolor. No lo molestaré con mi cura, pero ¿será tan amable de indicarme dónde está mi comandancia -cualquier parte del ejército federal- si lo sabe?"

Nuevamente el doctor no contestó de inmediato: estaba trayendo a la memoria lo que se consigna en los libros de su profesión -algo sobre la pérdida de la identidad y el efecto de las escenas familiares en su recuperación. Finalmente miró al hombre a la cara, sonrió, y dijo:

"Lugarteniente, usted no lleva el uniforme de su rango y servicio."

Al oír esto el hombre bajó la vista hacia su indumentaria civil, levantó los ojos, y dijo dubitativamente:

"Es verdad. Yo -yo no comprendo nada."

Todavía observándolo con intensidad pero compasivamente el hombre de ciencia preguntó de manera directa:

"¿Cuántos años tiene?"

"Veintitrés -si eso tiene algo que ver."

"No lo parece; no hubiera adivinado que usted tenía esa edad."

El hombre se impacientaba. "No es necesario hablar de eso," dijo; "quiero saber sobre el ejército. No hace dos horas que vi una columna de tropas que se dirigían hacia el norte por este camino. Usted debe haberse encontrado con ellos. Sea bueno y dígame el color de su ropa, el cual fui incapaz de distinguir, y no lo molestaré más".

"¿Está bastante seguro de que los vio?"

"¿Seguro? Dios mío, señor, ¡podría haberlos contado!"

"Vaya, realmente," dijo el médico, graciosamente consciente de su propio parecido con el locuaz barbero de las Mil y Una Noches, "esto es muy interesante. No encontré ninguna tropa."

El hombre lo miró con frialdad, como si hubiera observado la semejanza con el barbero. "Es evidente," dijo, "que no tiene ganas de ayudarme. Señor, ¡váyase al diablo!".

Se giró y se alejó a grandes zancadas, sin pensar, a través de los campos húmedos por el rocío, mientras que su atormentador medio arrepentido lo observaba desde su punto de ventaja en la silla de montar hasta que desapareció tras una arboleda.

III
EL PELIGRO DE MIRAR EN UN CHARCO

Después de dejar el camino el hombre aflojó el paso, y ahora avanzaba, más bien dificultosamente, con una visible sensación de fatiga. No podía justificar esto, aunque verdadera-mente la interminable locuacidad de aquel médico rural se presentaba como explicación. Al sentarse sobre una roca, puso una mano en la rodilla, con el dorso hacia arriba, y casualmente la miró. Estaba arrugada y llena de surcos; podía trazar las líneas con las puntas de sus dedos. ¡Qué extraño! -un simple balazo y una breve inconsciencia no deberían estropear a alguien físicamente.

"Debo haber estado mucho tiempo en el hospital," dijo en voz alta. "Caramba ¡qué tonto soy! ¡La batalla fue en diciembre, y ahora es verano!" Se rió. "Con razón aquel tipo pensó que yo era un lunático fugado. Estaba equivocado: sólo soy un paciente fugado".

A corta distancia una parcelita de terreno cercada por una pared de piedra llamó su atención. Con un propósito no muy definido se levantó y fue hacia ella. En el centro había un monumento macizo y cuadrado de piedra labrada. Estaba oscurecido por el paso del tiempo, erosionado en los ángulos, manchado de musgo y liquen. Entre los bloques macizos había franjas de hierba cuyas raíces los habían separado al actuar como palanca. Como respuesta al reto de esta ambiciosa estructura el Tiempo había puesto su mano destructora sobre ella, y pronto sería "una con Nínive y Tiro."[26] En una inscripción lateral su ojo atrapó un nombre familiar. Vibrando de emoción, estiró el cuerpo por encima del muro y leyó:

LA BRIGADA DE HAZEN

a

La Memoria de Sus Soldados

que cayeron en

Stone River, 31 de diciembre de 1862.

El hombre se cayó de la pared hacia atrás, pálido y enfermo. Aproximadamente a la distancia de un brazo se hallaba un hoyito en la tierra; la lluvia reciente lo había llenado -era un charco de agua clara. Se arrastró hacia él para reponerse, levantó la parte superior de su cuerpo sobre sus brazos temblorosos, empujó la cabeza hacia adelante y vio el reflejo de su rostro, como en un espejo. Lanzó un grito terrible. Sus brazos se deja-ron vencer; cayó, con la cara hacia abajo, dentro del charco y entregó la vida que había abarcado otra vida.

[26] Nínive, ciudad asiria, y Tiro, ciudad fenicia, son dos famosos enclaves bíblicos. Es conocido el gusto de Bierce por la aplicación de citas y referencias de la Biblia a sus relatos, herencia trágica, para él, de su educación calvinista.

UNA VACA ALMOHAZADA[27]

Mi tía Patience, que cultivaba una pequeña granja en el estado de Michigan, tenía una vaca favorita. Esta criatura no era una vaca buena ni provechosa, pues en lugar de dedicar una parte de su tiempo libre a la secreción de leche y a la producción de terneras, concentraba todas sus facultades en el arte de dar coces. Coceaba todo el día y se levantaba en medio de la noche para cocear. Daba coces a cualquier cosa -a las gallinas, a los cerdos, a las estacas, a las piedras sueltas, a los pájaros en el aire y a los peces que saltaban fuera del agua; para esta vaca imparcial y de mentalidad católica todo era igual -todo de igual modo indigno. La vaca de mi tía Patience era como el anciano Timotheus, el cual "elevó un mortal a los cielos"; aunque, en palabras de un poeta posterior a Dryden[28], ella lo hacía "con mucha más rudeza y frecuencia". Era agradable verla abrirse paso a través de un poblado corral. Lanzaba a derecha e izquierda, primero con una pata trasera y después con la otra, y a veces, si las condiciones eran favorables, tenía a la vez un número considerable de animales domésticos en el aire.

Sus coces, asimismo, eran tan admirables cualitativamente como inagotables cuantitativamente. Eran superiores sin comparación a aquellas de las vacas poco instruidas que no habían hecho de este arte una dedicación vital -eran meras aficionadas que coceaban "de oído", como se dice en música. Una vez la vi situada en el camino, supuestamente inmersa en un profundo sueño, y rumiando con una especie de lasitud propia de una mañana de domingo, lo mismo que se rumia en un sueño. Olfateando a su lado, felizmente inconsciente del peligro cerca-no y absorto en los pensamientos de su amor, se hallaba un gigantesco cerdo negro -un cerdo del tamaño aproximado y del aspecto corriente de un rinoceronte primal. De pronto, mientras yo miraba -sin un movimiento visible por parte de la vaca, sin ningún estremecimiento perceptible en su cuerpo, ni un lapso en la plácida regularidad de su rumia- aquel cerdo se había marchado de allí -se había despedido del todo. Sin embargo a lo lejos hacia el claro horizonte una diminuta manchita negra cruzaba el empíreo a la velocidad de un meteoro, y en un momento había desaparecido, sin explosión audible, más allá de las lejanas colinas. Puede que fuera aquel cerdo.

Almohazar a las vacas no es, creo, una práctica habitual, incluso en Michigan; pero como ésta nunca había necesitado que la ordeñaran, por supuesto tenía que someterse a alguna forma equivalente de persecución; e irritar su piel con una almo-haza se consideraba una atención tan desagradable como un afecto serio podía idear. Al menos ella lo creía así; aunque sospecho que su dueña realmente lo pretendía para el provecho temporal de la buena criatura. De cualquier modo mi tía siempre ponía como condición cuando empleaba a un criado para la granja que él tendría que almohazar a la vaca todas las mañanas; pero después de las pruebas suficientes que le permitían autoconvencerse de que no era un espasmo repentino, ni un mero trastorno local, el criado siempre anunciaba su intención de abandono, azotando a la bestia con algún cuerpo extraño y luego cojeando hacia su casa en dirección a su canapé. No sé a cuántos hombres la criatura dejó sin trabajar para mi tía de este modo, pero a juzgar por el número de cojos en esa parte de la región, diría que muchos; aunque algunas cojeras puede

[27] Almohazar (i. curry) significa estregar a las caballerías con la almohaza para limpiarlas. La almohaza (i. currycomb) es una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelos de dientes menudos y romos, y un mango.

[28] John Dryden (1631-1700) fue un poeta, dramaturgo y prosista ingles, nacido en Aldwinkle-All-Saints y muerto en Londres. En 1654 recibió el cargo de secretario con Milton y Marvel. Cambió a menudo de ideas políticas y religiosas, militando, sucesiva-mente, con los puritanos, anglicanos y católicos; en 1688 fue nombrado poeta laurea-do y en 1670, historiógrafo regio. Escribió Annus Mirabilis, Original Poems and Translations, Absalom, Achitophel, Mac Flecknoe. Entre sus comedias destaca Marriage-á-la mode. Es autor de tragicomedias y tragedias heroicas.

que fueran indirectamente adquiridas, a partir de los sufridores originales, por sus descendientes, y algunas puede que se produjeran por contagio.

Pienso que el de mi tía era un sistema agrícola defectuoso. Es verdad que el trabajo en la granja no le costaba nada, pues todos los trabajadores dejaban su servicio antes de recibir el salario; pero como la fama de la vaca se extendió al extranjero a través de los varios estados y territorios, se hizo cada vez más difícil conseguir obreros; y, después de todo, la favorita estaba imperfectamente almohazada. Se comentaba habitualmente que la vaca había destrozado la granja "a coces" -una metáfora grosera, que daba a entender que la tierra no se cultivaba debidamente, ni las dependencias ni las cercas se reparaban adecuadamente.

Era inútil reconvenir a mi tía: reconocía todo, sin corregir nada. Su difunto esposo había intentado reformar el abuso de este modo, y había discutido todo lo que le dio la gana hasta que reconvino con una muerte prematura; y el funeral se retrasó todo el día, hasta que se consiguió un nuevo director de pompas fúnebres, pues el que estaba dispuesto en un principio se había comprometido en tono de confianza a almohazar a la vaca a petición de la viuda.

Desde ese momento mi tía Patience no estaba en el merca-do matrimonial; el amor a esa vaca había usurpado en su corazón el lugar de un afecto más natural y ventajoso. Pero cuando vio sus semillas sin sembrar, sus cosechas sin recoger, sus cercas cubiertas de zarzas y sus prados repletos de los altísimos cardos de Canadá, pensó que lo mejor era tomar esposo.

Cuando se supo que mi tía Patience pretendía matrimonio hubo un intenso alboroto popular. Todos los varones adultos se convirtieron enseguida en hombres casaderos. Las estadísticas criminales del condado de Badger muestran que sólo en aquel año tuvieron lugar más matrimonios que en cualquier década antes o después. Pero ninguno de ellos era el de mi tía. Los hombres se casaban con sus cocineras, con sus lavanderas, con las madres de sus esposas muertas, con las hermanas de sus enemigos -se casaban con quienquiera que se quisiera casar; y cualquier hombre que, por medios rectos o noviazgo, no pudiera conseguir esposa acudía a un juez de paz y hacía una declaración jurada afirmando que tenía algunas esposas en Indiana. Tal era el temor de casarse en vida con mi tía Patience.

Ahora bien, por lo que respecta al afecto de mi tía ella era, como el lector ya habrá supuesto, una mujer bastante resuelta; y dado que la extraordinaria epidemia casamentera no había dejado sino un varón elegible en todo aquel condado, ella había puesto su corazón en aquel varón elegible; después fue y lo trajo con alguna dificultad a su hogar. Resultó ser un alto párroco metodista de nombre Huggins.

Aparte de su longitud desmedida, el pastor Berosus Huggins no era tan mal tipo, y no se dejaba engañar por nadie. Sin embargo, supongo que era el mortal más feo en toda la mitad norte de América -con su semblante delgado, anguloso, cadavérico e irracionalmente solemne. Por lo general llevaba un sombrero negro de copa baja, tan profundamente encasqueta-do en la cabeza que le eclipsaba parcialmente los ojos y le oscurecía totalmente la amplia gloria de los oídos. El otro único artículo visible de su indumentaria (exceptuando un par de botas de piel de vaca arrugada, por las cuales la palabra "limpiar" podría ser considerada el fragmento insignificante de un idioma perdido) era una levita negra muy ceñida, preternaturalmente larga en el talle, cuyos faldones le caían sobre los talones, absorbiendo el rocío. Siempre la llevaba perfectamente abotonada desde el cuello hacia abajo. De esta manera vestido se parecía bastan-te a un espectro. Su aspecto era tan claramente antinatural e inhumano que siempre que entraba a un maizal, los grajos abandonaban temporalmente su tarea para posarse sobre él en bandadas, luchando por los mejores puestos a lo largo de su persona, declarando así su desprecio por los débiles inventos del granjero.

El día después de la boda mi tía Patience llamó al pastor Berosus a la sala de consejo, y abrió su mente con el siguiente propósito:

"Pues bien, Huggy, querido, te diré lo que hay que hacer con respecto a la casa. En primer lugar, debes arreglar todas las cercas, quitando las malas hierbas y reprimiendo las zarzas con mano dura. Después tienes que exterminar los cardos de Canadá, arreglar el carro, reparar un arado o dos, y en general poner todas las cosas en orden. Esto te impedirá hacer travesuras durante casi dos años; por supuesto tendrás que dejar de predicar, de momento. Tan pronto como tú -¡Oh! olvidaba a la pobre Phoebe. Ella"-.

"Sra. Huggins," interrumpió su solemne esposo, "espero ser el medio, según la Divina Providencia, que lleve a cabo todas las reformas necesarias en el gobierno de esta granja. Pero la hermana que tú mencionas (confío en que no sea de la gente mundana) -.tengo el placer de conocerla? De hecho, el nombre suena familiar, pero-".

"¡No conoces a Phoebe!" gritó mi tía, con verdadero asombro; "creía que todo el mundo en Badger conocía a Phoebe. ¡Pues tendrás que rascar sus patas todas las benditas mañanas de tu vida!".

"Te aseguro, señora," contestó dignamente el pastor Berosus, "que me produciría un santo placer satisfacer las necesidades espirituales de la hermana Phoebe, hasta lo que alcanza mi capacidad débil e indigna; pero, realmente, me temo que el servicio meramente secular del que tú hablas debe ser confiado a manos más habilidosas y, sugeriría con todo respeto, femeninas".

"¡Cómo, vieeeejo tooooonto!" contestó mi tía, abriendo sus ojos con infinita sorpresa, "¡Phoebe es una vaca!".

"En ese caso," dijo el marido, con serenidad imperturbable, "desde luego que me tocará a mí comprobar que su bienestar carnal está debidamente atendido; y estaré feliz de dedicar a sus patas tanto tiempo como pueda arrebatar, sin pecar, a mi lucha contra Satán y los cardos de Canadá".

Dicho esto el pastor Sr. Huggins apretó el sombrero contra los hombros, pronunció una breve bendición sobre su novia, y se dirigió al corral.

Ahora bien, es necesario explicar que él sabía desde el principio quién era Phoebe, y estaba familiarizado, de oídas, con todas sus cualidades pecaminosas. Además, se había hecho a sí mismo el honor de hacerle una visita, permaneciendo cerca de su persona, pero fuera de su alcance, durante más de una hora y dejando que ella lo examinara con calma desde todas las cuartas de la brújula. En resumen, él y Phoebe se habían explorado mutuamente y se habían preparado para la acción.

Entre los artículos de confort y lujo que fueron a componer la dote del buen pastor, y que su esposa había hecho que fuese transportada a su nuevo hogar, estaba una bomba patentada hecha de hierro fundido de unos siete pies de altura. Ésta había sido depositada cerca del corral, con miras a ser bien colocada sobre el tablaje que había encima del corral. El Sr. Huggins buscaba ahora este invento y transportándolo a su destino lo colocó en posición, atornillándolo con firmeza a las tablas. Después se despojó de su larga gabardina y del sombrero, abotonando la primera holgadamente sobre la bomba, a la que casi ocultaba, y colgando el último de la cima de la estructura. La palanca de la bomba, cuando era presionada, se torcía por fuera entre los faldones de la levita, extrañamente como una cola, pero contando con esta excepción apenas visible, cualquier observador imparcial hubiera declarado que aquello era el Sr. Huggins, con una apariencia extraordinariamente buena.

Terminados los preparativos, el buen hombre cerró con cuidado la puerta del corral, sabiendo que tan pronto como Phoebe, que estaba luchando en el huerto, notara la precaución vendría y entraría brincando para frustrarla, lo cual al finalhizo. Su dueño, mientras tanto, se había tumbado, sin levita y sin sombrero, a lo largo del exterior de la cercana valla de tablas, donde pasó el tiempo de manera muy agradable, cogiendo un catarro de muerte y mirando a través de un agujero en la madera.

Al principio, y durante un rato, el animal fingía que no veía a la figura sobre la plataforma. De hecho le volvió el lomo en cuanto llegó, simulando un sueño ligero. Al descubrir que esta estratagema no alcanzaba el éxito que ella esperaba, la abandonó y permaneció varios minutos indecisa, rumiando de una manera poco entusiasta, pero obviamente dándole muchas vueltas a la cabeza. Después empezó a olfatear por el suelo como si estuviera totalmente absorta en la búsqueda de algo que había perdido, virando aquí y allí, pero cada vez acercándose más al objeto de su perverso propósito. Al llegar a la distancia del habla, se quedó quieta durante un momentito haciendo frente a la figura fraudulenta, después alargó el hocico hacia ella, como para que la acariciara, intentando dar la impresión de que las caricias y la diversión eran más para ella que la riqueza, el poder y los aplausos del populacho -a lo que la habían acostumbrado toda su dulce juventud y sin lo cual no podía seguir. Entonces se aproximó un poco más, como para estrechar la pata, manteniendo todo el tiempo la expresión más amable en el rostro y realizando todo tipo de seductores saludos, guiños y sonrisas. De pronto dio una vuelta en torno y con la rapidez del relámpago descargó una terrible coz -una coz de fuerza y furia inconcebibles, incomparable a nada en la naturaleza excepto a ¡un relámpago procedente de un cielo claro!

¡El efecto fue mágico! Las vacas cocean no hacia atrás sino de lado. El impacto que estaba destinado a golpear terrible-mente al falso teólogo, reaccionó sobre el propio animal, y eso y el dolor juntos hicieron que ella girara como una peonza. Tal era la velocidad de su rotación que parecía una confusa vaca circular, rodeada por un anillo continuo como el del planeta Saturno -¡el mechón blanco del extremo de aquel rabo que arrastraba todo! Luego, a la vez que la ininterrumpida fuerza centrífuga disminuía y se debilitaba, empezó a tambalearse y a perder el equilibrio, y finalmente, cayendo de lado, rodó sobre su lomo y se quedó inmóvil con todas sus patas en el aire, creyendo francamente que de alguna manera el mundo se había colocado encima de ella y que lo sostenía a costa de su comodidad personal. Después perdió el conocimiento.

Cuánto tiempo permaneció inconsciente nunca lo supo, pero por fin vino en sí, y viendo la puerta abierta de su establo, "más dulce que todo el cercano paisaje que le sonreía", avanzó como pudo, vacilando sobre las tres patas, se restregó los ojos, y se sintió claramente desconcertada sobre las cuartas de la brújula. Al observar que el clérigo de hierro se aferraba firmemente a su fe, ella le lanzó una mirada de doloroso reproche y la vaca subyugada se fue cojeando acongojada a su humilde habitáculo.

Durante varias semanas la pata trasera derecha de Phoebe estuvo hinchada hasta aumentar monstruosamente, pero tras un período de acertados cuidados ella "volvió en sí perfecta-mente", como su compadecida y confundida dueña expresaba, o "se recuperó totalmente", como el reservado hombre de Dios prefería decir. Ahora era tan dócil e inofensiva "en su paseo y conversación diarios" (Huggins) como un niño pequeño. Su nuevo amo solía poner la pata enferma en sus rodillas, y si vamos a eso, podía habersela llevado a la boca si lo hubiera deseado. Todo su carácter parecía haber cambiado radicalmente -cambió tanto que un día mi tía Patience, quien, aunque la que-ría tanto, nunca antes se había atrevido a tocar el dobladillo de su vestido, como si dijeramos, se acercó a ella con toda confianza para aliviarla con una cazuela de nabos. ¡Caramba! ¡de qué modo tan fino esparció a aquella buena anciana sobre la superficie de un muro de piedra contiguo! No se podría haber conseguido que quedara tan uniforme con una llana.

EL VIUDO TURMORE

Las circunstancias en las que Joram Turmore llegó a convertirse en viudo no se han comprendido nunca de modo general. Yo las conozco, naturalmente, porque soy Joram Turmore; y mi esposa, la difunta Elizabeth Mary Turmore, no las ignora en absoluto; pero aunque ella indudablemente las cuente, todavía son un secreto, puesto que ni una sola alma la cree.

Cuando me casé con Elizabeth Mary Johnin ella era muy rica; de otro modo yo difícilmente hubiera podido permitirme el lujo de casarme, ya que no tenía un centavo, y el Cielo no había depositado en mi corazón ninguna intención de ganar uno. Yo ocupaba la Cátedra de Gatos en la Universidad de Graymaulkin, y las actividades escolares me habían inhabilitado para la pasión y el peso de los negocios o del trabajo. Además, no podía olvidar que era un Turmore -miembro de una familia cuyo lema desde la época de Guillermo de Normandía es Laborare est errare[29]. La única infracción conocida de la sagrada tradición familiar sucedió cuando Sir Aldebaran Turmore de Peters-Turmore, un ilustre y experto ladrón del siglo diecisiete, asistió personal-mente a una difícil operación emprendida por algunos de sus trabajadores. Esa mancha en nuestro honor no se puede con-templar sin la más profunda mortificación.

Mi posesión de la Cátedra de Gatos en la Universidad de Graymaulkin no se había distinguido, desde luego, por ningún ejemplo de acción mezquina. Nunca había habido, al mismo tiempo, más de dos estudiantes de la Noble Ciencia, y solamente repitiendo las conferencias manuscritas de mi predecesor, las cuales había encontrado entre sus efectos (murió en el mar de camino a Malta), podía saciar suficientemente su hambre de conocimiento sin incluso merecer realmente la distinción que servía en lugar de un sueldo.

Naturalmente, en la necesidad, consideraba a Elizabeth Mary como una clase de Providencia especial. Ella imprudente-mente no quería compartir su fortuna conmigo, pero eso no me preocupaba; pues, aunque según las leyes de ese país (como es bien conocido) la esposa disfruta de separación de bienes en vida, pasan al marido cuando ella muere; y ella no puede decidir a voluntad sobre ellos de otro modo. La mortalidad de las esposas es considerable, pero no excesiva.

Al haberme casado con Elizabeth Mary y, por así decirlo, haberla ennoblecido convirtiéndola en una Turmore, sentía que la forma de su muerte debería, hasta cierto punto, estar a tono con su distinción social. Si yo acababa con ella a través de los métodos matrimoniales ordinarios, incurriría en una justa tacha, como al que despojan del propio orgullo familiar. Pero no podía dar con un plan adecuado.

Ante la necesidad decidí consultar los archivos Turmore, una colección de documentos que no tiene precio, la cual comprende los archivos de la familia desde la época de su fundador en el siglo diecisiete de nuestra era. Yo sabía que entre estos sagrados documentos encontraría informes detallados de todos los principales asesinatos cometidos por mis ancestros, que en santa gloria estén, durante cuarenta generaciones. A partir de aquel montón de papeles no fracasaría en la obtención de las sugerencias más valiosas.

La colección contenía también reliquias muy interesantes. Había patentes de nobleza concedidas a mis antepasados por las atrevidas y hábiles eliminaciones de pretendientes a tronos, u ocupantes de ellos; estrellas, cruces y otras condecoraciones daban fe de servicios

[29] Aforismo latino cuya traducción al español es trabajar es errar.

del carácter más secreto e indescriptible; diversos regalos de los grandes conspiradores del mundo representaban un valor financiero intrínseco que sobrepasaba todo cálculo. Había trajes, joyas, espadas de honor, y toda clase de "testimonios de estima"; la calavera de un rey labrada en una copa de vino; las escrituras titulares de inmensas propiedades, hace tiempo enajenadas por confiscación, venta, o abandono; un luminoso breviario que había pertenecido a Sir Aldebaran Turmore de Peters-Turmore de infausto recuerdo; las orejas embalsamadas de los enemigos más célebres de la familia; el intestino delgado de cierto indigno estadista italiano contrario a los Turmores, el cual, trenzado en una cuerda de saltar, había sido útil a los jóvenes de seis generaciones de parientes -recuerdos y recuerdos preciosos más allá de lo que la imaginación puede estimar, pero según los mandatos de la tradición y el sentimiento jamás transferibles mediante venta o donación.

Como cabeza de familia, yo era el custodio de todas estas reliquias sin precio, y para mayor seguridad había construido en el sótano de mi vivienda una cámara acorazada de mampostería maciza, cuyos sólidos muros de piedra y única puerta de hierro podían desafiar igualmente un temblor de tierra, los ataques incansables del Tiempo, y la mano atroz de la Codicia.

Ahora yo acudía a este tesoro del alma, perfumado de sentimiento y ternura, y rico en sugerencias criminales, en busca de instrucciones para el asesinato. Para mi sorpresa y horrible pesar ¡la encontré vacía! Todas las estanterías, todas las arcas, todos los cofres habían sido desvalijados. ¡No quedaba ni un solo resto de aquella única e incomparable colección! Sin embargo comprobé que hasta que yo había abierto la sólida puerta de metal, ningún cerrojo ni ninguna tranca habían sido manipulados; los sellos de la puerta estaban intactos.

Pasé la noche alternativamente lamentándome e investigando, sin obtener ningún resultado; el misterio era impenetrable hasta la conjetura, el bálsamo no mitigaba el dolor. Pero ni una vez a lo largo de aquella espantosa noche mi ánimo firme abandonó el importante plan contra Elizabeth Mary, y el alba me encontró más resoluto que antes a recoger los frutos de mi matrimonio. Mi gran pérdida parecía que me relacionaba más espiritualmente con mis antepasados muertos, y que depositaba sobre mí una nueva y más inevitable obediencia a la persuasión que hablaba en cada glóbulo de mi sangre.

Pronto se formó mi plan de acción, y tras conseguir una cuerda gruesa, entré en el dormitorio de mi esposa, hallándola, como esperaba, sumida en un profundo sueño. Antes de que se despertara, la había atado con firmeza por las manos y los pies. Ella estaba muy sorprendida y afligida, pero sin hacer caso a sus protestas, pronunciadas en un tono alto, la llevé a la cámara acorazada ahora desvalijada, a la cual nunca le había permitido entrar, y de cuyos tesoros nunca la había informado. Sentándola, todavía atada, en un ángulo de la pared, pasé los dos siguientes días y noches trayendo ladrillos y mortero al lugar, y en la mañana del tercer día la había emparedado completamente desde el suelo hasta el techo. Durante todo este tiempo no presté más atención a sus peticiones de clemencia que (bajo promesa de no resistencia, que tengo que decir que honradamente cumplió) a la concesión de libertad de miembros. El espacio permitido para ella era de aproximadamente cuatro por seis pies. A la vez que yo insertaba los últimos ladrillos del remate, en contacto con el techo de la cámara, ella se despidió de mí con lo que juzgué la serenidad de la desesperación, y descansé de mi trabajo, sin-tiendo que 'había cumplido fielmente con las tradiciones de una antigua e ilustre familia. Mi única amarga reflexión, por lo que se refería a mi propia conducta, procedía de la consciencia de que en la ejecución de mi plan había trabajado; pero esto ningún alma viva jamás lo sabría.

Después de una noche de descanso acudí al Juez del Tribunal de Sucesiones y Herencias e hice una relación verídica y jurada de todo lo que había llevado a cabo -excepto que atribuí a un criado el trabajo manual de la construcción del muro. El señor juez designó un comisario del tribunal, quien realizó un cuidadoso examen de la obra, y tras su informe

Elizabeth Mary Turmore, al cabo de una semana, fue declarada muerta. Según el debido proceso legal pasé a poseer sus bienes, y aunque estos no eran ni por cientos de miles de dólares tan valiosos como mis tesoros perdidos, me alzaron de la pobreza a la riqueza y me trajeron el respeto de los grandes y los buenos.

Unos seis meses después de estos acontecimientos me llegaron extraños rumores de que el fantasma de mi esposa muerta había sido visto en varios lugares del país, pero siempre a una distancia considerable de Graymaulkin. Estos rumores, sobre los que no pude averiguar dónde se originaron con autenticidad, se diferenciaban ampliamente en muchos detalles, pero eran semejantes en atribuir a la aparición un cierto alto grado de evidente prosperidad mundana combinada con un descaro muy infrecuente entre fantasmas. No sólo se vestía el espíritu con prendas suntuosas, sino que andaba a mediodía, e ¡incluso conducía! Yo estaba inefablemente molesto por estas noticias, y pensando que podría haber algo más que superstición en la creencia popular de que sólo los espíritus de los muertos insepultos todavía vagan por la tierra, llevé a algunos trabajadores equipados con picos y palancas a la cámara acorazada desde hacía tiempo inviolada, y les ordené que derribaran la pared de ladrillo que yo había construido en torno a la socia de mis alegrías. Yo estaba resuelto a ofrecer al cuerpo de Elizabeth Mary tal entierro como juzgué que su parte inmortal estaría dispuesta a aceptar como equivalente al privilegio de vagar a voluntad entre las guaridas de los vivos.

En unos pocos minutos habíamos derribado el muro e, introduciendo una lámpara a través de la abertura, miré en el interior. ¡Nada! Ni un hueso, ni un mechón de pelo, ni un jirónde su ropa -¡el reducido espacio que, en mi afidávit[30], había sido legalmente declarado como el continente de todo lo que era mortal de la difunta Sra. Turmore estaba absolutamente vacío! Esta asombrosa revelación, que sobrevenía a una mente ya nerviosísima por demasiados misterios y emociones, era más de lo que yo podía soportar. Grité en voz alta y me dio un ataque. Durante meses después estuve entre la vida y la muerte, febril y delirante; no me recuperé hasta que mi médico había tenido la previsión de coger una maleta de valiosas joyas de mi caja de caudales y abandonar el país.

Al verano siguiente tuve que visitar mi bodega, en un ángulo de la cual había construido la cámara acorazada ahora abandonada desde hacía tiempo. Al mover un tonel de Madeira lo golpeé con considerable fuerza contra la pared que actuaba como tabique, y me asombré al observar que desplazaba dos grandes piedras cuadradas que formaban parte de la pared.

Aplicando las manos a éstas, las empujé completamente hacia afuera con facilidad, y mirando a través ví que habían caído en el nicho en el que yo había emparedado a mi lamentada esposa; frente a la brecha que su caída dejó, y a una distancia de cuatro pies, se hallaba el enladrillado que mis propias manos habían hecho para el control de aquella desgraciada dama. Ante esta significativa revelación emprendí un registro de la bodega. Detrás de una fila de toneles encontré cuatro objetos históricamente interesantes pero sin valor intrínseco:

En primer lugar, los restos mohosos de un manto ducal de ceremonia (florentino) del siglo once; en segundo lugar, un breviario de vitela[31] luminoso con el nombre de Sir Aldebaran Turmore de Peters-Turmore inscrito en colores sobre la página donde se halla el título; en tercer lugar, una calavera humana labrada en una copa para beber y completamente manchada de vino; en cuarto lugar, la cruz de hierro de un Caballero Comandante de la Orden de Envenenadores del Imperio Austríaco.

Eso era todo -ningún objeto tenía valor comercial, no había papeles- nada. Pero esto era suficiente para aclarar el misterio de la cámara acorazada. Mi mujer pronto había adivinado la existencia y propósito de ese aposento, y con una habilidad equivalente al genio había efectuado una entrada aflojando las dos piedras del muro.

[30] Afidávit es un término legal que designa la declaración jurada hecha ante una autoridad; en especial la que hacen los súbditos extranjeros de los títulos que poseen de la deuda de un país.
[31] Vitela es la piel de vaca o ternera, adobada y muy pulida, sobre todo la que sirve para pintar o escribir.

A través de esa brecha había robado en determinados momentos la colección entera, la cual indudablemente había conseguido convertir en moneda del reino. Cuando con justicia inconsciente, que me priva de cualquier satisfacción en mi recuerdo, decidí emparedarla, seleccioné, por alguna fatalidad maligna, aquella parte en la que estaban estas piedras movibles, y sin duda antes de que yo hubiera acabado por completo mi obra de albañilería ella las había quitado y, deslizándose hasta la bodega, las colocó nuevamente como estaban en su origen. Desde la bodega había escapado fácilmente sin ser vista, para disfrutar de sus infames ganancias ilícitas en lugares distantes. He procurado conseguir una orden judicial, pero el Ilustrísimo Barón del Tribunal de Acusación y Condena me recuerda que ella está legalmente muerta, y dice que mi único camino es ir ante el Maestro de Cadáveres y gestionar un mandato legal de desenterramiento y resurrección constructiva. Así que parece que he de sufrir sin remedio este gran agravio a manos de una mujer desprovista tanto de principios como de vergüenza.

EL SALTO MORTAL DEL SR. SWIDDLER

Jerome Bowles (decía el caballero llamado Swiddler) había de ser ahorcado el viernes, nueve de noviembre, a las cinco de la tarde. Esto iba a tener lugar en la ciudad de Flatbroke, donde por aquel entonces él estaba encarcelado. Jerome era amigo mío, y naturalmente yo no estaba de acuerdo con el jurado que lo había condenado en cuanto al grado de culpa presupuesto por el hecho confesado de que había disparado a un indio sin provocación directa. Tras su juicio yo había estado procurando influir en el Gobernador del Estado para que le concediera el perdón; pero el sentimiento público estaba en mi contra, hecho que yo atribuía en parte a la innata terquedad del pueblo, y en parte a la reciente fundación de iglesias y escuelas que habían corrompido las nociones primitivas de una comunidad fronteriza. Pero trabajé duro e incansablemente por cualquier tipo de medios directos e indirectos durante todo el período en el que Jerome estuvo condenado a muerte; y en la mañana del día señalado para la ejecución, el Gobernador me llamó, y diciendo que "él no tenía intención de preocuparse por mis importunidades todo el invierno", me entregó el documento que tan a menudo había rechazado.

Armado con este precioso papel, fui volando hasta la oficina de telégrafos para enviar un mensaje al Sheriff de Flatbroke. Me encontré con que el operador estaba poniendo la llave a la puerta de la oficina y cerrando del todo. Le supliqué en vano; dijo que iba a ver el ahorcamiento, y que realmente no tenía tiempo para enviar el mensaje. He de explicar que Flatbroke estaba a quince millas de distancia; yo estaba entonces en Swan Creek, la capital del estado.

Como el operador era inexorable, salí corriendo hacia la estación de ferrocarril para comprobar a qué hora partía el primer tren para Flatbroke. El encargado de la estación, tranquila y cortésmente malévolo, me informó de que a todos los empleados del ferrocarril se les había dado un día de vacaciones para ver el ahorcamiento de Jerome Bowles, que se habían ido ya en un tren de madrugada, y que no habría otro tren hasta el día siguiente.

Yo estaba ahora furioso, pero el encargado de la estación me echó discretamente, cerrando las puertas. Fui deprisa hacia la caballeriza de alquiler más cercana. ¿Por qué prolongar mi carrera de contratiempos? No pude obtener un sólo caballo en aquella ciudad; ninguno estaba libre desde hacía semanas con el fin de llevar a la gente al ahorcamiento. Eso es lo que todos decían, al menos, aunque ahora sé que había una perversa conspiración para frustrar los límites de la misericordia, ya que el asunto del perdón se había divulgado.

Eran ahora las diez en punto. Sólo tenía siete horas para recorrer las quince millas a pie; pero yo era un excelente andarín y estaba completamente enojado; no había duda de mi habilidad para cubrir la distancia con una hora de sobra. La vía férrea ofrecía la mejor oportunidad; se extendía en línea recta como una cuerda a través de una llanura uniforme y sin árboles, mientras que el camino hacía un amplio rodeo al pasar por otra ciudad.

Emprendí la marcha como un Modoc en la senda de la guerra. Antes de que hubiera caminado media milla me alcanzó "Ese Jim Peasley", como lo llamaban en Swan Creek, un bromista incurable, amado y evitado por todos los que lo conocían. Me preguntó mientras se acercaba si "iba al espectáculo". Pensando que lo mejor era disimular, le dije que así era, pero no le hablé para nada de mi intención de detener la ejecución; pensé que sería una lección para Ese Jim permitirle caminar quince millas para nada, ya que era evidente que iba también. Sin embargo, yo deseaba que él fuera delante o que se quedara atrás. Pero él no podía hacer lo primero muy bien, y no haría lo último; así que continuamos caminando juntos.

Era un día nuboso y muy bochornoso para esa época del año. La vía férrea se extendía ante nosotros, entre su doble fila de postes telegráficos, con una severa uniformidad,

terminando en un punto del horizonte. Por cualquier lado la desalentadora monotonía de la llanura era continua.

No obstante, yo pensaba poco en estas cosas, pues mi exaltación mental era insensible a la influencia deprimente del paisaje. Estaba a punto de salvar la vida de mi amigo -de devolver un experto tirador a la sociedad. De hecho apenas pensaba en Ese Jim, cuyos tacones pulverizaban la dura grava muy cerca de mí, excepto cuando él estimaba conveniente exponer de vez en cuando la pregunta sentenciosa, y yo juzgaba irónica,"¿Cansado?" Por supuesto que lo estaba, pero hubiera preferido morir antes que confesarlo.

Habíamos caminado así, aproximadamente la mitad del trayecto, probablemente en mucho menos de la mitad de las siete horas, y estaba yo tomando aliento, cuando Ese Jim rompió el silencio de nuevo.

"Antes dabas saltos en un circo, ¿verdad?"

¡Era verdad! en una época de depresión pecuniaria una vez tuve que colocar las piernas en el estómago -convertí mis dotes atléticas en ventaja económica. No era un tema agradable, y no dije nada. Ese Jim continuó:

"¿No te gustaría hacer ahora a un socio un salto mortal, eh?"

El tono burlón de esta mofa era intolerable; ese tipo me consideraba evidentemente "rendido", así que tomando una corta carrerilla puse las manos sobre los muslos y ¡realicé un salto mortal tan bonito como jamás fue hecho sin trampolín! Al momento me puse derecho con la cabeza todavía dando vueltas. Sentí que Ese Jim pasaba atropelladamente por delante de mí, dándome una vuelta que casi me envía fuera del camino. Un momento después él había avanzado a un paso tremendo, riéndose burlonamente por encima del hombro como si hubiera hecho algo extraordinariamente ingenioso para tomar la delantera.

Yo le pisé los talones en menos de diez minutos, aunque he de confesar que el hombre sabía caminar asombrosamente. En media hora lo había adelantado, y al cabo de una hora llevaba un paso tan fulminante que él era un mero punto negro a mis espaldas, y parecía estar sentado en uno de los carriles, total-mente agotado.

Liberado del Sr. Peasley, comencé naturalmente a pensar en mi pobre amigo en la cárcel de Flatbroke, y se me ocurrió que algo podría suceder para apresurar la ejecución. Yo conocía el sentimiento del país en su contra, y que muchos acudirían allí desde lejos quienes desearían lógicamente llegar a casa antes del anochecer. No podía evitar reconocer que las cinco en punto era irrazonablemente tarde para un ahorcamiento. Torturado por estos temores, incrementé inconscientemente mi marcha a cada paso, hasta que casi era una carrera. Me desprendí del abrigo y lo tiré, abrí el cuello, y desabotoné el chaleco. Y por fin,
resoplando y echando vapor como una locomotora, irrumpí violentamente en medio de una escasa multitud de gandules a las afueras de la ciudad, y floreció el perdón locamente encima de mi cabeza, al gritar, "¡Bajadlo! -¡bajadlo!"

Después, como todo el mundo observaba con profundo asombro y nadie decía nada, tuve tiempo de mirar en torno, maravillándome de la apariencia extrañamente familiar de la ciudad. A la vez que miraba, las casas, calles, y todo parecía experimentar una repentina y misteriosa transposición respecto a las cuartas de la brújula, como girando sobre un eje; y al igual que el que se despierta de un sueño me encontré entre escenarios habituales. Para hablar sin rodeos, había regresado de nuevo a Swan Creek, ¡tan claro como el agua!

Fue todo obra de Ese Jim Peasley. El intrigante pícaro me había provocado para dar un salto mortal desconcertante, después chocó contra mí, dándome un medio giro, y emprendió el trayecto de regreso, incitándome de este modo a engancharlo en la misma dirección. El día nuboso, las dos líneas de postes tele-gráficos, una a cada lado del camino, la total monotonía del paisaje a derecha e izquierda -todos estos habían conspirado para impedir que yo observara que había cambiado de dirección.

Cuando el tren de recreo regresó de Flatbroke aquella tarde a los pasajeros se les narró un cuentecito a mi costa. Era justo lo que necesitaban para animarse un poquito después de lo que habían visto; pues mi salto mortal ¡había roto el cuello de Jerome Bowles a siete millas de distancia!

EL CUENTECITO

DRAMATIS PERSONE - Un director supernumerario. Un colaborador en período de prueba.

ESCENA - La oficina de "The Expounder"[32].

COLABORADOR EN PERÍODO DE PRUEBA-¿Está el director?

DIRECTOR SUPERNUMERARIO-Estoy muerto.

C.P.P.-Los dioses me favorecen. (Saca un rollo manuscrito.) Aquí hay un cuentecito, que voy a leerle.

D.S.-¡Oh, oh!

C.P.P.-(Lee.) "Era la última noche del año -una noche revoltosa, nociva y ofensiva. En la calle principal de San Francisco"-.

D.S.-¡Maldito San Francisco!

C.P.P.-Tenía que suceder en algún lugar. (Lee.)

"En la calle principal de San Francisco había una pequeña huérfana, observando el tiempo como un voluntario. Sus piececitos descalzos estampaban besos helados sobre las losas cuando ella los ponía en tierra y los levantaba alternativamente. La lluvia congelante se divertía con su cuero cabelludo, y jugaba tontamente con su pelo -su propio pelo. El viento nocturno exploraba con sagacidad sus harapos, como si sospechara que hacía contrabando. Ella veía a multitud de gente de aspecto resuelto que se arruinaba horriblemente con juguetes y dulces para los seres queridos de sus hogares, y deseaba estar en su lugar para arruinarse un poco -sólo un poco. Después, cuando el feliz tropel había pasado a su lado a toda velocidad con montones de cosas para que los niños enfermaran, se inclinaba contra una farola de hierro delante de una panadería y encendía la mala envidia. Pensaba, pobre criatura, que le gustaría ser un pastel -pues esta niñita tenía de veras mucho hambre. Luego lo intentaba otra vez, y se imaginaba que le gustaría ser una tarta con fruta troceada por dentro; entonces estaría caliente todos los días y nadie la comería. Pues la niña tenía frío además de hambre. Finalmente, ella se esforzó bastante, y pensó que podría estar muy contenta como horno; pues entonces se la mantendría siempre caliente, y los panaderos le introducirían todo tipo de cosas buenas con una pala larga."

D.S.-He leído eso en alguna parte.

C.P.P.-Es muy probable. Este cuentecito no ha sido jamás rechazado por ningún periódico al que se lo he ofrecido. Es más perfecto, también, cada vez que lo escribo. Cuando

[32] En este relato los nombres de los periódicos o revistas tienen que ver, en su mayor parte, con el contenido de la narración, y, por eso, traduciremos esos nombres en las notas a pie de página. En el caso que nos ocupa expounder es aquel que cuenta y explica algo muy detalladamente.

apareció por primera vez en Veracityo[33] el director dijo que le costó cien suscriptores. ¡Preste pues atención a la mejora! (Lee.)

"Las horas se deslizaron -excepto unas pocas que se congelaron en el pavimento- hasta la medianoche. Las calles estaban ahora desiertas, y como el almanaque había pronosticado luna nueva en torno a esta época, las farolas habían sido apagadas a conciencia. De repente un gran globo sonoro cayó desde la torre de una iglesia adyacente, y explotó en la noche con un estruendo metálico. Entonces todos los relojes y campanas comenzaron a tocar el Año Nuevo -bombardeando y causando estrépito y gritando y rematando a todos los nerviosos pospuestos desde el domingo precedente. La huerfanita se despertó de su sueño, dejando un pedacito de piel sobre la deslustrada farola, apretó sus delgadas manos azules y miró hacia arriba, 'con una loca inquietud,"'-

D.S.-En The Monitor[34] decía "con ojos codiciosos".

C.P.P.-Lo sé; no había leído a Byron entonces. Un perro listo, Byron. (Lee.)

"En ese momento una tarta de arándanos agrios cayó a sus pies, aparentemente desde las nubes."

D.S.-¿Y qué pasa con los ángeles?

C.P.P.-El director de Good Will[35] los suprimió. Dijo que San Francisco no era lugar para ellos; y no creo-.

D.S.-¡Vamos, vamos! No importa. Continúe con el cuentecito.

C.P.P.-(Lee.) "Mientras ella se inclinó para recoger la tarta un bocadillo de ternera bajaba a gran velocidad, y abofeteó una de sus orejas. Después esquivó con agilidad un pan de trigo, y luego un gran jamón cayó torpemente sobre los dedos de sus pies. Un saco de harina se reventó en medio de la calle; una loncha de tocino quedó atravesada en una señal de hierro. Poco después una ristra de salchichas se posó en círculo alrededor de ella, aplastándose como si una apisonadora hubiera pasado por encima. Tras esto llegó la calma -nada bajó excepto pescado seco, fríos puddings y ropa interior de franela; pero en ese momento sus deseos empezaron a hacer efecto otra vez, y un cuarto de carne de vaca descendió con tremendo ímpetu sobre la cabeza de la huerfanita."

D.S.-¿Y que le pareció ese cuarto de carne de vaca al director de The Reasonable Virtues[36]?

C.P.P.-Oh, se lo tragó como un hombrecito, y lo introdujo en unos pocos cerdos adobados suyos. Los he omitido, porque no quiero intrusos que alteren el Cuentecito. (Lee.)

"Se podría pensar que era suficiente; pero no. Ropa de cama, zapatos, mantequilla, enormes quesos, ristras de cebollas, cantidades de mermelada a granel, barriletes de ostras, pollos titánicos, cajones repletos de vajillas y artículos de vidrio, cosas variadas para el gobierno de la casa, fogones para cocinar, y montones de carbón llovían en amplias cataratas

[33] Veracidad.
[34] Monitor es el receptor.
[35] Buena voluntad.
[36] Las virtudes razonables.

desde un cielo generoso, apilándose por encima de aquella niña hasta una profundidad de veinte pies. El tiempo tardó más de dos horas en despejar; y a las tres y media una pesada mole[37] de azúcar golpeó la esquina de las calles Clay y Kearney, con un impacto que estremeció la península como un terremoto y paró todos los relojes de la ciudad.

"Al amanecer los buenos comerciantes llegaron a la escena con palas y carretillas, y antes de que el sol del año nuevo cumpliera una hora de edad, se habían abastecido con todas estas provisiones -las habían escondido en sus bodegas, y las habían colocado muy bien en sus estantes, listas para ser vendidas a los dignos pobres."

D.S.-Y la niña pequeña -¿qué fue de ella?

C.P.P.-Usted no debe adelantarse al Cuentecito. (Lee.)

"Cuando ellos llegaron a donde se hallaba la malvada huerfanita que no se había contentado con su lote alguien trajo una escoba, y fue con cuidado barrida y retirada. Después la levantaron tiernamente, y la llevaron ante el juez de primera instancia. Aquel funcionario estaba de pie en la puerta de su oficina, y con un movimiento de la mano que indicaba desaprobación, dijo al hombre que la traía:

"Vamos, márchese, buen hombre; vino un tipo aquí tres veces ayer que intentó venderme justamente este mapa."

[37] Hemos empleado mole para la traducción del término hogshead, que designa una medida de capacidad equivalente a 52,5 galones o, aproximadamente, 225 litros.

CORROMPIENDO A LA PRENSA

Cuando a Joel Bird se le ofreció ser gobernador de Missouri, Sam Henly dirigía el Bugle de Berrywood; y apenas se había formalizado la propuesta por la Convención Estatal cuando él se declaró acaloradamente en contra del partido. Sam era un escritor hábil y las mentiras que inventó sobre el candidato ¡eran vergonzosas! Nosotros, sin embargo, soportamos eso muy bien, pero luego Sam cambió rotundamente de política y empezó a decir la verdad. Esto ya era demasiado; el Comité del Condado celebró precipitadamente una reunión, y decidió que había que detenerlo; así que yo, Henry Barber, fui enviado para tomar medidas a ese fin. Sabía algo de Sam: lo había comprado varias veces, y estimaba su valor actual en unos mil dólares. Esta le pareció al comité una cifra razonable, y cuando se lo mencioné a Sam dijo que "él lo consideraba justo; nunca deberían decir que el Bugle era un periódico de trato difícil." No obstante, hubo algún retraso en la reunión del dinero; los candidatos para las oficinas locales no habían dispuesto todavía de sus cerdos otoñales, y se hallaban en apuros financieros. Algunos prestaron un cerdo, uno dio varios kilos de maíz[38], otro una bandada de pollos; y el hombre que aspiraba a la distinción de Juez del Condado pagó su gravamen con un carro. Estas cosas habían de ser convertidas en dinero con pérdidas ruinosas, y mientras tanto Sam seguía lanzando un incesante torrente de dardos envenenados a nuestra facción política. Nada que yo dijera le haría detenerse; contestaba invariablemente que no habría trato hasta que él tuviera el dinero. Los hombres del comité estaban furiosos; el asunto requería toda mi elocuencia para impedir que ellos declarasen el contrato nulo y sin efecto; pero finalmente me pasaron un billete de mil dólares nuevo y limpio, que con la mayor urgencia transferí a Sam en su residencia.

Aquella tarde hubo una reunión del comité: todos parecían de nuevo muy alegres, excepto Hooker of Jayhawk. Este viejo desgraciado se sentó cómodamente y movió la cabeza negativamente durante toda la sesión, y justo antes de la clausura dijo, mientras cogía el sombrero para marcharse, que quizás todo era correcto-y honesto; que puede que no hubiera embustes, pero que él tenía sus dudas -sí, él tenía sus dudas[39]. El viejo refunfuñón repitió esto hasta que me sacó de quicio más allá del límite.

"Sr. Hooker," dije, "conozco a Sam Henry desde que él estaba en la cima, y no hay hombre más honesto en el viejo Missouri. ¡La palabra de Sam Henly es tan buena como su billete! Es más, si algún caballero cree que él disfrutaría con un funeral de primera clase, y proporciona los accesorios de luto, yo facilitaré el cadáver. Y se lo puede llevar a casa consigo de esta reunión".

Llegado a este punto el Sr. Hooker estaba intranquilo por marcharse.

Al haberme quitado este asunto de mi consciencia dormí hasta tarde al día siguiente. Cuando iba por la calle ví enseguida que pasaba algo "malo". Había corrillos de gente reunidos en las esquinas, algunos leían con ansia el número de aquella mañana del Bugle, otros gesticulaban, y otros caminaban malhumorada-mente echando pestes entre dientes, no en voz alta sino grave. De pronto oí un griterío emocionado -un rugido confuso de muchos pulmones, y los pisoteos de innumerables pies. En esta babel de ruidos pude distinguir las palabras "¡Matadle!" "¡Calentadle el pellejo!" y así sucesivamente; y, mirando calle arriba, ví lo que parecía ser toda la población masculina corriendo calle abajo. Yo soy muy exaltado, y,

[38] Hemos optado por esta traducción de la frase one gave twenty bushels of corn, pues bushel es una medida anglosajona de áridos sin traducción al español. En Gran Bretaña equivale a 36,36 litros, y en Estados Unidos a 35,24 litros.
[39] Bierce reproduce coloquial y dialectalmente el habla de Hooker of Jayhawk, lo cual sorprende en un escritor que aborrece los dialectalismos y el slang. En la traducción al español se pierde ese uso original del inglés.

aunque no sabía el pelle-jo de quién tenía que ser calentado, ni por qué había que matar a alguien, salí disparado delante de las masas clamorosas gritan-do "¡Matadle!" y "¡Calentadle el pellejo!" tan alto como el que más, buscando todo el tiempo a la víctima. Bajamos la calle volando como una tormenta; después doblé una esquina, creyendo que el canalla debía haber subido por aquella calle; luego pasé como un rayo por una plaza pública; por un puente; deba-jo de un arco; finalmente regresé a la calle principal gritando como una pantera, y resuelto a matar al primer ser humano que alcanzara. La muchedumbre seguía mi iniciativa, girando cuando yo giraba, chillando cuando yo chillaba, y -de repente se me ocurrió que ¡era yo el hombre cuyo pellejo había de calentarse!

No hay necesidad de explayarse en la sensación que produjo en mí este descubrimiento; afortunadamente me encontraba a pocas yardas de las habitaciones del comité, y entré de manera precipitada en éstas, cerrando y echando el cerrojo a las puertas tras de mí, y subiendo las escaleras como un relámpago. El comité se hallaba en una sesión solemne, sentado en una hilera atractiva y uniforme en los bancos delanteros, todos con los codos sobre las rodillas, y la barbilla descansando en las palmas de las manos -pensando. A los pies de cada uno se hallaba una copia descuidada del Bugle. Todos los miembros me miraron fijamente, pero nadie se movió, nadie profirió un sonido. Había algo terrible en este silencio preternatural, y se hacía más impresionante por el ronco murmullo de la multitud en el exterior, que echaba abajo la puerta. No lo podía soportar más, pero me adelanté dando pasos largos y cogí el periódico que yacía a los pies del presidente. En la cabecera de las columnas editoriales, en letras del tamaño de media pulgada, se encontraban los siguientes asombrosos titulares:

"¡Escándalo miserable! ¡Agresiva corrupción entre nosotros! ¡Los vampiros se frustraron! ¡Henry Barber vuelve a su viejo juego! ¡La rata roe una lima! ¡Las hordas democráticas intentan no hacer caso alguno a la gente libre! ¡Vil tentativa de sobornar al director de este periódico con un billete de veinte dólares! El dinero se ha entregado al asilo de huérfanos."

No seguí leyendo, pero me quedé completamente inmóvil en el centro de la sala, y caí en un ensueño. ¡Veinte dólares! En cierto modo parecía una simple tontería. ¡Novecientos ochenta dólares! Yo no sabía que había tanto dinero en el mundo. Veinte - no, ¡ochenta y un mil dólares! Había cifras grandes y negras flotando por toda la sala. Cataratas incesantes de ellas descendían por las paredes, se paraban, y huían espantadas cuando yo las miraba, y comenzaban a ir de nuevo a toda velocidad cuan-do bajaba la mirada. De vez en cuando la cifra 20 adquiría forma en algún lugar de la habitación, y después la cifra 980 se deslizaba por encima y la cubría. Luego, como las vacas flacas del sueño de Faraón, todas se marchaban y devoraban los gruesos ceros del número 1.000. Y bailando como mosquitos en el aire había miríadas de fantasmitas con forma de caduceo[40], así $$$$$. Yo no entendía nada en absoluto, pero empecé a comprender mi posición. Directamente el viejo Hooker, sin moverse de su asiento, comenzó a apagar el ruido de innumerables pies en las escaleras elevando su delgado falsetto[41]:

"Quizás, Sr. Presidente, sea todo honesto. Sabemos que el Sr. Henly no sabe decir mentiras; pero yo dudo profundamente de que haya una remanente debida a este su comité por parte del caballero que hay en la sala -si él no os hubiera enviado a por acces... de luto - a por funerales de primera clase.[42]

---

[40] El caduceo es un atributo de Mercurio, usado hoy como símbolo del comercio; consiste en una vara lisa, con dos alas a un extremo, rodeada de dos culebras.

[41] El falsetto es la voz más aguda que la natural, ya sea al hablar o al cantar.

[42] De nuevo nos encontramos con un párrafo pronunciado por Hooker de Jayhawk, y que en el original aparece

Me sentí en ese momento como si yo mismo disfrutara interpretando el personaje principal de un funeral de primera clase. Sentía que todos en mi lugar deberían de tener un ataúd bello y cómodo, con una placa de plata, un calentador de pies, y ventanas saledizas para las orejas. ¿Cómo cree usted que se habría sentido?

El salto que di desde la ventana de la sala del comité, la velocidad en mi carrera hacia el bosque contiguo, y mi abnegación por resistirme al impulso de regresar algún día a Berrywood y cuidar de mis intereses políticos y materiales allí han sido cosas por las que he considerado siempre que había de sentirme orgulloso en justicia, y espero estar orgulloso de ellas.

cargado de coloquialismos y dialectalismos, imposibles de emular en la versión española.

UN CARGAMENTO DE GATOS

El día 16 de junio de 1874 el barco Mary Jane navegaba desde Malta excesivamente cargado de gatos. Este cargamento nos dio bastantes problemas. No estaba dispuesto en pacas, sino que había sido descargado en la bodega a granel. El capitán Doble, que una vez había comandado un barco que transportaba carbón, decía que creía que este plan era el mejor. Cuando la bodega estaba llena de gatos se aseguró la escotilla con listones y nosotros nos sentimos bien. Desgraciadamente el segundo de a bordo, pensando que los gatos tendrían sed, introdujo una manguera en una de las escotillas y bombeó una cantidad considerable de agua, y los gatos de los niveles inferiores se ahoga-ron todos.

Usted ha visto un gato muerto en un estanque: recuerde su circunferencia a la altura de la cintura. El agua multiplica la magnitud de un gato muerto por diez. El primer día fuera se observó que el barco estaba muy deformado. Medía tres pies en anchura más de lo normal y tanto como diez pies menos en longitud. La convexidad de su cubierta había aumentado visiblemente de popa a proa, pero apuntaba hacia arriba en ambos extremos. El timón no tenía agua y el barco sólo respondía al timón cuando navegaba contra una fuerte brisa: cuando se forzaba el timón hacia un lado rozaba el viento y torcía el barco; y después ya no se gobernaba más. Debido a la curvatura de la quilla, los mástiles se unían en lo alto, y un marinero que había ascendido por el trinquete se quedó perplejo, bajó por el palo de mesana, miró por la popa a las costas ya distantes de Malta y gritó: "¡Tierra a la vista!" Todos los cerrojos del barco se estaban rompiendo; el agua a cada lado era azotada hasta convertirse en espuma por la tempestad de cerrojos volantes que el barco arrojaba en cada latido del cargamento. El barco se estaba hundiendo tranquilamente sin ayuda del viento o de las olas, por la energía puramente interna de la expansión felina.

Fui a hablar con el capitán sobre esto. Estaba en su posición favorita, sentado en cubierta, apoyando la espalda contra la brújula, haciendo una V con sus piernas, y fumando.

"Capitán Doble," le dije, tocando respetuosamente mi sombrero, el cual en realidad no era digno de respeto, "este palacio flotante sufre de curvatura de la columna vertebral y además está muy hinchado".

Sin levantar los ojos reconoció cortesmente mi presencia dando golpecitos a las cenizas de su pipa.

"Permítame, capitán," le dije, digna y sencillamente, "repetir que este barco está muy hinchado".

"Si eso es verdad," dijo el intrépido marino, alargando la mano para coger su petaca, "creo que convendría frotar el barco con linimento. Hay una botella en mi camarote. Sugiéraselo mejor al primer oficial".

"Pero, capitán, no hay tiempo para tratamiento empírico; algunas tablas en la línea del agua se han torcido."

El capitán se levantó y miró por la popa, hacia la tierra; fijó los ojos en la estela espumeante; observó el agua a estribor y a babor. Después dijo:

"Amigo mío, se ha torcido toda esta cosa maldita."

Triste y silenciosamente me aparté de aquel terco y caminé. De pronto "¡hubo una explosión atronadora!" La escotilla que había sujetado el cargamento salió despedida dando vueltas en el espacio y navegando en el aire como una hoja que arrastra el viento. Una columna uniforme y cuadrada de gatos ascendía por el hueco de la escotilla. Aumentaba de manera imponente e impresionante -se alzaba lenta, serena y majestuosamente hacia el cielo, a la vez que la enervante quilla separaba los topes para darle una oportunidad justa. He estado en Nápoles y he visto el Vesubio pintando la ciudad de rojo -desde Catania se ha marca-do a lo lejos, en las faldas del Etna, la terrible persecución de la lava tras el gallo asombrado y el

cerdo desesperado. La corriente roja del cráter del Kilauea[43], introduciéndose en los bosques y lamiendo toda la tierra hasta quedar limpia, es para mí tan familiar como mi lengua madre. He visto glaciares, con mil años y bastante desnudos, dirigiéndose hacia un valle lleno de turistas a la velocidad de una pulgada al mes. He visto una solución saturada de un campo minero bajando por un río de montaña, para hacer una visita amistosa a los granjeros del valle. He permanecido detrás de un árbol en el campo de batalla y he visto una sólida milla cuadrada de hombres armados moviéndose con irresistible ímpetu hacia la retaguardia. Cuando algo grandioso en magnitud o movimiento figura en el programa generalmente me las arreglo para abrirme camino en el espectáculo, y al relatarlo soy hombre de veracidad poco escrupulosa; pero rara vez he observado algo semejante a ¡aquella sólida columna gris de gatos malteses!

No es necesario explicar, supongo, que cada miembro individual del grupo, con esa disponibilidad de recursos que distingue a la especie, había agarrado con uñas y dientes tantos otros como había podido enganchar. Esto protegía la formación. Hacía la columna tan rígida que cuando el barco se balanceaba (y el Mary Jane era un demonio de balanceo) oscilaba de lado a lado como un mástil, y el primer oficial dijo que si seguía creciendo tendría que ordenar que la cortaran o de lo contrario nos haría zozobrar.

Algunos marineros fueron a trabajar a las bombas, pero éstas no descargaban nada sino piel. El capitán Doble levantó los ojos desde los dedos de los pies y gritó: "¡Echemos el ancla!" pero al asegurarse de que nadie lo tocaba, se disculpó y continuó con su ensueño. El capellán dijo que si no había inconvenientes a él le gustaría ofrecer una oración, y un jugador de Chicago, mostrando una baraja de naipes, propuso jugar a la primera sota. Se adoptó el plan del párroco, y cuando él profirió el "amén" final, los gatos iniciaron un himno.

Todos los vivos estaban ahora sobre la cubierta, y todo hijo de madre cantaba. Tenían una voz bastante buena, pero no oído. Casi todas sus notas en el registro más alto eran más o menos cascadas y desobedientes. Lo singular de las voces era su compás. En aquella multitud había gatos de diecisiete octavas, y la media no era inferior a doce.

Número de gatos, según factura	127.000
Número estimado de gatos hinchados muertos	6.000
Cantores en total	121.000
Número medio de octavas por gato	12
Octavas en total	1.452.000

Fue un gran concierto. Duró tres días y tres noches, o, contando cada noche como siete días, veinticuatro días en total, y nosotros no pudimos ir abajo a buscar provisiones. Al final de ese período el cocinero se presentó removiendo algunas judías en un sombrero, y sosteniendo un gran cuchillo.

"Camaradas de a bordo," dijo, "hemos hecho todo lo que los mortales pueden hacer. Echémoslo ahora a suertes".

Nos vendaron los ojos por turnos, y lo echamos a suertes, pero justo cuando el cocinero estaba forzando al hombre más gordo a aceptar la fatal judía negra, el concierto se paró de

[43] El Kilauea es un volcán de la isla de Hawai, de unos 1.246 metros de altura.

manera tan repentina que despertó al vigía. Un momento después todos los gatos se desasieron de sus vecinos, la columna perdió su cohesión y, con 121.000 golpes sordos y repugnantes que sonaron como uno, todo el asunto cayó sobre la cubierta. Luego con un feroz maullido de despedida aquella multitud felina saltó al agua bufando y ¡empezó a nadar en dirección sur hacia las costas africanas!

La prolongación meridional de Italia, como todo escolar sabe, se asemeja en la forma a una enorme bota. Nosotros habíamos ido arrastrados por la corriente cerca de Italia. Los gatos de la estructura lo habían divisado, y en sus imaginaciones despiertas influyó al instante un gran sentido del tamaño, peso y probable ímpetu de su arrojado sacabotas.